



ITE KLIMOVSKY DE BORGER

# SIMPLEMENTE, UN HOMBRE DE FE

La vida de David Klimovsky



COLECCION **imaginaria**

Ite Klimovsky de Borger

**SIMPLEMENTE,  
UN HOMBRE DE FE**

La vida de David Klimovsky

**Edición electrónica exclusiva de la Fundación Internacional  
Raoul Wallenberg y la Casa Argentina en Israel Tierra Santa**





## **imaginaria**

Klimovsky de Borguer, Ite  
Simplemente un hombre de fe : la vida de David Klimovsky. - 1a ed. - Buenos Aires :  
Milá, 2010.  
220 p. + Fotos ; 20x14 cm. - (Testimonios)

ISBN 978-987-647-021-6

1. Testimonios. I. Título  
CDD A863

Colección **imaginaria**

Diseño de tapa e interior: Rubén Longas  
© Copyright 2010 Ite Klimovsky de Borger  
© Copyright 2010 para la presente edición Editorial Milá  
Pasteur 633 – 8º piso – (1028)  
Buenos Aires – Argentina Hecho el depósito de ley  
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.  
ISBN 978-987-647-021-6

Los hechos y personajes de este libro pertenecen a la ficción y cualquier semejanza con la realidad es una mera coincidencia

Hilda Noemí (Ite) Klimovsky de Borger

Simplemente, un hombre de fe.

La vida de David Klimovsky

Prólogo Por Moshé Korin

Hay personas que pasan por este mundo concretando anhelos para sí y para los demás, haciendo de estos deseos propios y prioritarios, no dudando de entregar su existencia a ellos. Estos seres excepcionales dejan detrás de sí una estela de huellas perdurables e inolvidables, cuando su existencia física abandona esta tierra. Pero reconocer y hacer perdurar estas huellas depende también de lo excepcional de las personas que le continúan en el paso por la vida, las semillas no son sin el suelo fértil que las cobija.

Nuestra comunidad, nuestra querida **Kehilá**, hoy establecida y fortalecida debe sus cimientos a muchos que han dedicado gran parte de su vida a que en la actualidad fuera lo que es. Tenemos la oportunidad de homenajear a uno de ellos: **David Klimovsky**. Esta oportunidad viene de la mano de su hija **Ite**, que nos entrega sus memorias en la publicación "*Simplemente, un hombre de fe. La vida de David Klimovsky.*"

*"Dormir una hora más o una hora menos es algo que nadie recuerda, solía decir, pero nuestros actos positivos tienen una repercusión que nosotros mismos desconocemos. La vida para él no era una vela que se consume con el tiempo sino una antorcha encendida que se transmite a las próximas generaciones"*

Hombre carismático, inteligente, laborioso como pocos, **forjó una vida para los suyos y para la comunidad judeoargentina que amaba tanto como a su familia cercana**. Se proyectó ambiciones propias y las logró con la fuerza de la capacidad y la honestidad; fue visionario para llevar adelante la concreción de proyectos para su pueblo. Poseía esa no muy habitual cualidad de combinar la **observancia religiosa** con lo **moderno**, cualidad que implementó en su vida familiar y pública desde la **AMIA**, a partir de que fuera electo vicepresidente por el partido **Mizrahi**. Muchas fueron las obras que realizó desde allí, pero resalta aquélla que muestra su compromiso para

con las generaciones venideras: el **Instituto Talpiot**. Como nos muestran las páginas escritas por **Ite**, amaba con todo su ser esa obra.

Este sueño se forjó en él, aún antes de que fuera integrante de la comisión directiva de la **AMIA**, aún antes de que pudiera imaginarse que iba a serlo. **Ite** nos cuenta que cuando **David** veía a sus hijas correr para cumplir con los horarios y estudios de la escuela argentina (parte "oficial") y de la formación judía, oyendo además las discriminaciones que sufrían, quiso hallar una solución, pero tal y como era su personalidad no pensó tan sólo en su familia sino que fue más allá y pensó en la comunidad.

*"-¿Cuál sería la solución?- Quiso saber mamá.*

*-Quizás fundar un Colegio donde desde la mañana se pueda estudiar dos culturas, que tenga un lugar kasher para almorzar y donde jóvenes judíos aprendan contenidos educativos y los valores de nuestro pueblo*

*- respondió papá pensando en voz alta."*

Concebir el beneficio para muchos y para las futuras generaciones y no meramente pensar de forma personal, es de por sí una cualidad especial, pero además, concretar ese pensamiento es una característica difícil de hallar.

Hijo de **Shimón y Judith**, inmigrantes llenos de valor y esfuerzo, pobres materialmente pero espiritualmente ricos, legando a su familia esos bienes intangibles que son la verdadera base para la vida. "Vivían en una pobreza absoluta. Eran artistas en el arte de hacer algo con prácticamente nada.". Este arte llegaría a **David** y se propagaría a través de él.

## **Del silencio a la palabra**

Han pasado 40 años del fallecimiento de **David**, **Ite** hoy decide escribir. Cumplir y extender a sus abuelos el sagrado mandamiento que reza "*honra a tu padre y a tu madre*" es claramente una de las razones que tácitamente han guiado sus letras, pero fiel a esa esencia que le legó su padre -y que ella hizo propia, pues el legado requiere necesariamente esa contrapartida- el beneficio de este libro se propaga hacia otros.

Esencialmente esta obra está escrita para otros cuyos rostros no conoce, pero sabe que existen. Sus páginas tratan de advertirlos y protegerlos para que no les ocurra lo mismo que a ella, a sus hermanas y a su madre luego de la muerte de **David**. Si se tratara de una simple ficción, podríamos decir que su trama es interesante. Pero no es producto de la creatividad literaria, sino

fruto del padecimiento de una familia que desgarrada y desesperada confió y sin darse cuenta, quedó atrapada en una red mafiosa que estafaba a viudas. Leerlo produce dolor y vergüenza, pues los ladrones de guante blanco pertenecían a instituciones judías.

Causa estupor cuando se lee los intentos por parte de **Ite** de confrontar a los familiares del principal estafador; los **Klimovsky** estaban educados en la fe, la confianza y el respeto por los preceptos, si es un mandato ayudar a las viudas y necesitados, así como al propio pueblo, encontrarse frente a frente a la corrupción de todo valor que había constituido su educación y para lo cual **David** había dedicado sus días en cuerpo y alma, podría ser equivalente a un derrumbe interno, a un colapso de las creencias.

Digo esto porque muchos desfallecen frente a este tipo de hechos o bien desfallecen los principios que poseían. Sin embargo, a pesar de todo, ello no ocurrió con la familia **Klimovsky**, sus pilares se mantuvieron incólumes dando muestra de valentía y fidelidad a la propia naturaleza. Y esta publicación es en sí misma una manifestación de esos valores.

**Ite Klimovsky** se casó con **Guillermo Borger**, ese amor que la acompañó desde la primera juventud y con quien vivió esa pesadilla luego de la muerte de su padre. Devino así, **Ite Klimovsky de Borger** primero y luego **madre de cuatro hijos varones**. Sus hijos estudiaron y se graduaron en la escuela **Talpiot**, dos de ellos además realizaron el sueño de vivir en **Israel**. Como ella misma nos dice, cerraron aquellas dolorosas puertas y abrieron otras nuevas.

Pasaron los años, incluso décadas y el azar o el destino quisieron que **Guillermo** fuera convocado a ser presidente de **AMIA**. Jamás lo hubieran imaginado, pero la vida los llamaba a continuar la obra de **David**. Así lo hicieron, **continuaron el legado de múltiples maneras** y ahora en estas páginas se lo brindan a las generaciones que le seguirán. Pues ese llamado fue el puntapié que impulsó esta obra.

## **Escribir y recordar**

No es sencillo recordar sucesos tan penosos, así como tampoco es fácil hacerlos llegar a un lector. **Ite** despliega en su escritura recursos estilísticos que permiten que su historia arribe a quienes se acerquen a leerla.

El libro está dividido en dos grandes ejes claramente definidos. Uno nos habla de la historia familiar antes de la repentina muerte de **David** y otro, de

los sucesos ocurridos a partir de su fallecimiento y del encuentro con los estafadores y la mafia. Ambas vías narrativas se entrelazan intercalándose en uno y otro tiempo. Recurso que permite una **dinámica** que va llevando al lector por distintos momentos temporales.

Cabe destacar que utilizar esta herramienta de un modo ágil implica un ejercicio de elaboración del texto, signo de la calidad literaria que ha buscado la autora además del propósito de querer dar a conocer lo acontecido en los hechos. Así como también es necesario señalar en este sentido, la naturalidad con la cual capta y refleja su infancia desde la mirada y la voz de la niña que alguna vez fue.

Su saber sobre las sagradas escrituras, presente en distintas oportunidades a través de las referencias constantes que pueblan el texto, lo enriquecen de manera notable, dándole un particular sentido a lo vivido y aquí relatado.

Continuando esta elección de entretejer el testimonio con nuestro saber milenario, me permitiré concluir estas palabras del mismo modo.

*“Al que persigue el honor, el honor se le escapa: y el que pretende escaparse del honor, éste lo alcanza.” (Midrash, Vaikrá 4).*

**David Klimovsky, Duved**, no buscó honores, buscaba realizar obras y hacer realidad su fe en la **Torá** y en el crecimiento secular. Pudo combinar y potenciar ambas modalidades del vivir. Los honores nunca dejarán de alcanzarlo mientras en los muchos que sembró persista el recuerdo y los actos que enseñan lo complejo de la simpleza de un hombre de fe.

**Gracias por el legado.**

**Agradecimientos a:**

*Leandro Katz.*

*Daniela Helueni de Borger.*

*Gastón Albajari.*

*D-s por darme vida para llegar a este momento.*

**Dedicado:**

*Al amor de vida, mi esposo. A mi padre que nunca lo olvidaré. A mis hijos, nueras y nietos a quienes invito a deslizarnos por el tobogán de los recuerdos.*

## CAPÍTULO 1

### *Lej lejá / La partida*

Shimón, mi abuelo, joven y vigoroso, partió pleno de esperanza y fe desde la lejana Rusia, junto a otros 550 inmigrantes, en un barco fabricado para transportar mercadería. Soportó tormentas y sobresaltos hasta anclar en el puerto de La Boca.

Todo quedó allí. Padres, hermanos, amigos, posesiones personales, el *shtetale*, que tanto amaba, con costumbres, tradiciones que mamó desde el vientre materno. Con este viaje, dejaba atrás *progroms* y persecuciones. El viejo continente estaba fatigado cargando con el agobio de una historia plagada de conflictos.

Sobre Argentina sabía lo que se comentaba: el Barón Hirsch había adquirido tierras donde el verde lo cubría todo con océanos de trigo para que judíos como él pudieran vivir con dignidad, trabajo y libertad. Eso era todo lo que necesitaba saber para abandonar su tierra natal y comenzar esta travesía.

En su país natal, al crudo antisemitismo se sumaba la crítica situación económica y la falta de trabajo que se agudizaba cada día. La primera vez que les planteó a sus padres la necesidad de buscar un lugar donde echar nuevas raíces ellos se opusieron. Creyeron, con absoluta certeza, que la situación iba a revertirse y volverían a llevar una vida normal.

Una noche fría y lluviosa un grupo de cosacos enfurecidos descargó su frustración sobre el pueblo arrasando con todo y saqueando la casa del sastre. Shmuel, era un hombre simple, cariñoso, que trabajaba hasta altas horas de la noche a la luz de la vela. Quemaron sus pertenencias, golpearon a su mujer e hijos y los dejaron en la calle viendo consternados como el fuego terminaba con todo lo que habían logrado con mucho esfuerzo. Todas las familias del sector judío quedaron marcadas por este ataque. Los padres de Shimón comprendieron que desgraciadamente

había llegado el momento en que él debía partir.

-Llegó el día en que tenés que marchar a otras tierras. Recuerda siempre a tu pueblo, tu gente. Pase lo que pase siempre debes tener presente que eres judío –aseveró su padre con voz quebrada.

Entendió el mensaje. Tenía que encontrar un lugar en el mundo donde poder fundar un nuevo hogar, en paz. Esperanza, coraje y fe en D-s eran su alimento diario. Sólo así era posible encontrar las fuerzas para afrontar tantos contratiempos y necesidades. A la mañana siguiente, con la complicidad de Sergei, un carretero de confianza, emprendió el viaje al puerto más cercano. Llenaron la carreta con paja, allí debió permanecer escondido durante varios días. Si lo descubrían sería asesinado a golpes sin llegar a hacerle pregunta alguna.

Atravesó el pueblo por última vez y prefirió no mirar atrás. Se dijo a sí mismo (y luego, cuando contaba esta historia lo repetía) que era peligroso asomar la cabeza fuera de la carreta. Sin embargo, la verdadera razón era su temor de no poder soportar la emoción de ver por última vez las calles que lo habían visto nacer. El camino angosto y sinuoso, lleno de obstáculos, sacudía la carreta dando vaivenes que lo magullaban sin parar.

Ya en el puerto le informaron que un buque de carga llevaba en la bodega a personas indocumentadas con destino a Argentina. “Ar-ge-n-tina”, el nombre le pareció hasta divertido. Por lo que sabía, muchos amigos suyos habían huido hacia allí.

Algunos de los pasajeros, que también emprendían a la fuerza esta aventura, derramaban lágrimas a mares. En sus caras tenían dibujado el dolor de la despedida. La partida conllevaba grandes desarraigos, sacrificios que no eran fáciles. Shimón se mantenía optimista como siempre. Con sus gestos y actitudes intentaba transmitir confianza. Al igual que nuestro patriarca Abraham recibió la orden que le decía: “*Lej leja, debes partir*”. Se preguntaba cuál sería la tierra que D-s había elegido para él. Estaba convencido de que esta situación era una de las tantas pruebas que *Hashem* ponía en su camino y que así como había salido airoso de las anteriores, también pasaría ésta.

Sin comida *kósher* en el barco tuvo que hacer como nuestros antepasados al salir de Egipto y sólo se alimentó con *matzá* (que tiene la

propiedad de no descomponerse fácilmente). También comía algunas frutas. Llevaba en su valija mediana algo de ropa y sus grandes tesoros: un pequeño *sidur* y los *tefilin*. La noche antes de partir su padre se los entregó y le dijo: “no te separes de ellos, cuidarán de ti”.

Durante el viaje, junto a los demás hombres judíos, rezaba temprano por la mañana. Para amenizar la interminable travesía, se quedaba hablando unas palabras de sabiduría judía con Abraham, un joven *melamed* que, como él, conocía gran parte de la *Torá* de memoria. Su nuevo amigo se llamaba igual que el patriarca y eso le dio aliento, lo sintió como un buen augurio. Juntos inventaron un pasatiempo que consistía en decir un *pasuk* de la *Torá* y el otro tenía que aseverar a qué *parashá* pertenecía.

El barco ancló en el puerto de Buenos Aires el 5 de diciembre de 1907 un día claro y soleado luego de 30 días en altamar. Los pasajeros creyeron que habían llegado al paraíso.

-Abraham, Abraham. ¡Llegamos! ¡No lo puedo creer!

Para darse fuerza en esta nueva etapa cantaban y bailaban. Se abrazaron con otros *Shif bidders*. Lentamente tuvieron que empezar a separarse en grupos y abandonaron el puerto. Algunos hasta tenían la suerte de que alguien los recibiera.

Decidieron buscar un lugar donde albergarse. Encontraron el Hotel de los Inmigrantes que por pocos pesos les daba la bienvenida a los recién llegados. En habitaciones húmedas, llenas de literas, compartían baño y cocina por lo menos se sentían protegidos del frío y la lluvia

Luego de algunos días en Buenos Aires salió a caminar por el barrio. Se puso a recordar su pasado reciente, mucho más vivo que el presente y con menos incertidumbre que su futuro. La primera parte de la travesía había salido bien, ya se encontraba en tierra firme y con posibilidades de volver a empezar. Tenía la esperanza de poder conseguir un trabajo y, quién sabe, quizás hasta casarse y tener hijos. Si todo marchaba bien, incluso comprar pasajes para que toda su familia viniera a instalarse a este país de nombre tan exótico y costumbres desconocidas. Ahora surgía una nueva dificultad, ¿cómo iba a ganarse la vida en un país extraño, sin saber el idioma?

Se dejó llevar por sus pensamientos y cuando quiso regresar notó que

estaba perdido. No conocía a nadie en el barrio ni podía hacerse entender. Decidió volver sobre sus pasos mientras murmuraba una plegaria para que *Hashem* lo condujera por el camino correcto. Caminaba a ciegas. Nunca antes había estado en una gran ciudad. Se encontraba entre una multitud. Esperaba detectar algún cartel, algo que le indicara que estaba llegando. Los policías ordenaban el tránsito desde las garitas tocando el silbato. Ya casi era de noche, veía como encendían los faroles en las calles y ni siquiera sabía si estaba marchando en la dirección acertada.

–¡Shimón! ¡Shimón!

Miró hacia adelante y pudo ver, a pocos metros, a Abraham que lo llamaba levantando el brazo.

– Vení que nos falta uno (*Kum, sfelt einer tzum minien*) –le indicó.

Con alivio ingresó al Hotel y vio a varias personas en el patio interno, listas para hacer *Arvit*. Se sumó al grupo.

– *Boruj Amevoroj Leoilom Voed* –respondió después del *jazán* mientras se secaba el sudor de la frente con alivio. Se encontraba en casa.

Pasado algún tiempo buscaron una pensión para mudarse. Encontraron una a cinco cuadras del puerto. Era sólo un poco mejor que el Hotel de los Inmigrantes. La eligieron por el precio, porque no conocían qué había más allá de la zona portuaria y sobre todo, porque ofrecía un plato de comida caliente *kósher* por día. La dueña era una mujer mayor, algo excedida de peso, que con muy poco hacía milagros en la cocina. Había llegado en 1889, en el *Wesser*, el primer barco en traer inmigrantes rusos y hablaba un perfecto *idish*. Compartían la habitación junto a otros cuatro inmigrantes y se sentían cálidamente acompañados.

Analizaban las escasas propuestas de trabajo que llegaban. Conseguirlo no era tarea fácil para nadie. Intentaban descubrir qué necesitaba este país que ellos pudieran llegar a ofrecerle. Eran jóvenes, fuertes y estaban acostumbrados a las privaciones. Querían, dentro de sus posibilidades, elegir lo mejor. Shimón hacía lo posible por pensar a futuro. Tenía ahorros para pocos días. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarse en la zona portuaria? ¿Hacer cualquier trabajo? ¿Cómo haría para sobrevivir el día de mañana y conseguir una esposa? Se hacía todas estas preguntas mientras buscaba en la *Torá* y en las *tefilot* la claridad y sabiduría necesarias para dar su próximo paso.

Los extranjeros eran bichos raros y los judíos eran los bichos raros dentro de los bichos raros. En la oficina de trabajo no tenían novedades. Las pocas opciones implicaban, muchas veces, tener que profanar el *shabat* y él de ninguna manera estaba dispuesto a hacerlo. Su nuevo amigo había conseguido empleo, por suerte, como ayudante de sastre y apenas si se veían un rato por la noche.

-Shimón –comentó Abraham con entusiasmo después de *Arvit*–. Hoy vino Baruj, el carnicero a reformarse un traje. Conversando me comentó que este país es al revés que Rusia: acá sobra carne pero faltan *shojetim*. ¿Te animás a trabajar de *shojet*?

-Qué buena idea, tendría que repasar las leyes –contestó con entusiasmo.

-¿Acaso no eras *shojet* en tu pueblo? –preguntó intrigado.

-Faenaba gallinas para mi familia. Si tengo que hacerlo con vacas para la comunidad es una responsabilidad mayor.

-Bueno, empezó a repasar. Necesitan gente en el frigorífico. Les pediré que te esperen unos días.

Al poco tiempo se sintió preparado para comenzar la tarea que resultó más de lo que un inmigrante podía esperar. La paga era aceptable y los jueves le obsequiaban carne para *shabat*, que compartía con sus compañeros en la pensión. El desafío pasó a ser cómo estudiar *Torá* con menos horas libres.

Un domingo por la mañana estudiaba en el patio cuando vio pasar a la dueña de la pensión junto con una familia que no había visto antes. La mujer remarcaba que ése era una de los pocos lugares que podía ofrecer una comida caliente *kósher* por día. El que parecía ser el padre de la familia miraba y asentía con la cabeza. Un poco más atrás iba una mujer con dos jovencitas.

-¿Y ustedes de qué localidad provienen? –preguntó la dueña con curiosidad.

-Estamos viviendo en Carlos Casares –respondió el padre y tratando de dar por terminada la conversación agregó: Bueno, está bien, nos quedamos. Es sólo por pocos días.

-¿Vienen por asuntos comerciales? –quiso saber la mujer. Ella sentía que era su obligación recabar la mayor información de sus inquilinos.

-En esta oportunidad nuestro motivo es otro. Estamos buscando un buen partido para nuestra hija. Un *shiduj* –dijo en voz baja como si fuera un secreto entre ellos.

Sara Pnina, además de sus virtudes culinarias, se caracterizaba por saber vida y obra de todos los inmigrantes que pasaban por la pensión. Al enterarse de que venían por un *shiduj* se entusiasmó como una casamentera para colaborar en encontrar al candidato.

Shimón estaba absorto en el estudio, pero no pudo evitar escuchar la conversación. Levantó la vista y alcanzó a cruzar la mirada con una de las jóvenes. Los ojos de ambos se encontraron. Ella se sonrojó. Luego averiguó su nombre: Judith. Durante los días que siguieron se sonreían cada vez que se encontraban. Él no lo dudó. Juntó coraje y se presentó al padre. Su nuevo jefe, algunos amigos y Sara Pnina dieron las referencias necesarias: era un judío trabajador, estudioso de la *Torá* y observante de los preceptos. El padre dudaba en casarla con un inmigrante. Finalmente no pudo negarse al pedido expreso de su hija. Luego de varios paseos ellos pasaron a formar una flamante pareja.

Para la austera ceremonia que se realizó en Carlos Casares, se improvisó una *jupá* hecha con un manto de terciopelo gastado de color rojo y cuatro parantes. Otras telas revestían el lugar. Como era costumbre, un grupo de mujeres se ofreció a ayudar en la cocina. Repitieron los milagros con papa y cebolla que incansablemente prepararon durante varias noches seguidas. El esfuerzo valió la pena. En mesas con sábanas haciendo de manteles la comida estaba lista. Se respiraba un aire festivo. José, el violinista oficial de las celebraciones judías, se esforzaba por sacarle sonidos alegres a su maltratado violín traído de Europa.

La fiesta era para todos. No hacía falta invitación. Cualquier evento particular era una excusa para celebrar nuestra supervivencia como pueblo. En nuestros 3.000 años de historia habíamos superado las condiciones de vida más adversas. Cada uno se ubicaba donde podía.

El novio se paró en la *jupá* junto al Rabino. Judith ingresó al patio del brazo de su madre y hermana. Vestía un trajecito blanco y llevaba el rostro cubierto con un velo tal como lo habían hecho Rajel y Lea, nuestras matriarcas. Las expresiones de algarabía y las conversaciones dieron paso a un respetuoso silencio.

Bajo la *jupá* la novia procedió a realizar las tradicionales siete vueltas alrededor del novio. Él descubrió el rostro de su flamante esposa y pudo ver cómo lloraba emocionada. Ella lo miró e hizo un gesto queriendo transmitir que estaba contenta. El sonrió para darle seguridad.

El Rav logró poner en palabras los pensamientos de todos los presentes. Habló de milagros ocultos, revelados, viajes y casualidades. Lo que tuvo que suceder para que estas almas se encontraran.

En los momentos festivos los judíos recordamos que nuestra alegría es incompleta hasta tanto no se reconstruya el Templo de Jerusalem. El Rav colocó una copa bajo el pie izquierdo del novio.

–*Zejer jurban Beit Ha Mikdash*<sup>1</sup>.

¡Plaf! El sonido de la copa al romperse hizo eco en el conventillo. Se produjo un silencio hasta que alguien exclamó con entusiasmo:

–*¡Mazl tov!*

–*¡Mazl tov!* –gritó Abraham.

–*¡Mazl tov!* –respondieron los invitados.

Se volvieron a escuchar los acordes del violín, se sentó a los novios en sillas y a su alrededor se formó una ronda donde los invitados bailaban y cantaban. Estas ceremonias lograban que la pobreza, nostalgia, hambre e incertidumbre dejaran de existir por un instante.

Al finalizar la celebración el hombre que huyó de Rusia en una carreta y llegó, por Providencia Divina a instalarse en un país desconocido, no pudo evitar un escalofrío al percibir que los recuerdos le subían del corazón a la garganta. Comenzó a desear que sus padres y hermanos pudieran compartir este momento tan importante junto a él. Era algo que anhelaba cada día. Tenía la esperanza de reencontrarse con ellos. El dolor era penetrante. Esa era la copa que sentía que se rompía dentro de él.

<sup>1</sup> En recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalén.

## CAPÍTULO 2

# La despedida

– ¡Lea! –llamó David desde la habitación–. ¿Qué pasa que demoras tanto? ¿Querés que vaya a buscarte?

La enfermedad de papá había avanzado mucho. Sin embargo nunca lo habíamos visto perder el sentido del humor. Podía deteriorarse físicamente, pero parecía estar más lúcido cada día. Todavía se sentía con fuerzas. Quería estar al tanto de todas las novedades. Se negaba a resignar su rol de líder comunitario y conductor de familia. Era vicepresidente de AMIA y el inspirador de los fundadores de la Escuela Talpiot, el primer colegio secundario integral sionista religioso que recientemente había inaugurado su nueva sede en Azcuénaga 736. Con ansias había rogado a D-os para que le diera fuerza y pudiera participar de ese evento tan trascendental en su vida, pero estaba tan débil que no pudo asistir personalmente.

Se interesaba por cada una de sus cinco hijas y seguía de cerca sus progresos en los estudios. Nos hubiera gustado decirle que estaba todo bien, que se despreocupara, pero la catarata de sucesos dolorosos seguían llegando. Norita, nuestra hermanita más chica, la muñequita de la casa, al salir al mediodía del colegio notó que nadie la había ido a buscar aún. Se sintió segura y quiso volver caminando sola a casa. A los 7 años ya conocía el camino de memoria. Cuando intentó cruzar la calle, distraída, un taxi la embistió.

–Si la atropellé, me mato –exclamó el taxista mientras apretaba el freno con todas sus fuerzas. Bajó del auto tomándose la cabeza con ambas manos. Justo llegaba Blime, la mayor de mis hermanas, que enmudeció ante la escena. El conductor alzó a Norita en brazos con mucho cuidado. La subió a su

auto y junto a Blime la llevó al hospital. Ella estaba conciente mientras los médicos la revisaban. Lloraba dolorida y asustada. Se hablaba de una fractura de brazo. No era grave. Con un llamado telefónico le transmitieron la noticia a mamá. Ella, que apenas estaba logrando lidiar con la enfermedad de su amado y joven esposo, cuando se enteró del accidente se desmoronó por completo. Fue la gota que rebasó el vaso. Alcanzaba a escuchar a papá desde la cocina, pero no podía parar de llorar. Le era imposible atender el llamado.

–¡Lea! –insistía papá–. ¿Le vas a negar un poco de agua a tu marido?

¿Cómo haría para disimular el llanto y ocultar la noticia del accidente? Era muy fuerte para su cuerpo débil. Respiró hondo, secó sus lágrimas, sacó fuerzas y corrió a la habitación con el vaso de agua fresca. En un acto de sabiduría decidió permanecer callada.

–Gracias. Tardaste mucho. ¿Fuiste a buscar el agua al pozo? –dijo papá que no perdía el sentido del humor. Ella intentó sonreír–. ¿Qué te pasa? ¿Estuviste llorando? No llores por mí, por favor te pido. Voy a estar bien –intentó consolarla.

–Ya sé. Sabemos que vas a estar bien –contestó acomodando con la mano el cabello de su esposo.

Al salir del hospital enyesada, llevaron a Norita a casa del tío Berele y se quedó allí. Cuando supimos que nuestra hermanita estaría ausente por tiempo indefinido entendimos que querían protegerla de algo terrible. Lloré sin encontrar consuelo. Hasta ese momento pensaba que papá sólo estaba muy enfermo. Ese día algo cambió. Tuve la certeza de que se aproximaba el desenlace final. Lloré camino al colegio y durante la clase.

–Se va a poner bien. Ya vas a ver. No pierdas las esperanzas –me decían mis compañeras con dulzura.

–Chicas, ¿ustedes qué entienden? Es imposible para ustedes entender. Hay cosas que son y no las podemos cambiar.

Cuando papá enfermó ambos nos pusimos distintas metas: él se propuso terminar la construcción del edificio de la escuela Talpiot y mi objetivo fue que él pudiera estar presente en mi compromiso matrimonial.

Un tiempo antes, en la mesa de *shabat*, mientras papá supervisaba el avance de mis estudios y hojeaba mis carpetas, aproveché la oportunidad ya que estábamos solos y nadie nos podía escuchar para comentarle mi

gran anhelo.

-Me quiero casar con Guillermo. Hace meses que estamos de novios y proyectamos formar un hogar -dije, con toda la seguridad que pude disimular detrás de los nervios.

Papá me miró. La noticia le cayó de sorpresa. Su pichón de tan sólo 16 años ya quería tomar vuelo. Siempre contestaba enseguida. Tenía respuestas para cualquier situación. En este caso prefirió tomarse unos segundos y pensar bien con qué palabras iba a responder.

-Y, contáme. ¿De qué piensan vivir? Esperaba cualquier respuesta menos ésa. Con nuestra inocencia no lo habíamos tenido en cuenta. Eso era un detalle para nosotros. -¿Qué importancia tiene eso, papá? ¡Nos queremos! -contesté con seguridad.

¿Acaso el amor no lo era todo para nosotros? Papá descargó una risa tierna. Decidió apoyar la idea del casamiento, pero él se encargaría de que su futuro yerno consiguiera un puesto importante con perspectivas de futuro. Pusimos una fecha para formalizar con una fiesta el compromiso a celebrarse el 27 de octubre de 1968.

Guillermo tomó las invitaciones y las controló minuciosamente. Confirmó que estuvieran sin errores.

-Están muy lindas -afirmó.

-Llévalas tranquilo. Después me pagás -confirmó Machi, el imprentero.

Se apresuró a tomar el colectivo para llegar lo antes posible y mostrar cómo habían quedado las tarjetas. Cuando llegó a casa de mis padres vio que la puerta de calle estaba abierta. La sospecha que lo asaltó dio paso a la certeza cuando vio que había mucha gente ubicada en el living y los espejos estaban tapados. En ese instante entendió que había pasado algo terrible y que no podríamos dar curso a nuestro sueño. El 10 de octubre de 1968, durante los días de *Jol Hamoed Sucot*, tan sólo un par de días antes de nuestro compromiso, David cerró sus ojos para siempre.

Guillermo dejó la caja sobre un mueble en el comedor y me buscó entre la multitud. Yo estaba en la cocina rodeada de mis hermanas. Aturdida, noté su presencia.

-Ite, está Guillermo -dijo mi tía Frime.

–¿Cómo te enteraste tan rápido? –pregunté.

– No sabía nada. Vine directo de la imprenta –dij o, mostrando unas tarjetas que tenía en la mano.

– Ah, las invitaciones –fue lo único que atiné a decir. No sabíamos que teníamos que hacer. Intentábamos consolarnos. Tenerlo al lado mío era todo lo que yo necesitaba en ese momento.

La noticia del fallecimiento se divulgó rápidamente. Pronto no hubo más lugar en casa para contener a tanta gente y muchos esperaban en los corredores el momento para poder pasar. El enfermero que en los últimos tiempos venía a transfundir sangre llegó para cumplir su tarea habitual. Entró y se encontró con esta situación. Nos miró confundido.

–David, mi papá, falleció. Ya no vamos a necesitar sus servicios –le confirmó mi hermana Alicia.

–Ah, mejor –afirmó en voz alta con alivio.

Al escucharlo me salió del alma responderle.

–¿Mejor? Mejor se hubiera muerto usted –contesté.

Los últimos meses el enfermero había sido testigo de los dolores. Con su comentario había querido decir que papá ya no iba a sufrir. Para mí fue imposible interpretar sus palabras con buena intención. El *Pirkéi Avot* dice que no hay que consolar al deudo en el momento del dolor y yo viví en carne propia esa situación.

Los servicios de AMIA estuvieron a disposición de la familia. Ofrecieron una ubicación de privilegio en el Cementerio de Liniers. Esa noche nos quedamos despiertas. Los familiares nos pedían que fuéramos a descansar pero era imposible hacerlo. Ninguna de nosotras podía conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, buscamos ropa apta para la *kriá*, el corte. Mamá se quedó sentada en la cocina. Estaba pálida. Algunas lágrimas recorrían sus mejillas.

– Llegó la hora. Tenemos que bajar –dijo Blime.

Ella la miró confundida y tardó en entender lo que decía. Se secó las lágrimas y cuando se quiso levantar de la silla, trastabilló. Perdió el conocimiento. Tratamos de animarla y, una vez que se recuperó, le

servimos una taza de té. Con la ayuda de las tías procedimos a vestirla. Debíamos continuar, había que acompañar los restos de papá hasta su última morada.

El jueves 11 de octubre amaneció frío casi otoñal. El cielo gris amenazaba lluvia. Centenares de personas esperaban en la calle Ecuador esquina San Luis para partir en caravana. Se respiraba un clima de tristeza. Me shockeó ver a mi abuelo Shimón, con más de ochenta años, parado en la puerta principal. Creí que iban a ocultárselo y que nunca le darían la noticia. Desde hacía unos años había perdido la vista e Idel, el lechero de antaño había ocupado el rol de acompañante personal. Llevaba puesta capota, sombrero, su ropa de shabat. Estaba erguido sin quebrarse en ningún momento. Sin embargo, algo se había desgarrado en su interior. Las huellas del tiempo surcaban su rostro y dolorosas lágrimas mojaban su barba color leche. Todos se mantenían a cierta distancia. Nunca supe cómo fue que decidió estar presente. Había pasado tantas pruebas y ahora tenía que enfrentarse con la más difícil, enterrar a su propio hijo. Tuve un profundo respeto por su valor. Quise ir a abrazarlo pero sólo alcancé a acercarme y besarle la mano como hacíamos cada *shabat* al mediodía cuando lo íbamos a visitar.

– *Zeide*, Ite.

Como gesto de cariño me acarició la cabeza. La multitud comenzó a marchar lentamente. Éramos una innumerable cantidad de personas que avanzaba por la calle San Luis cortada al tránsito por la policía. Guillermo, mi novio, iba a mi lado. Pasamos por el Colegio Talpiot que estaba recién inaugurado con sectores todavía en obra. Los alumnos salieron a la calle a despedir a uno de sus fundadores. Formaron dos hileras por donde pasamos los familiares. Una vez dentro del edificio un miembro de la Comisión Directiva formuló unas sentidas palabras de despedida. Esperaba el momento de despertar de esta horrible pesadilla. Quería que volviéramos a casa. Papá solía repetir que todavía tenía mucho trabajo por hacer. No estábamos preparadas para quedarnos sin él.

-Nunca te olvides lo que estás viendo –me dijo el tío Berele señalando a la gente que se agolpaba–. Judíos de todas las tendencias y no judíos juntos es algo que no sucede todos los días. Tu padre fue un gran hombre.

Todos lo vamos a extrañar mucho.

Levanté la vista. Mi tío tenía razón. Parecía que toda la comunidad se había reunido. Gente con *kipá*, mujeres con *tzniut*, hombres con la cabeza descubierta, judíos simples y gentiles, estudiantes de *ieshivot*, comerciantes, profesionales, dirigentes comunitarios. Todos estaban ahí, en respetuoso silencio, para despedirlo. Papá siempre buscó unir lo religioso con lo secular, la *Torá* con el trabajo, Israel y la Argentina. Se preocupó por sumar. Por un momento sentí un profundo consuelo mientras pensaba, al ver a toda esta multitud reunida, que mi padre había cumplido por un instante con su misión en la vida. Desde el *shamaim* estaría viendo la unión del pueblo que tanto amó en un momento tan triste y estuve segura de que él también sentiría que su aspiración estaba cumplida.

Nos dirigimos al cementerio de Liniers. Todavía resuenan en nuestras memorias el ruido de la pala al remover los terrones de tierra húmeda que caen sobre la madera. Se escuchó un sentido *kadish*.

– *Itgadal veitkadash shemé rabá.*

## CAPÍTULO 3

# Creced y multiplicáos

Shimón quería que su apellido se perpetuara en estas tierras. Cuando empezaron a llegar sus *meidalaj* fue inevitable ponerse impaciente. Primero nacieron Frime, Libe y Jane. ¿Acaso correría la misma suerte que el sastre con sus cinco hijas? Si eso era lo que *Hashem* quería, tenía que aceptarlo. En sus *tefilot* igualmente insistía para que un hijo varón con apellido Klimovsky naciera en la Argentina. Finalmente, sus plegarias fueron escuchadas. Judith volvió a quedar embarazada. A los nueve meses nació Moishe, luego Avrum y Kalmen. Todos sus hijos fueron llamados con nombres bíblicos.

Ya sentía esta tierra como propia, por lo menos, pensaba que era posible echar raíces. Se había acostumbrado y le parecía pintoresco encontrar inmigrantes de distintos países de Europa en un solo barrio. Al principio, todos parecían estar de paso. Con los años dejó de ser un país extraño y atemorizante para convertirse en un lugar lleno de oportunidades que esperaba ser poblado. Shimón y Judith, entre todos los preceptos, se esforzaron por cumplir la *mitzvá* de crecer y multiplicarse.

Sabían los secretos para llevar adelante una familia numerosa: ejemplo, tesón, amor y trabajo en equipo. No había tiempo para el romanticismo, paseos y largas conversaciones. Cada uno tenía su tarea asignada. Shimón partía a la madrugada al trabajo y Judith se ocupaba de los quehaceres domésticos. Sólo algunas familias muy pudientes podían darse el lujo de tener personal que los ayudara. En su casa eso no ocurría. Los hijos tenían sus propias responsabilidades dentro del hogar. Los mayores se ocupaban de los más chicos. La infancia era muy corta.

Vivían en una pobreza absoluta, eran malabaristas en el arte de hacer algo con prácticamente nada. Por las noches disfrutaban de un caldo

caliente hecho con la cabeza de pescado que le regalaban a Judith en el mercado.

A la madrugada, antes del amanecer, el barrio de La Boca ya estaba en movimiento. Su gente se agrupaba por procedencia o por hablar el mismo idioma. Judíos con judíos, italianos con italianos, españoles con españoles. Buscaban estar cerca unos de otros. Era, sin embargo, inevitable que se mezclaran los términos y costumbres entre los distintos inmigrantes.

Shimón abrió los ojos y murmuró el *mode ani* mientras se lavaba las manos. Ella sintió el movimiento de la cama y se levantó con él. Se incorporó y se volvió a sentar.

–¿Te sentís bien? –le preguntó.

–*Oi vei*. Un poco cansada. Nada más.

Él sabía que no salían quejas de los labios de su esposa. Ella tenía el afán de poner orden en todas las cosas. Podía caminar con un cesto cargado de ropa sucia, desplumar una gallina, cocinar cabezas de pescado, coser la ropa, acomodar las camas, limpiar la casa, es-tar con los chicos. Ni un sólo suspiro saldría de su boca. Siempre consideraba que estaba haciendo lo correcto. Lo sentía como obvio. ¿Acaso no debía ocuparse de su familia? ¿Atender a sus hijos y mantener la casa limpia? ¿Qué tenía de especial, entonces, todo lo que ella hacía? Sin embargo era considerada una verdadera *Eshet jail*. Esa mañana estaba un poco cansada. Y ese comentario le bastó a Shimón para saber que algo estaba sucediendo.

–¿Querés que te traiga un té con limón? Quedate un rato más acostada –sugirió.

Ella reaccionó por el comentario. Tenía mucho que hacer, debía levantarse rápidamente ir a despertar a sus hijos. Moishe, a pesar de su corta edad, era tratado como todo un hombre. Se vistió y partió rumbo al mercado a ganarse unos pesos antes de ir al colegio. Kalmen se alistó para ir al *jeder* y Avrum era un bebé de meses. En un ritual que se repetía cada mañana las hijas mujeres cuidaban a su hermano mientras Judith acomodaba las camas.

Shimón era *shojet* en La Negra, un frigorífico en Mataderos que faenaba carne *kosher*. Los judíos podían tener su propia faena en el establecimiento siempre y cuando no entorpecieran la producción diaria

del frigorífico. Tomaba el tranvía de las 5:15 rechinante e impuntual. Perderlo representaba llegar tarde. Tenía un largo viaje y aprovechaba para estudiar *Torá*. Tomó su *jeilef*, los *tefilin* y se despidió rápidamente de su familia.

**–Que tengas un buen día. (A *guitn tug*)**

Ella sabía que una llegada tarde del *shojet* iba en contra del reglamento. Lo vio partir. Intentó acomodar las sábanas. Con toda paciencia aceptaba la ayuda de sus hijitas a las cuales les enseñaba los quehaceres domésticos. Sintió algo que le pareció natural y, al mismo tiempo, desconocido y tuvo que tomar asiento.

– ¿Te duele algo mamá? –se preocupó Frime.

– Todavía no le digan nada a tu padre. Presiento que estoy embarazada.

Se recostó a descansar. Con una naturalidad asombrosa para su edad Frime y Libe se ocuparon de las tareas de la casa durante gran parte del día. Golpearon a la puerta.

– ¿Cómo estás, Libe? ¿Y tú mamá? –dijo Idel, el lechero, con la mirada baja. Siempre le daba vergüenza hablar con ella.

– Está bien. Está ocupada.

La respuesta era suficiente pero se generó un silencio que los incomodó. Ella no se pudo quedar callada y añadió:

–Mamá está embarazada –transmitió la novedad con entusiasmo.

–*¡Mazl tov!* –exclamó el lechero con alegría.

Libe quedó pasmada por su propia indiscreción. Idel tomó el tacho lechero y con el tarro medidor vertió la leche a la jarra. Anotó la cantidad de litros en su libretita de pagos que se cancelaba a fin de mes y siguió con el reparto. Libe hirvió la leche tres veces para pasteurizarla, atenta a que no rebasara. Una vez que todo estuvo listo sirvió un vaso para cada uno de los hermanos y se acercó a Judith que seguía en cama. Esperaba la llegada de su papá con emoción e impaciencia. Seguramente la felicitaría por ocuparse tan bien de la casa.

–¿Le pasó el malestar? –le preguntó preocupada a su madre.

–Estoy mejor hija. Mucho mejor. Gracias.

Shimón abrió la puerta y con pasos rápidos se dirigió al cuarto donde estaba su esposa. Encontró a Libe sentada junto a ella.

–¿Qué es eso de hablar con el lechero? –preguntó muy serio con voz iritada.

–No hice nada, *Tate*.

–No hizo nada. Me estaba ayudando –contestó Judith.

–¿Ayudando? Estoy volviendo a casa y todos empiezan a felicitarme. ¿Cómo puede ser que yo sea el último en enterarme de que mi esposa está embarazada?

Libe y Judith se miraron e intercambiaron una sonrisa. Estuvieron un rato largo intentando serenarlo explicándole la situación. Hubo que esperar a que terminara la cena para que se distendiera un poco.

–Este viene a desempatar –susurró sonriendo una vez pasado el enojo.

Llegó el día tan esperado: el momento del parto. Con un susurro ronco y apenas audible, la comadrona informó que la parturienta tenía suficiente dilatación. Con movimientos rápidos y resueltos ayudó a incorporar a Judith. ¿Como podría ser de otra manera si casi toda la comunidad había nacido gracias a sus buenos servicios? Estaban a punto de ver producirse el milagro del nacimiento, en la habitación contigua la familia aguardaba el gran momento y rezaban *Tehilim*.

–Ya, ya. ¡Fuerza! ¡Fuerza!

Fueron unos instantes que parecieron horas. Con una destreza increíble lo tomó y cortó el cordón umbilical. El llanto sonó en los oídos de todos. El bebe era un varón. Ocho días después del nacimiento estaba todo listo para el *brit milá*, el pacto entre D-s y el pueblo de Israel. Nacemos incompletos y este acto viene a perfeccionar el cuerpo. En el patio, a pesar del frío, tendieron una mesa con un modesto refrigerio. Cada nacimiento era un acontecimiento y el vecindario quería conocer al recién nacido. Shimón se sentía competente para realizar aquella ceremonia. Al igual que a sus otros hijos varones, no estaba dispuesto a privarse de ese privilegio. Con cada uno se repetían los sentimientos entremezclados: nervios, alegría. En los momentos previos una emoción profunda le provocó un temblor nervioso que logró contener. Tomó al recién nacido en brazos, sin dejar de contemplarlo con una sonrisa y entregó la criatura al *sandak*. La elección no había sido fácil, se dice que ejerce una influencia espiritual en el niño. Por lo tanto, se lo nombró al

Rav Glaserman que lo colocó en sus rodillas. Shimón recitó la *brajá* y con precisión y rapidez cortó el prepucio. Ni bien terminó de hacer la ablación le acercaron una copa de vino.

-*Baruj Ata...* y será llamado en tu pueblo David Ben Shimon, Duved.

El pequeño ingresó al pacto y, con la bendición de *Hashem*, también esperaban que pudiera continuar en el estudio de *Torá, mitzvot, Bar Mitzvá, Jupá* y las buenas acciones. Los presentes pronunciaron una *tefilá* para que el recién nacido y su madre se recuperaran rápidamente y, como es la costumbre, mojaron los labios del bebé con vino. Algunos comenzaron a canturrear "*David melej Israel*", esa melodía milenaria que transmite alegría. El Rav esperó a que se apagaran las canciones para pronunciar unas breves palabras.

- Sea la voluntad del Eterno que por el mérito de la *Mitzvá* de *Brit Milá*, reúna a todo su pueblo en *Eretz Israel* con la llegada del *Mashiaj*, amén.

Estas frases proféticas se transformarían con el tiempo en el objetivo de la vida de David.

## CAPÍTULO 4

### *Zijrón David*

Las hijas de David llegamos a la Escuela Talpiot e ingresamos al templo. Cinco minutos antes de que empezara la tefilá nos dirigimos al sector de mujeres del primer piso. Los hombres entraban y se colocaban los *tefilín*. Una vez completado el *minián* rezamos con concentración. La *tefilá* era especial. Los libros de sabiduría judíos dicen que el alma de una persona permanece en contacto con este mundo durante los primeros once meses posteriores al fallecimiento. Sentíamos la presencia de papá junto a nosotras. Nos pusimos de pie para recitar el *kadish*. Los hombres tienen la obligación de decirlo pero nosotras éramos todas mujeres. Desde Israel, llegó una autorización especial para que, si tomábamos la responsabilidad, pudiéramos decirlo.

– *Itgadal, veitkadash shemé rabá* –pronunciamos a coro–. Una vez finalizadas las oraciones, el presidente de la Comunidad se acercó hacia nosotras.

–Lamento la pérdida de Duved en lo más profundo de mi alma. Quería decirles que la Comisión Directiva resolvió a partir de ahora que el templo, una vez finalizada la obra, llevará en su honor el nombre de *Zijron David*. Es lo mínimo que podemos hacer.

Fue imposible atinar palabra. Cuando miré a mis hermanas todas tenían lágrimas en los ojos. Durante la ausencia de papá muchos parientes y amigos hicieron lo posible para llenar el vacío que nos dejó. Recibíamos visitas, llamados, invitaciones pero tarde o temprano debíamos acostumbrarnos a vivir sin él y a comenzar una nueva etapa.

El último año habíamos estado muy ocupados dedicando cada momento que pasábamos juntos, cuidándolo y atendiéndolo. No estábamos preparadas para el día después.

Con el correr del tiempo tomamos conciencia de que dejamos de ser

una familia de clase media acomodada y pasamos a ser una viuda con cinco hijas que no teníamos la menor idea de cómo hacer para enfrentar los gastos del día a día ¿Con qué capital contábamos? ¿En qué banco teníamos cuentas? ¿Dónde estaban las escrituras de las propiedades? Al poco tiempo suspendimos al personal doméstico y mamá tuvo que duplicar sus tareas de ama de casa.

Fue doloroso darnos cuenta de la situación que estábamos viviendo. Beche, socio y amigo íntimo incondicional de papá, quedó al frente del estudio contable que fundaron juntos. Mis tíos se ocupaban de las inversiones y cuestiones legales. Mamá esperaba con ansiedad un llamado que le dijera que no se preocupara, que todo estaría arreglado. Por fin sonó el teléfono. Del otro lado de la línea se escuchó la voz del tío Berele.

–Lea, ¿cómo estás? –preguntó con dulzura.

–Bien, un poco preocupada –contestó con voz quebrada.

– Mirá, hablé con Beche. Nos juntamos a definir cómo van a seguir las cosas –intentó tranquilizarla–. El martes a la tarde nos vemos en el estudio. Nos encontramos ahí a las 15 horas ¿te parece bien?

–Sí por supuesto, pero Berele...

–Todo va a andar bien –afirmó con seguridad.

Al fin, el martes por la tarde mamá llegó al estudio. Llevaba puesto un trajecito color crema simple y elegante. Se perfumó con aquellos perfumes importados que en algunos de los viajes había recibido de regalo. Quería transmitir una buena impresión pero sin maquillaje sus ojos denotaban el desgaste de haber estado llorando.. ¿Cuándo fue la última vez que había estado allí? Ni se acordaba. Marta, la secretaria, se acercó a recibirla.

–Lea, ¿cómo está? –la hizo pasar.

–Bien, Marta. ¿Y vos? –se besaron en la mejilla.

–Lamento mucho tu situación. No hay palabras.

La invitó a tomar asiento mientras fue a informar de su llegada a Beche. Antes de salir se dio media vuelta.

–¿Gustás tomar algo? Quizás un té o un café.

–Sí, un cafecito –aceptó Lea para romper el hielo.

Una vez sola, comenzó a observar las paredes. Vio colgado el diploma en marco dorado. Recordó el día que David se había recibido, los amigos abrazándolo, saliendo juntos a la calle, bajando las escaleras de la Facultad. Saltaban y bailaban plenos de alegría. De pronto le pareció escuchar su voz que venía de la oficina de al lado dando instrucciones al personal. Mamá pensó que al lugar le hubiera venido bien una mano de pintura. Beche, ni bien se enteró de que había llegado, se acercó a la recepción a recibirla.

–Lea, qué gusto verte. Vení, pasá. Ya llegaron los hermanos de Duved. Te estábamos esperando.

El corazón le latía con fuerza, le costó unos minutos volver a la realidad. De esta reunión dependía mucho su tranquilidad. Trató de disimular los nervios. Desconocía las reglas de juego en el mundo empresarial y tampoco se sentía preparada para entrar en ese terreno. Confiaba plenamente en todos ellos. Sólo necesitaba una solución que le permitiera cubrir los gastos. Estaba de acuerdo que el socio de su marido y sus cuñados continuaran con los proyectos.

–Mirá, Lea –comenzó Beche la reunión–. Llegamos a la conclusión de que con tus responsabilidades de ama de casa y la crianza de tus hijos lo mejor es que tengas una asignación mensual libre de preocupaciones.

–Me parece bien –contestó con timidez.

–Tus cuñados –continuó– se comprometen a darte los intereses del capital que dejó tu esposo y yo, como socio del estudio, voy a abonar un alquiler por la oficina y un porcentaje por clientela. Del 1 al 5 podés pasar a cobrar. Si podemos te mandamos a alguien.

–Está bien, está bien –confirmó–. Del 1 al 5 paso por las oficinas de ambos...

–Ah, Lea –interumpió.– Antes de pasar hacé un llamado previo y combinamos, ¿te parece?

La propuesta fue lo que ella quería escuchar. Se despidió de todos con un cálido saludo sin siquiera haber probado el café. Ya al bajar por el ascensor comenzó a sentirse confundida. Dudaba de haber hecho lo correcto. ¿Se habría terminado la incertidumbre? ¿Volveríamos a tener ingresos para vivir? Todo había quedado de palabra, no se llevaba nada por escrito. ¿Debía volver y solicitar un compromiso más formal? En ese

momento sospechó que los emprendimientos de su esposo ya no le pertenecían. Aunque legalmente no era así, entraba como dueña y salía como ex socia. ¿Acaso tenía fuerzas para discutir? Sólo quería poder pagar las cuentas. Confió en que con la ayuda de D-s todo estaría bien.

Durante los primeros meses todo marchó como habían pactado. Del 1 al 5, previo llamado telefónico, pasábamos a buscar los sobres y afrontábamos los gastos. Comenzamos a respirar más aliviadas.

Sin embargo había una realidad que nos superaba. Éramos seis mujeres viviendo juntas y la casa parecía vacía. ¿Nunca nos íbamos a terminar de acostumbrar a tener que vivir sin papá? La vida continuaba y a nosotras nos faltaba el motor.

Necesitábamos estar con la familia. Viernes a la noche el *kidush* lo realizaba Guillermo (decidimos suspender nuestro compromiso para más adelante). *Shabat* al mediodía íbamos como siempre a casa del *zeide* con mucho respeto. A pesar de su avanzada edad tenía una lucidez admirable. El último tiempo había envejecido aún más. La barba encanecida y las cejas blancas marcaban el paso del tiempo. Nos acompañaba en la mesa pero sus pensamientos estaban en otro lado.

A fin de año me gradué como perito mercantil con buenas notas. Todas estuvimos en el acto de cierre y lloramos durante la entrega del diploma. Fue una época donde nos emocionábamos mucho.

Por fin llegaron las vacaciones. Nunca las esperamos tanto. Queríamos irnos lejos de Buenos Aires, tomar distancia de todo. Necesitábamos el contacto con el mar y la naturaleza. Pasear por los bosques, pisar la arena. Partimos a Mar del Plata, como todos los años, pero con menos recursos. Los mejores momentos de nuestra infancia los vivimos allí y teníamos la necesidad de volver.

Recordábamos que tan solo el verano pasado papá había sido el instructor de manejo de Blime y Guillermo con el Falcón cero kilómetro por el bosque de Peralta Ramos. Mi novio manejaba con precaución el auto de su futuro suegro.

–Dale, acelerá o me quedo dormido –le decía papá desde el asiento del acompañante.

Un año después, como si hubiera sabido lo que le iba a pasar, ellos estaban preparados para ser los encargados de manejar en la ruta.

Durante el viaje el silencio dio lugar a que una de nosotras comenzara a cantar la canción que solíamos entonar cuando hacíamos los viajes familiares: “Al salir del campamento, con un hambre de semanas, tru la la...”

Todos se miraron extrañados. Creímos que había sido una buena idea y lo fue. Una a una se unieron mis hermanas. Hasta mamá terminó cantando. Habíamos logrado empezar nuestras vacaciones con una sonrisa. Después de todo lo que habíamos pasado, eso tenía un valor inmenso. Ellas serían terapéuticas. Vendrían a curar las heridas.

El viernes por la tarde volvimos de la playa más temprano y terminamos los preparativos para pasar nuestro primer *shabat* en la costa. Invitamos al tío Kalmen con su familia que también estaba de vacaciones. El mantel traído de París en uno de los viajes, la mesa puesta, vajilla fina, el aroma a *jalá* recién horneada daban un aire de realeza que no era acorde con el departamento. Luego de cantar el tradicional *Shalom aleijem* le dimos al tío el *kavod* de hacer el *kidush*. Nos pusimos de pie y, antes de comenzar, con solemnidad y alegría, tomó la palabra.

–Aprovecho la ocasión para hacerles un anuncio muy importante para todos: ahora los Klimovsky somos mineros.

Nos quedamos boquiabiertos. Mientras él recitaba la *brajá* no podíamos evitar pensar a qué se refería con el tema de una mina. Hicimos *Netilat iadaim*, luego *Hamotzí*. Aguardábamos con impaciencia una explicación.

–Sí, chicas –comentó con entusiasmo–. Adquirimos una mina de hierro en Salta. Tuvimos que hacer una inversión millonaria pero, de todos modos, la conseguimos a un valor muy bajo de mercado. El dueño anterior estaba muy necesitado y la liquidó a muy buen precio. En este momento no está funcionando. La primera etapa será de inversión.

Lo mirábamos azorados y planteamos nuestras inquietudes. ¿Qué sabía nuestra familia de minería? ¿Cómo da ganancias? ¿Quién compra lo que produce? ¿Y supervisa a los empleados?

–Cuando comience a producir se calcula que hay hierro para ocho generaciones –comentó–. Nuestros nietos van a desayunar salmón –finalizó con una fina carcajada.

Los nuevos proyectos nos devolvieron, lentamente, el entusiasmo. Necesitábamos tiempo. El ambiente de *shabat* y el entorno del mar fueron secando nuestras lágrimas.

## CAPÍTULO 5

### **Amarás a tu prójimo**

Los hijos continuaban llegando. Ya eran diez y la situación económica no mejoraba al mismo ritmo. Se mudaron al barrio del Once donde muchas familias judías se habían trasladado. Al final de un largo y oscuro corredor estaba el pequeño departamento de tres ambientes que habían alquilado. Una habitación la ocupaban los padres. En la otra dormían los hijos. Las camas se compartían entre tres hermanos.

Por las noches, mientras los demás dormían, David cerraba fuertemente los ojos, ponía su mano derecha cubriéndolos y decía el *shemá* con mucha *kabaná*, pidiendo a D-os, el Creador del mundo, que ayudara a su familia a salir de esta situación que los agobiaba. Se quedaba pensando cómo podía hacer para colaborar. Pasaría poco tiempo para que cumpliera su deseo. Con tan sólo seis años comenzaría a trabajar e ir al colegio. En esa época se ingresaba al mundo de los adultos desde una edad muy temprana.

El primer día de clases coincidió con su changuita en el mercado. Estaba tan ansioso que se levantó a la madrugada sin que nadie lo despertara. Se alistó rápidamente con sus pantalones heredados, medias remendadas y acomodó su cabello con las manos.

–Epa, cuánto entusiasmo –dijo Frime cuando lo vio listo para salir–. Se nota que es tu primer día.

Se sonrojó por el comentario y rió con timidez. Todavía era de noche y el frío calaba los huesos. El departamento tenía un ritmo que él desconocía hasta ese día. Sus hermanos estaban despiertos y se vestían en forma apresurada. Abrum pasó a su lado y le tiró de la oreja.

–Dale, David. Vamos a llegar tarde.

–Ya voy, ya voy –respondió con voz muy bajita, como si temiera

despertar a alguien.

La calle estaba vacía, oscura. Las casas permanecían en silencio. Comenzó a recitar las *brajot* matutinas que el padre le había enseñado.

– ¿Qué hacés? –lo reprendió Abrum–. ¿No ves que hay que esperar hasta que amanezca para poder hacer *tefilá*?

Llegó al mercado, que se encontraba en el corazón del barrio, a cielo abierto, epicentro de la vida comercial y del abastecimiento de esa época. Era el paso obligatorio de todas las amas de casa que día a día se proveían de lo necesario para alimentar a sus familias. Directo del campo, dos veces por semana, llegaban en carretas tiradas por caballos y los primeros camiones con las frutas y verduras frescas recién cosechadas. Los peones bajaban los alimentos y los acomodaban en sus puestos. El suelo estaba lleno de charcos de agua y suciedad de los animales, las gallinas no paraban de cacarear, los matarifes las degollaban en el momento, el olor rancio se mezclaba con los aromas fantásticos de los exquisitos condimentos. David quedó impresionado. En medio de esa turba estaba el puesto de Don Isaac, el carnicero, que desde muy temprano tenía los paquetes preparados. Lo miró de arriba a abajo.

–¿Vos sos el hermano de Abrum?

–Sí –contestó con timidez.

–Pero decíme nene, ¿cuántos años tenés?

–Seis –afirmó con orgullo como si fuera un hombre.

–Parecés más chico. Bah, no importa. Ya estás acá –señaló los paquetes– Tenés que repartirlos. Las entregas son por la zona y con suerte te van a dar algunas monedas de propina.

El bullicio en el mercado se sumó a los latidos del corazón de David que, como un reloj, no paraba de palpitar. Ponía todo su empeño en escuchar pero estaba nervioso en su primer día.

–¿Entendiste, pibe? –resonó en su cabeza la voz ronca del puestero.

–Sí –contestó y se quedó parado sin saber qué hacer.

–Bueno, ¿qué esperás entonces? Empezá, nomás, si no vas a llegar tarde a la escuela.

Recogió los paquetes, los cargó sobre el hombro y comenzó las entregas. Se sentía orgulloso de formar parte del selecto grupo de adultos

a los que el amanecer los encontraba trabajando. Llegó a la primera casa del recorrido. Golpeó con fuerza el portón de madera gastada en mal estado. Tardaban mucho en atenderlo. Ya estaba impaciente cuando una mujer somnolienta con bata y rulos salió a recibirlo.

–Mejor que me hayas despertado por algo importante –dijo casi a los gritos.

David no sabía dónde esconderse.

–Vengo... vengo del mercado. Le traje su pedido –contestó mientras le extendía una bolsa de arpillera con varios productos.

–¿El pedido? Ah, claro –dijo la mujer, acomodándose la bata–. El pedido. Gracias –pero, decime una cosa, ¿no sos muy chico para un trabajo tan pesado?

–Señora. Tengo mucha fuerza –contestó mostrando sus músculos.

La mujer rió.

–Deberías estar en la escuela, ¿no es así? –preguntó mientras observaba los ojazos verdes de David.

–Voy después del trabajo. Es que tengo que ayudar a mi familia.

–Entiendo –afirmó conmovida. Me llamo Ema y quiero proponerte un trato. Cada vez que traigas el pedido y me mires con esos ojos especiales color verde esmeralda te voy a dar una moneda de 5 centavos. Eso sí, es sólo para vos.

–¿En serio? –abrió David su boca con asombro.

–¿Te parece bien? –dijo con simpatía.

–Claro que me parece bien –confirmó moviendo afirmativamente la cabeza y saltando de alegría.

Ema tomó la bolsa y le dio la moneda prometida.

–Dale, seguí con el reparto si no se te va a hacer tarde.

–Chau, señora Ema. ¡Muchas gracias! Hasta mañana y no se olvide de nuestro trato.

A las pocas semanas ya conocía a la mayoría de los clientes. Durante el recorrido se encontraba con hombres y mujeres de origen humilde que se esforzaban por ayudarlo. Ponía mucho empeño, quería hacerlo bien y con su edad transmitía pura ternura. A fin de mes, Don Isaac, el dueño del puesto, lo apartó en un rincón.

– Quiero hablar con vos.

– ¿Hice algo malo? –comentó asustado.

– ¿Malo? Para nada. Hablé con varios clientes y todos están muy contentos. Cuando empezaste no arreglamos bien el tema del pago.

– La propina nomás... ¿no es cierto?

– La propina es una parte. Además, te quiero dar algo.

Don Isaac sacó su billetera.

– Esto es para vos –le extendió un billete de 20 pesos.

– ¿Para mí? –contestó maravillado.

– Dale, agarrálo antes de que se vuele.

Tomó el billete y lo guardó en su bolsillo. Cada tanto controlaba que su pequeño tesoro estuviera allí. Cuando llegó a casa se sentó de cara a la puerta y no se movió esperando que Shimón, su padre, llegara del trabajo. Casi se estaba quedando dormido cuando escuchó el ruido de la llave.

– Tate, lo estaba esperando –corrió a recibirlo.

– ¿Cómo estás hijo? ¿Sobre qué estudiaron hoy con el Rebe? –quiso saber su padre como lo hacía diariamente.

– Sobre el *shemá* y cuándo hay que decirlo. Además, quería contarte que recibí mi primera paga –en seguida sacó el billete de 20 pesos y se lo entregó.

Shimón tomó el billete.

– Gracias, hijo. Lo necesitábamos mucho para las compras de *shabat*.

Esa noche David contó las monedas que la señora Ema le fue dando y guardaba debajo de la almohada. Además de colaborar en el hogar tenía algunos centavos suyos.

A la mañana siguiente, cuando terminó el reparto, volvió al mercado. Don Isaac lo miró extrañado. –¿Qué pasa, pibe? ¿Faltaste al colegio hoy?

–No, pasé a comprar algo –le enseñó las monedas que tenía en la mano sabiendo que no era mucho.

–Llevate una barrita de chocolate –dijo Don Isaac, acariciándole la cabeza–.

–¡Muchas gracias, don Isaac!

La tomó y salió corriendo para no llegar tarde. En el colegio se sentó junto a Rubén, su compañero de banco, amigo y vecino. Desde que David trabajaba, Rubén tenía la tarea de codear a su amigo cuando empezaba a cabecear a mitad de la mañana. Ni bien sonó la campana del recreo David lo llamó a un costado y le mostró su adquisición. Rubén no podía creer lo que estaba mirando. Era una barrita de chocolate como la que veía en los almacenes.

–¿De dónde la sacaste? –le susurró al oído.

–La compré con lo que gané en el mercado.

El chocolate era un lujo que se permitían por primera vez. La abrieron con mucho cuidado para mantener el envoltorio intacto y guardarlo como recuerdo. El aroma a cacao los hizo sentir transportados. Se les hizo agua la boca. David partió la barra en partes iguales.

–Tomá – le extendió una mitad–. Una para vos y otra para mí.

Pronunciaron la *brajá* y luego se deleitaron con el chocolate saboreándolo hasta el último bocado. Instintivamente, cerraron los ojos. Tenía un sabor dulce e inolvidable. Con el gusto todavía en la boca, volvieron a clase.

–Gracias –atinó a decir Rubén.

–¿Por qué? –contestó sorprendido.

–Por compartir el chocolate.

–Dale, ¿acaso no sos mi mejor amigo?

Compartir, amar a sus amigos, era su forma de ser desde temprana edad. Esto hizo de David un ser especial, un fuera de serie.

## Conociendo a Beatriz

El sobre con las cuotas mensuales prometidas del 1 al 5 para mi familia comenzó a postergarse. Debíamos realizar incalculables llamadas posteriores a la fecha pautada para cobrar lo que nos correspondía. La situación se hacía cada vez más intolerable. Beche aducía que los clientes, siendo que David no estaba en el Estudio, buscaron otros contadores. Y los tíos habían invertido todo el capital en la mina de hierro en Salta. Mientras tanto los gastos seguían acumulándose. Los Klimovsky éramos mineros. La frase no dejaba de retumbar en nuestras cabezas. La prioridad para los tíos era sacar la mina adelante, como fuera. Cuando comenzara a funcionar podrían respetar el convenio. Una vez superada esa situación volveríamos a la normalidad, aseveraban.

Tuvimos que vender el Falcon y pusimos el dinero en una cooperativa que quebró a los tres meses. Los ahorros estaban esfumándose. ¿Qué podíamos hacer? No queríamos perder las esperanzas, sabíamos que *Hashem* nos sacaría de esta situación. Pusimos nuestro máximo esfuerzo en minimizar los gastos y salimos a buscar trabajo de lo que consiguiéramos.

Abrimos los clasificados de Clarín. Marcamos algunas opciones de secretaria. Los empleos pedían una experiencia previa que, siendo tan jóvenes, no podíamos ofrecer. Salimos a la calle en busca de un milagro. Durante dos semanas hicimos colas interminables por un puesto. Tuvimos entrevistas donde se repetían las preguntas. Muchos quedaron en llamarnos pero los días pasaban y el teléfono no sonaba.

En vida de David él se ocupaba de que no le faltara nada a nadie de su familia, amigos o necesitados que recurrían a él. Fue probado por *Hashem*

en la pobreza y en la riqueza y había superado el examen. Con su fallecimiento sentíamos que la rueda estaba girando y estábamos quedando del otro lado.

Podíamos presentir que tendríamos que pasar por las mismas pruebas, pero a la inversa. Nunca imaginamos todo lo que nos iba a suceder hasta que pudiéramos volver a cambiar nuestra suerte.

A todo lo que veníamos padeciendo se sumó un nuevo problema. Norita debía empezar la escuela y no contábamos con los ingresos para afrontar ese gasto. Me dirigí a la Escuela ORT para ver qué podía hacer. Ni siquiera sabía qué era lo que iba a decir. Allí, una mujer en recepción me tomó los datos. Cuando le dije mi apellido dejó de escribir y alzó la vista.

–Pero, ¿vos no sos la hija de David Klimovsky? –preguntó asombrada.

–Sí, lamentablemente vengo a solicitar una beca para que mi hermanita menor pueda estudiar. Es imposible para nosotras solventarlo –le respondí con un suspiro.

–No te puedo creer. Tu papá era un hombre de buen poder adquisitivo que ayudaba a toda la comunidad. Si mal no recuerdo era vicepresidente de AMIA.

La mujer decidió otorgarle la beca a Nora. Dijo que era un orgullo que la hija de David Klimovsky estudiara en ese colegio. Sus palabras y saber que mi hermana tenía donde estudiar me hicieron sentir mucho mejor.

Nuestra odisea por conseguir un empleo continuaba. Fuimos a pedir trabajo al Instituto Talpiot pero no se había producido ninguna vacante. El ánimo estaba por el piso. Una tarde decidí ir en colectivo hasta Barracas. Durante el viaje casi me pongo a llorar de la desesperación. Había pedido una entrevista con el Director del Colegio Or Torá, el Rav Ben Hamú. Cuando llegué me invitó enseguida a pasar a su oficina y tomar asiento.

–Señorita Klimovsky, lamento mucho el fallecimiento de tu padre. Era un hombre íntegro que tuve el *zjut* de conocer. El siempre miró hacia adelante preocupado por el futuro de la *Kehilá*. Humilde, muy apreciado y considerado en su forma de ser.

–Muchas gracias por sus palabras, Rav.

–Dígame, señorita. ¿A qué debo su visita?

-Es triste lo que tengo que decirle. Desde que papá se fue no contamos con ingresos. Vengo a pedirle trabajo.

Mis palabras entraron en su corazón. La situación lo sensibilizó y luego de tomarse un momento recordó que se estaba produciendo una vacante.

-Estamos necesitando una *morá* para segundo grado. Yo a tu papá le debo mucho. Te voy a dar una oportunidad para demostrarme lo que sabés hacer. Estás contratada. El lunes te esperamos.

Quedé impresionada por la respuesta. Era la primera vez en los últimos años que me hablaban de esa manera. Alguien confiaba en mí y estaba muy agradecida. Me incorporé como maestra de hebreo. Sentí una responsabilidad muy grande. De hecho, en once años, mi asistencia fue perfecta. Nunca tuve una falta injustificada y menos una llegada tarde. No podía defraudarlo.

Seguíamos con más deudas que ingresos pero que yo tuviera un trabajo nos daba un poco de alivio y la satisfacción de sentirme útil.

Llegué a casa. Quería compartir las buenas noticias del día. Mamá estaba en la cocina. Sus ojos denotaban tristeza.

-Este mes tampoco vamos a poder contar con el sobre. Parece que por culpa de la mina los tíos continúan postergando los pagos. La familia a la que papá le prestó el departamento que tenemos en la calle Tucumán estoy intentando cobrarle un alquiler o de lo contrario que nos devuelvan la llave.

-Despacito todo se va a resolver.

Comencé a contarle las buenas nuevas. De repente escuchamos el timbre. Quizás fuera un cobrador o algún vendedor ambulante. No esperábamos a nadie.

-¿Quién es? -preguntó mamá, mirando por la mirilla.

Detrás de la puerta vio a una señora desconocida. Una mujer elegante, de rubios cabellos que vestía un tapado marrón con una pollera a cuadros y cartera a tono con los zapatos. Rondaba los 30 años.

-Disculpen la intromisión -dijo muy cortés-. Ustedes no me conocen. Me llamo Beatriz Gatti. Vivo en el edificio de la calle Tucumán 2311 donde ustedes son propietarios.

–¿Qué desea? –preguntó con amabilidad.

–Estoy buscando a la propietaria del departamento del 2º H.

–Soy yo. ¿Por qué tema es? –continuó con curiosidad.

–Mi marido y yo nos mudamos hace poco y formamos parte del Consejo de Administración. Estamos contactándonos con los propietarios. Es lamentable el estado general de ese edificio. Con muy poco se podría hacer mucho.

La buena apariencia de Beatriz, el tono entrador de sus palabras o la necesidad que teníamos de hablar con alguien lograron que le abriéramos la puerta de nuestra casa.

–Pase por favor, así conversamos más cómodas.

Era una mujer encantadora con modales finos, eso lo notamos todas. Esperó a que la invitaran a tomar asiento. En ese momento no intuimos que nuestras vidas iban a cambiar para siempre.

–¿Gustás tomar algo? –sugirió Blime.

–No se molesten. Quizás estoy interrumpiendo, mi idea es quedarme un ratito.

–¿Molestar? Para nada. Es más, llegás en un buen momento. Con las chicas hace rato que venimos hablando del alquiler del departamento de Tucumán.

–Nosotros justo alquilamos en un departamento arriba del de ustedes. En una reunión de consorcio estuvimos analizando que con unas cuotas extraordinarias podemos arreglar los ascensores, poner portero eléctrico. ¿Cómo se puede tener tan descuidado un edificio? Por eso, necesitamos la aprobación de la mayoría de los propietarios.

Escuchábamos con atención. Tenía razón. Estábamos dejando caer el valor de la propiedad y por más que no lo habitáramos seguía siendo nuestro. Teníamos que hacer algo.

–Hablamos con el encargado y nos pasó tus datos –continuó-. Perdón, sus datos.

–Podés tutearme. Nos da mucha lástima el deterioro del edificio pero en este momento no podemos proyectar nada. Ni que hablar de una expensa extraordinaria.

Nos sentíamos cómodas charlando con ella y vimos la oportunidad de comentarle nuestra situación. Ella había llegado en el momento indicado.

Mamá se sinceró, abrió su corazón frente a una completa desconocida. Contó del fallecimiento de papá, lo difícil de su situación siendo viuda con cinco hijas. Habló de la falta de pago de los inquilinos, la imposibilidad de recuperar departamentos y el atraso de los sobres. Beatriz escuchaba muy atenta y asentía. Conmovida sacó una tarjeta de su cartera y con delicadeza la apoyó sobre la mesa.

–Mi marido se ocupa de cobrar incobrables.

La tarjeta era sobria. Figuraba un nombre: Fernando Marconi. Tenía grabado el escudo nacional, el número de teléfono y la dirección del departamento de la calle Tucumán. Y debajo decía: *cobrador de lo incobrable*. Esa fue la primera vez que oímos hablar de algo así.

–Seguro que están muy ocupadas –dijo incorporándose–. No les quiero quitar más tiempo. Entiendo que el tema que me trajo hasta aquí sobre el consorcio queda momentáneamente suspendido. Fueron muy amables en atenderme. Les deseo de corazón que todo mejore y cualquier cosa que necesiten cuenten con nosotros.

Luego de acompañarla hasta la puerta volvimos a la cocina y nos quedamos mirando la tarjeta. ¿Sería justo lo que estábamos necesitando? Internamente deseábamos que no fuera necesario llamarlo.

Los ciclos se repiten y se aproximaba nuevamente la festividad de *Pesaj*. Como siempre la casa se revolucionaba y teníamos la sensación de que no íbamos a llegar con la limpieza, la comida y los gastos. Esperábamos reunirnos como lo hacíamos año a año, ininterrumpidamente, con toda la familia en la casa del *zeide*. Este año no sabíamos quién había tomado la posta. Un par de días antes recibimos un llamado donde nos enteramos que se iban a dividir los gastos entre todos los familiares en partes iguales, incluida Norita. Para mamá eso representaba seis cubiertos.

Quedamos desconcertadas. Nuestra situación económica no nos permitía afrontar un gasto tan importante. Tuvimos que decir que no íbamos a poder abonar semejante suma esperando que entre todos se hicieran cargo de nuestra situación. Eso no sucedió y al final, la familia decidió por mayoría que cada uno se reuniera en su casa. Ninguno estaba en condiciones (o quiso absorber el gasto) de la viuda y sus cinco hijas.

Con mucho pesar no estaríamos en los *sedarim* todos juntos. Ese año por primera vez en mi vida no tendría a mi padre y a mi abuelo para hacerles las cuatro preguntas con las que comienzan muchos niños el tradicional *seder* de *Pesaj*.

-*Tate, ij vel bai dir fregn fi r kashes* (Papá, voy a hacerte cuatro preguntas).

No me sentaría en aquella mesa como lo estuve haciendo por tantos años mirándolos sonreír silenciosamente mientras exponíamos nuestras cuatro preguntas. Los recuerdos se apresuraban dentro de mí. Intensas memorias de los *Pesaj* pasados estaban grabados en la fibra de mi ser. Los aromas de la comida que preparaban con esmero mis tías, la presencia de los familiares, el *zeide* dirigiendo el *seder*, los juegos con los primos, el gato pasando por debajo de la mesa. ¿Quedaría todo como un recuerdo o algún día se volvería a repetir?

Fui a la casa de los padres de Guillermo y tuvimos una celebración íntima. En vida, papá priorizaba el honrar a su padre. Para él lo máximo era tener a todos sus hijos reunidos en las cenas festivas y hubiera hecho lo imposible porque no se corte la continuidad de estas reuniones mientras el *zeide* estuviera en vida.

Ese *Pesaj* dejó una huella profunda de dolor. Shimón nunca había sido un hombre de muchas palabras y eso no iba a cambiar pero algo dentro suyo se rompió. Cuando lo volvimos a ver lo notamos abatido. Había luchado toda su vida para que hubiera unión en la familia y una cena de *Pesaj* separados era algo que no esperaba vivir al final de su vida.

El *zeide* siguió haciendo su rutina de todos los días sin levantar la voz y sin reproches. En *Lag Baomer* se levantó a la mañana dispuesto a estudiar sobre la vida de Rabí Shimón Bar Iojai, que había fallecido un día como aquel. Hizo *Netilat iadaim* y ya Idel, su fiel asistente, lo esperaba con un vaso de leche caliente.

Se sentaron a estudiar *Torá*, lo único que le daba fuerzas y lo mantenía con vida. Como todos los días, el *zeide* cerró los ojos dispuesto a escuchar las palabras de Idel. Esta vez en lugar de reflexionar sobre lo que escuchaba no lograba prestar atención. Su mente vagaba yendo al pasado, a su niñez. Recordaba su vida en Rusia, sus primeros días en la Argentina. Pensaba en su esposa, en el nacimiento de sus hijos. Había

algo que no podía borrar de la cabeza: el fallecimiento de Duved. La imagen de su hijo insistía en aparecer en sus pensamientos. Idel no podía notar lo que sucedía dentro de la cabeza del zeide y, con inocencia, seguía leyendo. El *zeide* hizo un nuevo esfuerzo y cambió su postura, apoyó su rostro sobre su mano derecha. Abrió por un instante los ojos e Idel sintió que lo estaba mirando. Los volvió a cerrar y nunca más los volvió a abrir. Mientras escuchaba las dulces palabras de Torá que recitaba Idel fallecía el *zeide*, el mismo día que Rabbí Shimón Bar Iojai.

## CAPÍTULO 7

### Con el sudor de tu frente

– Alumnos, ¡silencio! –irrumpió la maestra dando un reglazo sobre la nuca de uno de sus alumnos.

La escuela primaria estatal a la cual concurrían los hermanos Klimovsky quedaba en Anchorena y Valentín Gómez. Tenían a varios compañeros judíos en su curso. Tuvieron que presentar una nota firmada por el Rabino Ginsburg que les permitió concurrir a clase para dar el presente y luego retirarse en *shabat* y en los *jaguim*. En esos días se dictaban clases normalmente y la condición que puso la escuela fue que los chicos no se atrasaran por esa causa. Debían aprovechar el poco tiempo libre que tenían y estudiaban en los recreos. Así recuperaban los días faltantes.

Cuando cumplió 12 años David sumó a sus actividades la preparación para su *bar mitzvá*. En la vida judía es el momento que marca el paso de la niñez a la adultez. Debía preparar la lectura de la *parashá* que correspondía a su nacimiento: “*Shlaj Lejá*”. Para la ceremonia heredó el traje que habían usado sus hermanos. La mano de Judith se ocupó de que siempre luciera como nuevo.

David se había desarrollado relativamente pronto y no veía la hora de usar pantalones largos. El rigor de su padre hacía que el *bar mitzvá* llegaba a los trece y que los largos a los dieciséis. El argumento irrefutable era que siendo un chico tenía toda la vida por delante. Debía esperar, aceptar las reglas con resignación.

La ceremonia se realizó en el Templo que funcionaba en la casa de Rav

Ginsburg. Fue llamado a leer la Torá y Judith no pudo contener la emoción. Cuando finalizó, sus hermanos mayores se acercaron a felicitarlo uniéndose en un caluroso abrazo. Shimón se mantenía sentado. David se acercó hasta él y le extendió la mano. Su *tate* hizo algo que lo sorprendió: lo tomó del brazo, le dio un beso en la mejilla y le susurró: Leíste muy bien. *Mazl tov*.

Hicieron *kidush* en el Templo con un poco de *leikaj* y *bronfn*. Por la tarde volvieron al *shil* para *minjá*. En *seudá shlishit* sirvieron las galletas que Judith y sus hijas habían horneado. Algunos de los presentes notaron que el homenajado se puso de pie. Entre el murmullo de las conversaciones comenzaron los pedidos de silencio.

El Rav le preguntó si tenía la hoja con el discurso preparado. Él ya lo había memorizado. Tenía muy presente lo que iba a decir.

– *“La parashá de esta semana es Shlaj Lejá”* –comenzó con firmeza, convicción y en un perfecto idish–. *“Como todos saben, trata sobre el envío de los doce meraglim a la tierra de Israel. Diez de ellos dieron un parte negativo cuando regresaron. Dijeron a Moshé: Fuimos a la tierra que nos enviaste donde mana leche y miel como nos dijiste, pero un pueblo fuerte de gigantes habita en ella. No podremos conquistarla, consume a sus moradores. Tan sólo dos de los espías dijeron: Aló Naalé. Subiremos y podremos, afirmaron Ioshuá y Kalev. Nosotros no sabemos qué hubiéramos dicho de estar ahí, pero tenemos una ventaja: ya conocemos cómo siguió la historia. El pueblo no creyó en las palabras de esta minoría y esa generación perdió el mérito de ingresar a Eretz Israel. Miles de años después tenemos la posibilidad de recuperar las palabras de estos meraglim para dar fuerza a nuestra fe. Todo lo que D-s promete, lo cumple”*.

Los presentes quedaron asombrados por la claridad con la que transmitió las ideas. Como si fuera una profecía, las palabras *Aló Naalé*, con el tiempo se convertirían en el himno de la agrupación juvenil *Benei Akivá* que guió sus pasos.

A partir de entonces se sintió todo un hombre. Debía ponerse los *tefilín*, contaba para *minián*, podía leer la Torá en el templo. Tenía las mismas obligaciones que un adulto.

Si tenía unos minutos libres se dedicaba a otra de sus pasiones: el fútbol. Se hizo simpatizante de Boca Juniors por elección propia. Su sueño era ir a la cancha. Cuando jugaba a la pelota de trapo hecha con medias en

desuso imaginaba que estaba en la Bombonera en el clásico Boca–River.

Era habilidoso con la pelota. Defendía bastante bien, destacándose en ordenar a sus compañeros. Se paraba como último hombre. Desde el fondo de la cancha tenía una visión estratégica. Los partidos se jugaban en la calle Pasteur que en ese entonces se llamaba Ombú, por el teatro que había en esa cuadra donde hoy se erige el edificio de la AMIA. Los árboles y las camperas hacían de postes. En el *Gerzen Shil* los Klimovsky se hicieron amigos de los Markel y los Melman. Con el transcurso de los años profundizaron ese vínculo. Beche Markel, un joven vital y reflexivo pasó a ser parte del equipo y el amigo del alma de Duved. Se sentían como hermanos gemelos de úteros distintos. La amistad entre ellos pasó a ser algo muy importante en la vida de ambos. Tenían como lema que un amigo es un hermano que se elige y si esa amistad es recíproca debería ser para toda la vida.

A Shimón no le gustaba que sus hijos jugaran a la pelota. Consideraba que demasiado tiempo invertido en el fútbol terminaba en *Bitul Torá* pero el Rav le sugirió que los muchachos quizás necesitaran realizar alguna actividad física para continuar con los estudios con nuevos bríos. Sólo ahí estuvo de acuerdo.

Entre partido y partido David pensaba cómo podía hacer para tener un futuro mejor. Su presente era alentador. Tenía trabajo, amigos, estudiaba. Necesitaba seguir creciendo. ¿Qué opciones tenía? Hermanos y amigos formaban un equipo cada vez más competitivo. Organizaban torneos donde traían a los mejores jugadores del barrio que podían encontrar, pero, no podían sacarles el invicto ya que, individualmente, los rivales podían jugar muy bien, pero ellos formaban un verdadero equipo. Cada uno sabía lo que tenía que hacer, el todo era mucho más que la suma de las partes. Viendo cómo se movían en la cancha a David se le ocurrió crear un emprendimiento comercial. Quizás su *tate* estuviera equivocado y los partidos servirían para algo más que para correr un rato. Fue en busca de la aprobación de su padre.

–Tate, necesito hablar con usted –lo sorprendió ni bien lo vio llegar del trabajo.

–Sentate, hijo– le indicó un taburete de tres patas situado cerca de la mesa–. ¿Qué estuviste estudiando hoy? Contame.

–Sobre los diez mandamientos. Además, lo estaba esperando porque necesito su aprobación –hablaba con mucha rapidez. Casi tragándose las palabras.

Shimón se tomó su tiempo. Llegaba de un largo día de trabajo Se quitó el saco, el sombrero y apoyó la valija a un costado con sus instrumentos de *shojet*. Acomodó su *kipá*, dejó caer su cuerpo cansado en la silla más cercana y concentró toda su atención en lo que su hijo tenía que decirle:

–A ver, contame, *ingale*.

–Necesito decirle que decidí dejar de trabajar como repartidor.de carne en el mercado.

Shimón era un hombre difícil de sorprender y en este caso prefirió escuchar todo lo que su hijo tenía que decir antes de emitir una opinión.

– Ajá –asintió–. ¿Pensás dejar de trabajar?

– Por supuesto que no. Sólo quiero comenzar mi propio emprendimiento. Trabajar por mi cuenta.

– Esas son cosas para grandes. Te faltan años para comenzar un negocio.

– Puedo empezar con poco y si va bien, seguir creciendo.

– Me imagino que ya tenés el proyecto en mente.

– Sí, quiero fabricar billeteras para Aron Sapolsky. Las vende en los negocios del centro.

– ¿Dónde funcionaría el taller?

– Acá, en casa –declaró con seguridad.

– ¿Quién te va a ayudar? ¿Vas a poder solo?

– El trabajo lo haremos mis hermanos y Beche.

– Los estudios están primero –afirmó con seriedad.

– Tenemos pensado seguir estudiando como hasta ahora.

– ¿Necesitan capital para comenzar?

David introdujo su mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa de tela con billetes y monedas.

– Esto es lo que llevo ahorrado desde que trabajo como repartidor. Para empezar alcanza –respondió.

A Shimón le llevó unos instantes analizar la situación y dar su veredicto.Veía a su hijo muy seguro y responsable. Además, ¿qué perdían

con probar? Acarició su larga barba y continuó.

– Me convenciste. Sólo les voy a poner dos condiciones: la primera es que deben continuar con los estudios seriamente como hasta ahora. Ya sabés que la fe en D-s puede producir cualquier milagro excepto uno: el de aprobar los exámenes sin haber estudiado. La segunda es seguir usando pantalón corto hasta que cumplas dieciséis años.

– Pero *tate*... –intentó retrucar David.

– Esas son las condiciones. Podés tomarlas o dejarlas –su tono fue autoritario sin dar lugar a ningún tipo de objeción.

Con la cabeza gacha David aceptó lo que su padre estaba diciendo. Deseaba rebelarse, protestar, sin embargo se contuvo. Sabía de sobra que el quinto mandamiento dice “honrarás a tu padre y a tu madre”. El silencio valía más que mil palabras.

– Entonces tenés mi permiso y mi bendición –fi nalizó Shimón.

Una vez que obtuvo la autorización y bendición de su *tate* puso manos a la obra. El primer paso fue reunirse con sus hermanos y Beche para convencer al equipo del proyecto. Como dudaban en dejar lo que tenían en mano para seguirlo tuvo que recurrir a un ejemplo.

–La propuesta suena arriesgada. Tenemos una ventaja: sabemos trabajar en equipo. Cuando jugamos al fútbol es difícil que nos ganen, estoy seguro que lo mismo nos va a pasar con este proyecto. Si unimos nuestras fuerzas, nos repartimos las tareas, *Beezrat Hashem*, va a salir todo bien.

Supo decir las palabras justas para convencerlos. Estuvieron dispuestos a compartir el riesgo. Fue a hablar con Sapolsky, el comerciante de la calle Florida que realizaba los pedidos mayoristas y vendía la mercadería de cuero muy buscada por los turistas. Una vez que obtuvo un adelanto se comprometió a entregarle las billeteras señadas. Tomó contacto con los proveedores y se dirigió al mercado a avisar que a partir de fin de mes no contarán más con él.

El hogar de la familia pasó a ser también el lugar donde estaba instalado el nuevo emprendimiento. El que tenía un rato libre se ponía a trabajar. El olor a cuero y engrudo inundaba el ambiente. Era habitual encontrar trozos de tela sobre la mesa, billeteras a medio armar apiladas

sobre un rincón. Si alguien podía incomodarse con esta situación era Judith, pero nunca pronunció una queja. Sabía que se estaba jugando el futuro de su familia. La posibilidad de costearse los estudios, tener tranquilidad económica, un trabajo digno.

Las primeras entregas se hicieron en tiempo y forma. Sapolsky estaba muy satisfecho y los muchachos se ganaban unos pesos. Duved ya pensaba cuál sería la próxima jugada. Entró a casa corriendo llevándose por delante a su hermana. Todos los muchachos estaban preparando un nuevo pedido.

-Les tengo que contar algo. Cometí una locura, no me lo van a creer.

-¿Qué pasó? -preguntó Avrum-. ¿En qué lío nos metiste?

-Sapolsky pidió 1000 billeteras para la primera semana de diciembre, plena temporada de turistas y le dije que sí -declaró sonriendo.

-¿Te volviste loco? Faltan sólo tres semanas para diciembre.

-Los exámenes, ¿cómo vamos a hacer?

-Llega fin de año, es la época de más venta. Simplemente me arriesgué.

Quedaron pensativos. 1.000 era una cantidad excesiva. Las entregas semanales no superaban las 150 unidades. Se sumaban los exámenes finales. David ya se había comprometido. Harían lo imposible por cumplir. El desafío había comenzado.

-Me parece que hay una sola alternativa. Manos a la obra. Hagamos *tefilá* y pongámonos a trabajar. Si todo sale bien, nos vamos para arriba.

-¿Y si no llegamos? -preguntó Beche con tono preocupado.

-Entonces sólo fue una experiencia.

-Vamos a llegar -afirmó Duved-. Sacaremos horas de nuestro sueño. ¿Acaso en *shavuot* no permanecemos despiertos toda la noche estudiando?

Sin perder un instante dividieron las tareas. Liberaron la mesa para poder trabajar y en un rincón apilaron los libros para estudiar en los ratos libres.

Pasaron los días, se acercaba la fecha de entrega y parecía que cada vez faltaban más billeteras. Todos pensaban que mil había sido un compromiso excesivo. Suspendieron los partidos de fútbol. Cumplir con el pedido se convirtió en su única ocupación. Faltaba una semana y

quedaba por hacer gran parte del trabajo. David se cruzaba de tanto en tanto con Sapolsky y sentía la presión de su mirada sobre su espalda.

-Dale, pibe, se juegan las ventas de la temporada – saludaba en forma amigable para darle aliento pero a él le temblaban las piernas.

Sonreía evitando darle una respuesta. Su rendimiento en clase comenzó a mermar y el cansancio le impedía prestar atención. El compromiso tomado con su papá de que el proyecto no iba a interferir en sus estudios lo abrumaba. Sus jóvenes socios lo notaban pensativo y hacían su máximo esfuerzo pero eran concientes de que, si seguían así, no llegarían a cumplir con lo pactado. El agotamiento hacía que la buena predisposición se transformara en nerviosismo.

-Muchachos, me parece que tenemos que hablar. Si seguimos así no vamos a llegar y terminaremos todos fusilados –afirmó Moishe.

-Ya lo sé. Pero es imposible fallar. Tenemos que encontrarle la vuelta.

-Trabajamos todo el día. Ni siquiera jugamos al fútbol.

-¡Exacto! Ese es el problema. Trabajamos todo el día pero descuidamos las noches. Tenemos que hacer funcionar mejor el trabajo en equipo.

-Es que ya no podemos más.

-Hay una *ieshivá* que tiene 40 alumnos y 20 camas. ¿Saben cómo se arreglan? Mientras 20 alumnos estudian los otros 20 descansan. Así la *ieshivá* está activa las 24 horas. Ajustemos las horas de sueño y maximicemos el estudio y el armado de billeteras. Beche se quedará a dormir en casa toda la semana.

Prepararon un cronograma y redefinieron horarios y tarea, incluso contemplaba que todos estuvieran durmiendo cuando Shimón se iba a trabajar, a la mañana, para que no sospechara que estaban sobrecargados de trabajo. Los esperaba una semana crucial. Las hermanas se ofrecieron a ayudar en el armado y preparar café para los noctámbulos. Con la energía renovada volvieron al trabajo. Mientras uno armaba billeteras, otro le tomaba examen oral.

La nueva disposición por turnos funcionaba de maravillas. Así llegaron al día anterior a la entrega que coincidía con los últimos exámenes. Por la noche todavía no sabían si iban a poder cumplir con el pedido. Quizás si se quedaban despiertos pudieran lograrlo. Pero tenían cansancio acumulado de varios días. Luego de *arvit* se pusieron a trabajar

a un ritmo nunca visto. Pasaban las horas y las billeteras se acumulaban. Estaban tan concentrados en sus tareas que no percibieron que se abría la puerta. Shimón había madrugado como todos los días para ir al frigorífico. La escena que se presentaba ante sus ojos era increíble. Los muchachos estaban ubicados donde podían. Algunos trabajaban con la vista cansada y los ojos rojos mientras que otros compartían el sillón para dormir vestidos. Entre billeteras a medio armar y un gran desorden Beche tomaba examen a David.

–¿Se puede saber por qué están despiertos? ¿Dónde se vio trabajar hasta tan altas horas de la noche?

Tenía los minutos contados, le era imposible llegar tarde al trabajo, pero no quería pasar por alto lo que veían sus ojos.

–Cuando vuelvo, hablamos. Tendré una conversación seria con ustedes.

Tomó sus *tefilín*, su sombrero, su maletín y se marchó. La única posibilidad de salir airosos de esta jugada era que todo saliera perfecto. Tenían tiempo hasta que él volviera.

–998, 999, 1.000 –terminaron de contar mientras los primeros rayos de sol iluminaban el living y Judith tenía preparado un vaso de leche caliente para sus hijos.

Colocaron las billeteras en unas bolsas de arpillera. Luego de la *tefilá* matutina David fue a entregarlas a la casa de Sapolsky. Una vez allí lo hizo pasar y miró sorprendido las bolsas.

–Pero, ¿cuántas billeteras trajiste?

–Mil, como habíamos quedado –contestó con orgullo.

Sapolsky estaba entre sorprendido y divertido.

–Creo que hubo un malentendido. Yo necesitaba las billeteras para el mes de diciembre pero la entrega podía ser parcial.

–Pero yo entendí... –respondió David casi asustado, creyendo que le iban a suspender el pedido.

–Está bien. Ya que las trajiste las cuento y te las pago. Decime una cosa, ¿cómo hicieron tantas en tan poco tiempo? –preguntó con una sonrisa.

–Trabajo en equipo y mucha *tefilá*, ese fue el secreto.

–Muy buena combinación. Sigán así. Estoy seguro de que les va a ir

muy bien.

Le dio el dinero por el trabajo realizado. Duved lo contó y lo guardó en el bolsillo. Su corazón palpitaba de alegría y satisfacción. Salió corriendo a rendir su último examen.

–Klimovsky, llega tarde. Ya no le quedan más faltas, vamos a tener que dejarlo libre –lo recibió la Directora cuando lo vio entrar al establecimiento.

–Es el último día. Tengo mi examen final. Déjeme rendir –pidió con dulzura. Estaba blanco como un papel.

La Directora lo miró fijo y se le derritió el corazón.

–Pase, Klimovsky. Voy a perdonarle la vida. Aproveche esta oportunidad y rinda bien.

–Gracias, muchas gracias –salió corriendo y saltando de alegría.

Entró al aula y acaparó todas las miradas. ¿Le habían permitido entrar tarde al examen más importante del año? Tomó una hoja y se sentó en el pupitre de madera. Con su lapicera de pluma mojaba impacientemente en el tintero. Secaba cada párrafo con secante para que no se corriera la tinta. Completó las preguntas una a una. Entregó el examen a la profesora que durante el recreo los corregiría. En el patio se sentó en un banco y se quedó dormido. Había hecho su máximo esfuerzo.

–Aprobaste Duved. Despertate. ¿Salimos a festejar?

–Me encantaría pero me esperan en la *ieshivá*. Gracias.

Al anochecer los muchachos volvieron a casa. Allí estaban, exhaustos y felices, con la satisfacción del trabajo terminado y exámenes aprobados. David entregó su parte a cada uno para que con eso pudieran pagarse los estudios. Contentos pero todavía tensos se sentaron a esperar que su *tate* volviera del trabajo.

Escucharon girar la llave en la puerta y empezaron a temblar. Con su porte imponía severidad. Fue a colgar su saco y guardar su maletín. Apenas si les dirigió una mirada al ver a todos sentados. A partir de cada gesto los muchachos intentaban adivinar cuál sería su reacción ante el enojo de la madrugada. En forma muy paciente tomó asiento en la cabecera de la mesa.

–¿Me pueden contar qué está pasando en esta casa?

Nadie hablaba. El gato de la casa corría de un lado a otro buscando

con quien jugar. Su buen humor y su vitalidad parecían desentonar con el cuadro que se vivía en ese momento.

–¿Quién me va a contestar?

Moishe, el mayor, tomó la palabra en representación de sus hermanos.

–Tate, nos comprometimos a hacer una entrega de billeteras y tuvimos que trabajar un poco más de lo habitual.

–¿Un poco más de lo habitual? Por lo que pude ver ni siquiera dormían. Mírense las caras de cansados que tienen.

Se miraron entre sí y entendieron a qué se refería. Lucían agotados, necesitaban un descanso reparador. David quiso tranquilizar a su padre. Si escuchaba las novedades quizás no se enojaría tanto.

–Logramos hacer la entrega. Nos pagaron. Rendimos bien los exámenes...

Su *tate* lo interrumpió.

– Muchachos. Estoy seguro de que son responsables y que cumplieron con todo pero yo no quiero que esta situación se repita. Ustedes tienen que estudiar y trabajar pero también necesitan descansar. A partir de ahora me voy a ocupar personalmente de que no vuelvan a cometer estas locuras.

El silencio denotaba aceptación. Esperaban recibir una reprimenda así que las palabras conciliadoras fueron como un bálsamo para sus oídos. Volvió a tomar la palabra.

– Hay algo más que les quiero decir. Los felicito, aprobaron sus estudios y cumplieron con la entrega.

Era un hombre de pocas palabras. Ese era el elogio más grande que podía salir de su boca. Fue el primero en levantarse y se dirigió a su cuarto. Los chicos, una vez solos, se pusieron a saltar y a abrazarse de alegría.

Luego de pasar la prueba de fuego lograron hacerse un nombre en el ramo. Abastecían a varias marroquinerías y estaban mejor organizados. Conocían el rubro y se hicieron especialistas en los distintos tipos de cuero. David, a pesar de seguir usando pantalones cortos, era el coordinador y responsable del emprendimiento.

Cursaba la escuela secundaria y había decidido estudiar Ciencias

Económicas, como su hermano mayor. Él también quería ser contador. Para poder lograr ese objetivo debía dedicarse a la fabricación de las billeteras.

En el Barrio de Once se sentía como en casa. Era conocido por muchos vecinos. Mientras iba caminando y saludando a su andar a los conocidos por la calle Tucumán, llevando los pesados paquetes para armar un nuevo pedido no le llamó la atención que una persona se acercara a hacerle una pregunta.

–Disculpame pibe, ¿sos del barrio?

David afirmó con la cabeza.

–¿Me podés dar una mano? Tengo que correr un cajón. Acá nomás, es un minuto, no te cuesta nada.

–Cómo no –pensó en no perderse una *mitzvá*.

El desconocido tomó a David del brazo y lo llevó hacia un zaguán. Ahí había dos personas más. Le susurraron casi en secreto:

–Callate y no hagas lío.

–¿Qué quieren? –preguntó sorprendido.

Comenzó a temblar. Habían estado en la oscuridad esperándolo.

–No te hagas el distraído. Danos la guita, dale –intentaron acercarse.

Venían hacia él. Comenzó a alejarse instintivamente.

–Tuve que pagar el pedido, no tengo.

La respuesta los hizo enojar. Uno de los malhechores le pegó una trompada en el estómago y la gorra salió rodando. Quedó sin aire. Abrieron los paquetes con curiosidad y encontraron retazos de cuero. Volvieron a pegarle, esta vez en la cabeza. Cuando niño una vez vio a un gato atrapar a un ratón en la oscuridad. El chillido de aquél ratón aún lo perseguía. La desesperación de todo ser vivo gritó a través de ese ratón. Él sentía que había caído en las garras de su enemigo. Al igual que el ratón, él no comprendía al gato. Siempre evitaba las peleas.

–La plata pibe. ¿Dónde está la plata? –lo empujaron.

–No tengo. Les digo la verdad –quería gritar pidiendo auxilio pero le fue imposible.

Sintió su camisa empapada. Una mano extraña se metió en el bolsillo y le sacaron las pocas monedas que llevaba. Comenzaron a doblársele las

piernas y desde el piso vio como los tres ladrones se iban corriendo llevando con ellos los paquetes para la entrega. Una vez que se quedó solo intentó levantarse. Comenzó a marearse.

Instintivamente buscó su gorra que estaba a unos metros. Sentía dolor e impotencia pero no iba a llorar, no quería darles el gusto. Estaba aturdido, intentaba mantener la compostura. Caminó las pocas cuerdas que faltaban hasta llegar a su casa. Berale lo estaba esperando desde hacía rato. Lo vio entrar con la camisa fuera del pantalón, las rodillas manchadas de tierra y supo que algo había pasado.

-¿Dónde te metiste? ¿Qué te hicieron?

-Eran tres. Me robaron. No lo esperaba, hice lo que pude por defenderme.

Toda la bronca acumulada afloró en ese instante. Los ojos estaban llenos de lágrimas y, ni bien comenzó a contar lo que había pasado, se puso a llorar frente a su hermano que lo escuchaba calmándolo, dándole unas palmadas en la espalda para transmitirle afecto.

¿Cómo podía ser? Él sólo quería ayudar. El dolor corporal se sumó al dolor interno. Su confianza en los demás hizo que cayera en la emboscada que le habían tendido. Años después esa misma confianza y amor por los demás lo harían caer en otra trampa de la vida de la cual no podría levantarse.

## CAPÍTULO 8

### **Marconi entra en nuestras vidas**

A la pérdida del *Zeide* se sumó que el tiempo transcurría y nuestra situación económica continuaba igual. Beche se estaba reacomodando y seguía sin disponer de efectivo. La mina de hierro en Salta necesitaba una nueva inyección de capital. Por lo cual se hablaba de meses o incluso años hasta que generara ganancias. No nos habían consultado si queríamos participar de este proyecto pero sufríamos las consecuencias: pasamos a dejar de contar con los ingresos que percibíamos.

Llegué del colegio luego de dar clases. Mamá estaba planchando en el comedor diario. Teníamos un centro de mesa donde poníamos las cuentas que había que pagar. No miento si digo que rebasaba.

–Itele, llamé por los sobres. Estamos casi a fin de mes y no hay novedades. Si papá viviera todo sería diferente –suspiró–. ¿Cómo vamos a llegar a fin de mes? ¿Y el mes que viene? ¿Y el otro?

–No te preocupes, mamá. *Beezrat Hashem*, saldremos adelante.

Pasamos de la intranquilidad a la desesperación. Se puso a llorar en forma desconsolada. Fue a buscar un pañuelo y golpeó sin querer el centro de mesa. Los sobres se desparramaron y quedó a la vista el nombre de Fernando Marconi. Desde que la señora Beatriz Gatti nos había visitado no habíamos vuelto a hablar de ella. La aparición de la tarjeta sobre la mesa nos resultó providencial. La miramos con asombro.

–¿Qué hacemos? ¿Llamamos? –preguntó mamá tomando la tarjeta entre sus manos.

–Con una entrevista no perdemos nada –contesté con seguridad–. – Bueno, está bien. Pero llamá vos, Itele.

El teléfono sonó tres veces antes de que atendieran.

–Hola, ¿quién habla? –contestó una voz de mujer.

–Beatriz, soy yo –reconocí su voz–. Ite, la hija de Lea. Los propietarios del segundo H. ¿Se acuerda que estuvo en casa y nos dejó una tarjeta? Nos gustaría concertar una entrevista con su esposo.

–Él ahora no está pero ya podemos poner un día. ¿Quieren pasar por casa el lunes a las 14 horas El edificio ya lo conocen. Recuerden que es el 3º J.

–Perfecto, nos vemos si D–S quiere.

–Bueno, las esperamos.

–Chau. Chau

Llegamos con mamá al edificio de Tucumán 2311. Fuimos directo al departamento de Fernando Marconi. Notamos que nos estaban esperando. Ni bien tocamos el timbre nos hicieron pasar al living. La decoración era austera pero de buen gusto. Había muy pocos muebles, las paredes estaban recién pintadas con colores claros. De la cocina llegaba un aroma a café recién molido y en seguida nos invitaron a tomar asiento. Él era castaño, de alrededor de 35 años. Vestía muy formal con un traje claro y una camisa cara. Sin ser demasiado alto lograba imponer su presencia. Sabía qué era lo que tenía que decir para hacer sentir bien al otro.

–Mucho gusto. Pónganse cómodas, como en su casa. ¿Quieren que les guarde el abrigo?

–Gracias –mamá le alcanzó el tapado.

–¿Toman café? ¿Algo fresco? –consultó Beatriz.

–Un vaso de agua fría –contestamos al unísono.

Se dirigió a la cocina. Mamá repitió su historia. Él escuchaba con atención sin interrumpir. Parecía saber cuáles eran los pasos a seguir. Se notaba que no era la primera vez que enfrentaba una situación como ésta.

–Me alegra que vinieran. Beatriz me habló bien de ustedes, se quedó muy preocupada. Sé que están pasando por una situación difícil, de otra manera no hubieran venido a verme. Para que se queden tranquilas les quiero decir que hace tiempo me ocupo de hacer este trabajo. Consiste, en realidad, en tener contactos –sonrió–. Tengo vínculo con jueces, juzgados, gente del gobierno. Hay comisarios, policías que nos pueden abrir el

camino para trabajar tranquilos. Muchas mujeres al quedar viudas tienen dificultades para seguir. Ustedes se merecen un buen pasar, estar bien económicamente y recuperar lo que les corresponde. Conmigo van a poder cobrar todo lo que les pertenece.

–Pero, disculpe ¿cuáles van a ser sus honorarios? –atiné a preguntar con timidez.

La frase no pareció incomodarlo.

–Está clara tu pregunta. Sólo cobro si hago bien mi trabajo: el 50% de todo el recupero. Si no hay recupero no cobro, así de fácil.

–Entiendo –suspiramos aliviadas.

La propuesta nos resultó tentadora. El 50% de algo era mejor que el 100% de nada. Si todo iba bien, que se llevara sus honorarios. Y si no, seguiríamos como al principio. Sugerimos un par de días para tomar la decisión.

–Lea, espere un minuto, ¿con cuánto te puedo ayudar ahora?

Puso su mano en el bolsillo como si fuera a sacar algo.

–Faltaba más. Ni siquiera sé cómo haría para devolverlo.

–Olvidate. Tómame 2.000 que ni bien recupero algo me los devolvés.

Mamá rechazó la oferta de plano.

–Gracias. Es inaceptable. Una vez que lo contratemos, vemos.

Al salir, creímos que habíamos encontrado a la persona indicada. Durante los días que siguieron debatimos sobre qué era lo mejor para nosotras. Finalmente, por amplia mayoría, decidimos darle una oportunidad.

Mamá lo llamó por teléfono, él no pareció sorprenderse. Con mucha profesionalidad le preguntó si sabía qué propiedades teníamos, cuáles eran las deudas por cobrar. Le encargó que buscara todos los papeles que tuviera a mano y que preparara la información que considerara de utilidad. Le dio un plazo y quedó en venir a casa la semana entrante. Íbamos a contratar a un profesional para que solucione nuestros problemas. Con nuestra poca experiencia sentíamos que estábamos haciendo lo correcto.

La primera reunión se realizó en el living de casa. Estábamos todas las hijas acompañando a mamá. Fernando Marconi se esforzaba por demostrar optimismo y simpatía. Analizó los papeles e hizo algunas preguntas puntuales. Quiso saber los nombres de las empresas y personas

que tenían deudas con nosotras y cómo estaba el trámite sucesorio. Necesitaba tener la mayor información posible para poder actuar. Le sugerimos que se contactara con Beche y el tío Avrum.

–Bueno, ahora empieza mi trabajo. Hay mucho por hacer pero imagínense que a mi nadie me conoce. Yo sólo puedo reclamar lo que es mío. Por lo tanto necesito un poder amplio y total firmado por ustedes que me dé libertad de acción.

Nos miramos sorprendidas.

–¿Un poder? Es un compromiso muy grande. Te pido que nos dejes un tiempo para pensarlo.

Por un instante la respuesta pareció molestarlo, pero, enseguida recuperó la compostura.

–Chicas, decídanse pronto así empiezo cuanto antes. Si obtengo otro caso no las voy a poder atender –nos advirtió–. Si deciden que sí, yo me pongo en contacto con la escribanía y las llamo para que nos encontremos. Con el poder firmado empiezo a trabajar. Haré todo lo que está a mi alcance para cobrar lo antes posible. Es imposible garantizar un tiempo, pero recuerden que cobro contra recupero y trabajo con gente muy importante.

Luego de un corto debate familiar decidimos que debíamos correr el riesgo. Si íbamos a jugar la carta de Fernando Marconi había que aceptar las reglas del juego. Fuimos con mamá hasta la escribanía que nos indicó, en plena zona de Tribunales. Quedamos impresionadas por la decoración de la oficina. El escribano, un señor mayor muy formal, nos atendió con mucha amabilidad. Esto era un buen indicio. Era una pauta de que trabajaba con gente de alto nivel socioeconómico. Su trabajo como cobrador de lo incobrable parecía tarea difícil. Sin embargo, para él, era algo de todos los días.

Una vez firmado el poder a nombre de Beatriz Gatti, ya tenía todo lo que necesitaba para entrar en acción. Contratarlo parecía la mejor decisión que podríamos haber tomado. Muy pronto lo veríamos moverse con ligereza, astucia y seguridad. Puso manos a la obra con métodos que desconocíamos. Dejamos de sentirnos desamparadas. Ahora había un hombre que iba a agotar todas las instancias para recuperar lo máximo posible y cobrar sus honorarios. La gente percibía que estaba hablando

con alguien de personalidad avasallante, capaz, hábil y eficiente.

El primer paso fue reunirse con Beche. A él le disgustó que un extraño pusiera manos en el asunto cuando todo se podía resolver entre nosotros. Luego, hablando con Fernando Marconi, se dio cuenta de que estaba frente a una persona emprendedora y con muchos contactos. En lugar de negarse decidió que a él también le podían ser útiles los servicios. Le entregó una serie de pagarés que parecían incobrables y un listado de gente que quedó debiendo de palabra e incluso llegó a agregar unas deudas personales que le estaba costando recuperar.

Si a él le disgustó la visita, a los tíos les pareció que habíamos cometido una barbaridad. ¿Qué necesidad había de contratar a un extraño en temas de familia? Se sintieron perseguidos, se ofendieron y, al principio, se negaron a atenderlo. Pero él mostró el poder firmado y no les quedó alternativa. Las primeras cobranzas se iban logrando poco a poco. Comenzamos a tener la sensación de que por fin, desde la ausencia de papá, había un hombre generoso que estaba dispuesto a ayudarnos, contenernos y a pelear por lo que nos correspondía. ¿Acaso habíamos encontrado a la persona indicada?

## CAPÍTULO 9

# Sueños e ideales

David había terminado la primaria y esas vacaciones de verano lo esperaba un paso fundamental antes de ingresar al secundario: la *Hajshará*. Esta actividad era un entrenamiento que se dictaba a los jóvenes para prepararlos para la vida en un *kibutz*. Se realizaba durante dos semanas en una quinta y las condiciones eran sumamente precarias: carpas atiborradas de chicos, letrinas y un ámbito sin electricidad. Pero la posibilidad y el orgullo de ir a poblar *Eretz Israel* hacían que la experiencia fuera emocionante.

En el bolso que habían usado anteriormente sus hermanos, Judith lo ayudó a empacar. Llevaba prendas heredadas y remendadas por quinta vez. Esta necesidad se extendió hasta el día de su casamiento.

–Esto es por si refresca –acomodó Judith dos pulóveres. Uno sumamente grande y el que le quedaba bien tenía un remiendo importante en una manga.

–¿Y si tengo frío en las piernas? –preguntó. David aprovechaba cada ocasión para intentar estrenar los pantalones largos.

–Vas a tener que subirte las medias.

A ella no le hubiera molestado que usara pantalones largos cuando hacía frío pero nunca había contradicho a su esposo delante de sus hijos.

En el campamento se replicaba la vida austera que se practicaba en Israel. Un poco para que pudieran vivenciar la experiencia en la forma más real posible y también porque el presupuesto apenas alcanzaba para satisfacer las necesidades mínimas.

David estaba acostumbrado a vivir en un hogar humilde. Desde chico compartía su cama con uno, dos y hasta tres hermanos. No era un inconveniente dormir apretado pero allí tuvo que aprender a vivir en una carpa, cocinarse y lavar su ropa, soportar los mosquitos, el calor agobiante y tener que hacer las necesidades en la letrina que él mismo había ayudado a cavar.

Los primeros días se despertaba dolorido y con ronchas en las piernas. Dormía poco y mal. No entendía cómo sus hermanos mayores pudieron decirle que ésta había sido la mejor experiencia de sus vidas.

El *moré* Moshé reunió a los muchachos después de *Maariv* y les avisó que iban a jugar a “El Ataque”. Se formaron dos grupos y cada uno tenía que defender sus provisiones y, al mismo tiempo, atacar para poder abastecerse.

Por fin un poco de acción. Estaba ansioso por participar de la competencia. Reinaba una oscuridad casi completa. Sólo tenían la luz de las estrellas para guiarse. El grupo de David tomó un poco de barro y se lo colocó en las mejillas para camuflarse y pasar desapercibidos y se dividieron en dos. Algunos chicos se quedaron cuidando las pertenencias mientras que otros salieron a buscar provisiones. Cuando llegaron a una buena posición él tomó la palabra:

–Iankl, vos andá corriendo hasta ese arbusto. Una vez que estés ahí hace un movimiento para que los chicos que están defendiendo te vean.

–Pero nos van a ganar –se quejó.

–La idea es que cuando te vean a vos salgan corriendo a perseguirte. En ese momento Dani y yo nos acercamos al campamento vacío y tomamos las provisiones.

El plan fue aprobado y cada uno lo ejecutó a la perfección. Cuando los chicos del campamento rival vieron a Iankl corrieron detrás de él. David y Dani se abrieron paso en la oscuridad, llegaron hasta el lugar vacío y tomaron todo lo que encontraron. Volvieron triunfantes a su sector y fueron recibidos como héroes por sus compañeros. El *moré* Moshé dio por finalizado el juego y felicitó al equipo ganador por la estrategia que habían usado.

–Entendieron muy bien el juego –dij o el *moré*–. Esta competencia es parte de la vida. Tenemos que saber pensar antes de actuar y trabajar en

equipo. Ustedes demostraron hoy tener ambas cualidades. Vamos a celebrar que la estamos pasando re bien. Seguramente deben tener hambre. Mientras ustedes jugaban los *morim* les preparamos un rico asado.

–¡Bien! –gritaron los chicos al unísono.

Fueron a ver si el asado estaba listo. El apetitoso aroma se sentía a la distancia. Grande fue su sorpresa cuando llegaron y vieron la parrilla tirada y gran parte de la carne en el suelo.

–¿Qué pasó acá? –preguntó el *moré* Moshé sorprendido.

–¡Ahí! ¡Ahí! ¡La tienen los chanchos! –advirtió uno de los chicos señalando hacia un sector alejado.

Creyeron que estaba bromeando, pero era cierto. Los chanchos habían aprovechado la distracción y se habían apoderado de la comida.

–Decí que está prohibido comer *taref* sino se merecen que los pongamos a ellos a la parrilla.

Esa noche se tuvieron que conformar con un poco de pan y algunas frutas. Hicieron una gran fogata y se quedaron cantando y contando anécdotas a la luz del fuego. La situación les terminó pareciendo divertida y una experiencia inolvidable. Se habían quedado sin asado y sin embargo habían pasado su mejor día. Comenzó a comprender a qué se referían sus hermanos cuando le dijeron que este campamento le iba a cambiar la vida.

Los días siguientes aprendieron a cultivar la tierra y consumieron lo que había plantado un grupo anterior. También lo que ellos estaban sembrando un día sería aprovechado por otro grupo como ellos lo estaban haciendo en ese momento.

Mientras comían, el *moré* Moshé contó la historia de un *Rav* que estaba plantando semillas de un árbol que tardaba 70 años en crecer. Un hombre se acercó a preguntarle para qué se tomaba ese trabajo si no iba a poder ver los frutos. El *Rav* contestó que si él podía disfrutar de la sombra de un árbol era porque años atrás alguien se había tomado el trabajo de plantar una semilla. Él también estaba plantando para las generaciones que vendrían.

Al regresar, algo había cambiado dentro de él: tenía claros sus objetivos para la vida, *Torá Ve Avodá*. Sentía que ese era su camino. Una

vida de cumplimiento de *Torá*, con la mirada puesta en Israel y el trabajo, honrando la tierra donde se vive y buscando compatibilizar la vida religiosa con el estudio secular y el desarrollo profesional.

Los años transcurrían haciendo realidad sus objetivos lentamente. Cierta día, David terminaba de armar una billetera que se acumulaba junto a los libros de Ciencias Económicas. Mantenían el sistema que habían implementado y les había dado tan buenos resultados. Utilizaban el día para ir a la facultad, estudiar *Torá*, trabajar y preparar los exámenes. Ya tenía aprobadas varias materias.

Ellos llamaban la atención con sus sombreros y su aspecto de judíos ortodoxos. En esa época no era común ver *iheudim* en la universidad. Había clases los sábados y exámenes en días festivos. No había legislación que los protegiera. Los hermanos mayores ya habían pasado por esa situación y le allanaron parte del camino. Tramitaron una autorización especial en el Rabinato para poder rendir los exámenes otros días. Beche se acomodó en la silla y continuó.

–¿Qué es el patrimonio neto?

David no contestó. Estaba absorto mirando la billetera que estaba armando como si en ella estuviera escondido un secreto milenario.

–Duved –lo llamó Beche.

–¿Qué me preguntabas? Disculpá, estaba distraído.

–¿Qué es el patrimonio neto? –te pregunté.

–Hoy la vi –respondió en voz baja como si transmitiera un secreto.

–¿A quién? –preguntó con curiosidad.

–A Lea. ¡Sabés de quién te estoy hablando!

–¿Y le dijiste algo?

–Todavía no. Ella también me miraba.

–¿Hasta cuándo van a mantener el hielo?

–Estoy esperando que llegue mi cumpleaños y me ponga los largos. Me da cosa hablarle así –dijo mostrando los cortos.

El día de su cumpleaños finalmente llegó. Sus hermanos lo sorprendieron con un pantalón largo para estrenar y cumpliéndole un sueño que tenían pendiente: ir juntos a la cancha a ver el clásico Boca–River. Habían vivido en el barrio de La Boca durante la infancia, conocían la

formación de memoria, escuchaban los partidos por la radio, pero nunca habían podido ir a la cancha. Era un lujo que no se habían podido permitir. Estuvieron ahorrando durante meses para agasajar a su hermano con una tarde inolvidable. Esperaban una victoria de su equipo y luego salir a festejar. Tomaron el tranvía lleno de jóvenes fanáticos de Boca que iban cantando y saltando. Permanecían como espectadores sorprendidos por el fervor.

–¿Están todos locos? –acotó Berele.

Lo miraron y sonrieron.

–Esperá que lleguemos a la cancha.

La Bombonera estaba repleta. Miraban con asombro, anonadados por el entusiasmo que se daba en las tribunas. El partido fue una experiencia inolvidable. Boca ganó 2 a 1 con un gol a cinco minutos del final y se colocó como líder del campeonato. Exaltados, emprendieron el camino de regreso a casa. Durante el viaje continuaban festejando. Esta vez se sumaron a los cantos. Desde la ventana, mientras cruzaba la Avenida Pueyrredón, David vio, sorprendido, a Lea caminando con unas amigas.

–Nos vemos en casa –les dijo.

–¿A dónde vas? –preguntaron a coro sorprendidos.

–Después les cuento –contestó casi gritando.

Descendió rápidamente del tranvía y se acercó al grupo de chicas. Siempre manteniendo cierta distancia decidió seguirlas mientras pensaba cómo llamar la atención de Lea. Con los largos y la casualidad de verla pasar consideró que era el momento esperado. Comenzó a arreglarse un poco. Notó que su sombrero estaba torcido y tenía la camisa afuera. Sintió que lo miraban. Ella sonrió mientras veía como él se esforzaba por quedar presentable. Cuando llegaron a la esquina de Tucumán, ella se despidió rápidamente de sus amigas y se quedó mirando una vidriera.

–Lea –la llamó.

Ella vio su rostro reflejado en la vidriera.

–¿Cómo sabés mi nombre? –contestó sorprendida y giró para verlo de frente.

–Hace rato que nos cruzamos miradas. Averigüé cómo te llamás.

Se quedaron parados en la calle y la conversación comenzó a fluir. Querían saber el uno del otro. Siguieron conversando hasta que empezó a

oscurecer. Se despidieron con la promesa de volver a verse. Una chispa se había prendido en sus corazones.

Se sentía el hombre más feliz del mundo. Su equipo había salido ganador y además conversó con la que sería la mujer de su vida. La vida le sonreía. Llegó a su casa y la puerta se abrió antes de que pudiera tocarla. Su madre esperaba despierta su llegada

–Tate está durmiendo. Entrá antes de que se despierte.

–Gracias, madre. Estuve con Lea y nos quedamos charlando hasta tarde.

–¿Lea? ¿La hija del peluquero? Es una buena chica –afirmó Judith.

–¿Cómo la conocés? –quiso saber David.

–Yacov, el almacenero, ya nos dio buenas referencias.

Las mujeres concurrían día a día al comercio de Yacov para abastecerse y de paso, intercambiar novedades. Las nuevas parejas que se habían formado, quién buscaba *shiduj*, referencias de candidatos y demás información. Cuando alguien le advertía al almacenero que podía estar incurriendo en *lashón hará* se defendía con su frase favorita: es todo *leshem shamaim*.

Los encuentros entre la flamante pareja se hicieron cada vez más frecuentes convirtiéndose así en un noviazgo formal. Las visitas de él al conventillo donde ella vivía eran casi diarias. Se quedaban charlando en el patio hasta que empezaba a oscurecer. A veces, salían a caminar juntos por las calles. En el barrio ya se sabía que estaban de novios. Cuando caía la noche se despedían en forma respetuosa y él volvía a su casa a preparar un examen o terminar una entrega.

El mundo comenzó a sacudirse con noticias aterradoras. La Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo. Las persecuciones y matanzas significaban la pérdida física y espiritual de miles de judíos y lo que comenzó como un rumor pasó a ser una noticia confirmada: los nazis habían construido campos de concentración para llevar a cabo lo que llamaban ellos la solución final: eliminar sistemáticamente al pueblo judío a través de cámaras de gas.

El tono de las últimas misivas familiares que Shimón había recibido eran desesperantes. Le escribían que no sabían si iban a poder contactarse

nuevamente, que el pueblo estaba siendo arrasado y esta vez por las tropas nazis, que les gustaría huir pero no tenían los medios para hacerlo. Se sentían aliviados sabiendo que él estaba sano y salvo y creían que haberlo enviado a otro país había sido la mejor decisión que pudieron tomar.

En varias oportunidades fue al puerto de La Boca en busca de los nuevos contingentes de inmigrantes que llegaban de Europa. Se acercaba esperando encontrar un rostro conocido y preguntaba a los pasajeros que descendían de los barcos rusos si tenían noticias de sus padres, de su pueblo.

La búsqueda de Shimón resultó infructuosa y debió asumir, como tantos otros, que sus familiares ya no estaban en este mundo y que debían mirar para adelante y aceptar esta cruel realidad. Intentaba que el temor no los paralizara.

Toda la comunidad mostraba su preocupación por lo que estaba sucediendo en Europa. Los gentiles no podían entender por qué los judíos se preocupaban por lo que sucedía en la lejanía si ellos estaban fuera de peligro, en un país lleno de oportunidades. ¿Pero acaso el pueblo de Israel no es comparado con un *Adam*? ¿Si un hombre se golpea un dedo con un martillo es posible que la boca se quede callada?

Los sobrevivientes judíos de la guerra comenzaron a llegar con sus historias de dolor que hacían vibrar los corazones. Se los distinguía de los judíos argentinos porque desconocían el idioma y se los veía caminar con la mirada perdida. Tenían números grabados en sus brazos. La gente les preguntaba por la guerra y por las condiciones de vida en Europa y los campos de concentración. Muchos guardaban silencio. Lo que habían visto era tan terrible que no querían volver a pasar por la situación de contarlo. Para otros, en cambio, recordar y narrar lo sucedido fue su razón de ser.

La ciudad ofrecía un abanico de personalidades judías: el inmigrante que no dominaba el idioma, la generación de judíos nacidos en la Argentina, el judío religioso, aquellos que no habían tenido acceso a una educación con *Torá*, los que estaban instalados en las colonias del interior y la nueva ola de inmigrantes, esos recién llegados que venían huyendo de la guerra.

La continuidad de una cadena de transmisión que se remontaba al

Monte Sinaí debía fortalecerse en esta tierra nueva. Incluso a aquellos que elegían permanecer apegados a la *Torá* y a los valores del judaísmo la tarea les resultaba ardua. Los *rabanim* y los líderes comunitarios que llegaban al país eran concientes de la situación y decidieron hacer todo lo posible por combatirla. El *Rav* Ginsburg, por ejemplo, junto a un grupo de jóvenes creó *Torá Haklalit*, en la calle Paso 257. Allí comenzaron a impartir clases de *Torá*. Creían, y el tiempo les daría la razón, que la base del judaísmo es el estudio de nuestras fuentes. El peligro más grande para un judío, afirmaban convencidos, es la ignorancia.

La AMIA no era ajena al proceso que se estaba desarrollando en la Argentina. Su función inicial de *Jevrá Kadishá ashkenazí* que ofrecía un lugar para enterrar a los seres queridos dio paso a una mutual involucrada en los problemas actuales de la gente. Se puso en contacto con la Cruz Roja Internacional para recibir noticias del viejo continente y dar información sobre el paradero de los familiares. A los nuevos inmigrantes se los ayudaba a readaptarse. Pasó a ser la *Kehilá*.

Había mucho trabajo por delante. A los jóvenes les era imposible ser indiferentes y se involucraron en la dirigencia comunitaria. Vivían el judaísmo como un compromiso que no terminaba en el hogar y el cumplimiento de *mitzvot*. Sostenían que siempre nos caracterizó la unión entre los integrantes de nuestro pueblo y debíamos reforzar ese sentimiento de pertenencia. La tarea de educar a las nuevas generaciones era una de las principales preocupaciones. Tenían claro cuál era el legado que dejarían a sus hijos. Se basaban en la enseñanza de *Pirkéi Avot* (capítulo 2, 21): “No estás obligado a terminar el trabajo no obstante lo cual no estás libre de eximirte de él.”

¿Acaso iban a bajar los brazos por haber atravesado una pesadilla? De ninguna manera. Eso era lo que quería el enemigo. Harían lo imposible por continuar: *bar-mitzvá*, *brit milá*, casamientos, *sheva brajot*, el estudio de *Torá* debía seguir. La vida judía no podía suspenderse. Las ceremonias se hacían sin algarabía y muchos decidieron no poner música, pero por más que estuvieran pasando situaciones difíciles (y las ocasiones no faltaban) el *shabat* no dejaba de ser un día festivo e intentaban que la alegría de ese día les durara hasta el próximo. ¿Qué otro pueblo podía asegurar el privilegio de disfrutar de un día de paz en familia al menos una vez por

semana?

*Shabat* a la mañana Shimón fue al *shil* con sus hijos y Judith se quedó en la casa poniendo la mesa y asegurándose que todo estuviera listo para el mediodía, cuando almorzaban todos juntos, una vez a la semana. Tenían recursos muy escasos y reservaban los mejores alimentos: algo de carne, un poco de pescado, jalá casera.

Durante el almuerzo, Shimón contó algo vinculado a la *parashá* y le preguntó a cada uno de sus hijos qué habían aprendido esa semana. Cada respuesta daba lugar a nuevas preguntas y así pasaron un largo rato discutiendo temas de *Torá*. Una vez finalizado el almuerzo llegó la hora de la tan esperada siesta, que se respetaba tanto como el horario de estudio. En ese momento, Judith aprovechó para salir a caminar un rato y realizar su visita habitual a la casa de su hermano, el Rav Glaserman. Era el único recreo que se permitía. Por la tarde Shimón y sus hijos regresaron al Templo. Un rato antes de *minjá* tenían que estar allí sí o sí. En ese horario repasaban *Guemará*.

Desde que David estaba de novio, Shimón le había permitido ir a visitar a Lea después de almorzar, con la condición de que estuviera en el *shil* a horario. Si llegaba tarde una vez, se terminaba el acuerdo. Resignaba la siesta para encontrarse con su novia. Desde hacía algunas semanas los padres de ella habían accedido a que ingresara a la casa en lugar de esperar en el zaguán. Eso indicaba que el noviazgo ya estaba formalizado, lo habían aceptado en la familia.

Salieron a caminar por el Once que albergaba a muchos judíos observantes y a gente de otras colectividades. En *shabat*, enamorados, paseaban abstraídos del ruido de los caballos, la marcha del tranvía, los gritos del canillita, los negocios abiertos y las confiterías llenas por el fin de semana.

Llevaban meses de noviazgo. En esa época, las relaciones se extendían por poco tiempo. Muchas parejas hablaban de casamiento ni bien empezaban a salir juntos. Él sabía que tenía una proposición pendiente.

–A partir de ahora no sólo me voy a ocupar de las billeteras. Avrum me pasó mi primer cliente como contador –confirmó.

–¿Cómo vas a hacer? ¿Te va a alcanzar el tiempo?

–Me voy a arreglar, vas a ver. Necesito ahorrar un poco de dinero sino,

¿cómo vamos a hacer para casarnos?

–¿Qué? –exclamó Lea emocionada y haciéndose la sorprendida.

–¿Acaso no querés casarte conmigo? Te estoy proponiendo matrimonio.

Ella enmudeció. Emocionada afirmaba con la cabeza. Siguieron caminando por Pueyrredón y el reloj de pared de la Confeitería Odeón les marcó la hora.

–Me tengo que ir ya sino voy a llegar tarde a *Minjá*.

–No te olvides, vas a tener que pedirle la mano a papá.

–Eso me tiene un poco nervioso.

–Va a estar contento, quedate tranquilo. Te aprecia mucho. Apurate que te esperan

Entró al Templo agitado, el *jazán* estaba en *ashrei*. Se ubicó en el fondo, al lado de Berele. Shimón, sentado en las primeras filas, giró la cabeza y miró hacia donde ellos estaban. Cuando lo vio saludó con la mirada.

–Papá preguntó por vos –le susurró Berele–. ¿Qué pasó que tardaste tanto?

–Le propuse matrimonio.

–*Mazal tov!* –exclamó Berele que no pudo reprimir decirlo en voz alta–

. ¿Le contaste a papá? –interrogó–. ¿Lo saben nuestros hermanos?

–Todavía no lo sabe nadie. Sos el primero en enterarte.

–Se lo tenés que decir.

–Lo haré lo antes posible.

La gente que estaba haciendo *tefilá* se dio vuelta para callarlos. Ellos contuvieron la risa y rezaron la *amidá* con concentración y en absoluto silencio. Luego de *Havdalá* volvieron caminando a casa.

Llegaron al departamento y se sorprendieron al ver a su tía, la hermana del Rav Glaserman, en la puerta de entrada. Mindel caminaba nerviosa dando pasos muy cortitos. Cuando los vio llegar quiso serenarse y recomponer su postura.

–Mindel. ¡Qué sorpresa! ¿Qué hacés a esta hora por acá? –preguntó Shimón.

–Judith se descompuso. Quédense tranquilos. La llevamos al hospital. Ya la vieron los médicos. Ahora sólo resta esperar.

Dejó a sus hijos a cargo de la casa y fue a ver a su esposa. La encontró

pálida y débil. Alcanzó a hablar con los médicos, las noticias no eran para nada alentadoras. Al poco tiempo se armaron cadenas de *Tehilim* para su pronta recuperación. Sus hijos hubieran querido darle lo mejor. Eran tiempos difíciles. Ella, que había atendido a todos veía como la situación los obligaba a salir a trabajar y, a pesar de sus esfuerzos, no podían brindarse como hubieran querido.

Judith Glaserman de Klimovsky falleció en su hogar el primer día de Rosh Hashaná, el 30 de septiembre de 1943 a la edad de 53 años.

El segundo día de *Rosh Hashaná* los hijos fueron caminando desde el barrio de Once hasta el cementerio de Liniers. Decidieron grabar en un libro de bronce el *Eshet Jail* como último homenaje sobre su tumba.

Judith, mi abuela, fue parte de una generación que vivió muchas privaciones.

Ni soñaba con ir al cine o al teatro a ver un espectáculo. Querías tener un jardín de rosas. No pudiste, pero sí un jardín de infantes. Amabas a cada uno de tus hijos como si fueran únicos. Te brindabas a tu familia. En las largas noches de invierno remendabas ropa o tejías con tus manos. Con tus manos acariciabas a tus hijos, planchabas con la plancha al carbón. También ellas supieron aplicar ventosas, compresas y otros remedios caseros. Con tus manos en la frente sabías si la fiebre había llegado, con tus manos preparabas esas riquísimas masitas que deleitaban a todos. Con los años, tus manos dejaban traslucir el paso del tiempo y ya ásperas de tanto trabajar pasaron a ser más frágiles. Yo no conocí tus manos pero me las imagino. A ellas les dedico este párrafo, tu hijo me habló tanto de ellas y yo trato de plasmar en estas líneas ese recuerdo. Con amor de nieta, aunque nunca te conocí, pero sin embargo te amé.

## CAPÍTULO 10

### **Parecía que los milagros existen**

Una tarde, no lo esperábamos, sonó insistentemente el teléfono. Mamá corrió a atender.

-Chicas, ¿no oyen el teléfono?

-Hola Lea, habla Berele.

-¿Cómo estás?

-Mirá, preocupado. Tuvimos un encuentro bastante desafortunado con un tal Fernando Marconi. Él dice que te conoce. ¿Sabés de quién te estoy hablando?

-Claro, es la persona que contratamos con las chicas para cobrar lo que nos corresponde.

-Pero, ¿cómo se les ocurrió hacer una cosa así?

-Nuestra intención es solucionar los problemas. Mi deseo no es pelearme con la familia y menos con los hermanos de David. Pero estábamos desesperadas. Beche tiene problemas para pagar a término y Avrum con el tema de mina ya ni lo podemos ubicar por teléfono. ¿Qué podíamos hacer nosotras mientras tanto?

-Pero para eso no hacía falta que contrataras a un cobrador profesional, un extraño.

-Llegó fin de mes y estábamos sin un centavo. Agotamos todas las instancias, ya no sabíamos a quien recurrir. Puede ser que tengas razón pero ponete en nuestro lugar. ¿Cómo hacemos para cobrar las deudas?

-Bueno, dejáme que hable con mis hermanos. Te imaginarás que esto les cayó como un balde de agua fría.

-Te repito que no era nuestra intención. Tocamos fondo. Esa es la verdad.

-Despreocupáte. Hablo con ellos y me pongo en contacto con vos. Voy

a hacer todo lo posible para sacar adelante el trastorno de la mina. Estamos a la expectativa de que empiece a generar dinero. Yo también decidí invertir fuerte y poder sacarla a flote. Si no te molesta quiero hacer una pregunta más: ¿ustedes de dónde conocen a este señor? ¿Tienen alguna referencia?

-¿Referencias? Es un vecino del departamento de Tucumán.

-Tengan cuidado, Lea. Hay gente muy inescrupulosa dando vueltas.

-Quedáte tranquilo. En poco tiempo hizo mucho por nosotras. Sólo cobra la mitad del recuperero. Es un hombre muy eficiente en su trabajo.

-D-s quiera. D-s quiera.

Habitualmente, Fernando Marconi realizaba un informe con sus cobranzas. Eran sus logros. Llegaba con su maletín, sus gestos ampulosos y su tono de voz fuerte y varonil. No tenía un horario fijo de visita pero hacía lo posible por venir todos los días a dar el reporte. En nuestra casa, llena de mujeres, su presencia era aún más notoria. Siempre se llevaba su parte y se preocupaba por hacer bien las cuentas. Preparaba una liquidación clara y prolija en donde indicaba cuánto había cobrado y además nos contaba con lujo de detalles la reacción de los deudores cuando lo recibían. Nosotras lo escuchábamos con atención e incredulidad. Estas reuniones en las cuales liquidaba los recupereros pronto pasaron a ser sólo una parte del motivo de sus visitas. Comenzó a encariñarse con nuestra familia y a involucrarse en nuestros estudios, problemas de salud y demás. No dejaba de preguntar por los resultados de los exámenes. Cualquier duda que podíamos tener por haberlo contratado desapareció cuando vimos que había logrado recuperar pagarés incobrables de hacía varios años. Había cambiado sus promesas por resultados y eso fue muy valioso. A partir de ahí, la confianza se hizo cada vez mayor. Su opinión era escuchada. Insistía en que mamá tenía que salir a pasear, juntarse con amigos para despejarse. No le gustaba que ella estuviera todo el día en casa. ¿De qué te sirve estar encerrada?, le insistía.

Cuando vio que no le hacía caso decidió ocuparse del tema personalmente.

-Lea -afirmó una tarde ni bien llegó-. ¿Te puedo contar las novedades

de hoy en otro lado?

–¿Querés pasar a la cocina? –sugirió inocente.

–No, no me refiero a eso. Me gustaría invitarte a tomar un café. Así salís un poco.

Dudó. Él era un hombre casado. Y no era judío. ¿Qué ganaba yendo a tomar un café? ¿Que alguien pudiera verlos y comentara? Puede ser. Pero también la sedujo la posibilidad de salir un rato, despejarse. Después de estar meses y meses barranca abajo la situación parecía estar mejor. Quizas merecía un momento de distracción. Se justificó pensando que tenía derecho a salir con una persona contratada. Era una reunión por asuntos de trabajo sólo que se juntarían en una confitería a tomar algo. Se sorprendió a ella misma cuando escuchó de sus labios decir:

–Bueno, Fernando. ¿A qué confitería vamos?

–Acá nomás, en Pueyrredón. Voy siempre, hacen un café muy rico.

Ni bien llegaron se pusieron a conversar. Ella habló de los viajes a Mar del Plata, de los proyectos para poder casar a sus hijas. Él la escuchaba con mucha atención. Como era habitual en él, hablaba poco. Se mostraba como todo un caballero.

–¿Hace cuánto que no salías a tomar algo? –preguntó al oído.

–Mucho tiempo. Perdí la cuenta.

–Tenés que salir. Llamá a una amiga, te va a hacer bien. Si te quedás en tu casa pensando en las cuentas que tenés que pagar te pones mal. No ganás nada. Aparte, ya viste que la situación mejora.

–Creo que tenés razón, Fernando. Pero no es fácil dejar a mis hijas solas.

–Mirá, tenés que darte cuenta de que las chicas ya son grandes. Algunas hasta tienen novio y además tu situación económica está más tranquila. Me gustaría acompañarte personalmente a que te compres zapatos y regalártelos.

Llegó el momento de volver a casa. Él pagó el café. Tomó el abrigo de mamá para ayudar a ponérselo.

–Este tapado es precioso. ¿Cómo lo vas a cuidar? Se viene el verano.

–Lo dejo en el placard con naftalina. Siempre hago así.

–Es una lástima, se te va a echar a perder. Lo ideal es ponerlo en una cámara frigorífica. Tengo un amigo que tiene una. Si vos querés se lo

puedo llevar para que lo tenga hasta que vuelva el frío.

–¿Vas a tener que pedir un favor? Es mucha molestia.

–Es un amigo, lo va a hacer sin cargo. Me debe un par de gauchadas. Va a estar contento de hacerme un favor.

Volvieron caminando. Se despidieron muy cordialmente como todos los días. En la puerta de casa él recalcó que quedaba pendiente la salida a comprar zapatos. Verlo partir vestido con traje y corbata caminando por la calle con un tapado largo de visón del brazo era sumamente cómico, risible. A partir de ese encuentro pasó a ser parte de la familia.

Al mes de comenzar a trabajar se contactó con una fábrica de lencería de la cual papá fue socio y le quedaron debiendo de palabra. Recuperó mercadería y bienes. Nosotras elogiábamos su profesionalidad. A ese ritmo calculábamos que en pocos meses, gracias a su labor, recompondríamos nuestra posición, que venía bastante tambaleante.

Más allá de su trabajo como cobrador siempre estaba dispuesto a darnos una mano. Acompañaba a mamá constantemente. Era evidente que la estaba cortejando. Nosotras le recordábamos que era un *goy*, que estaba casado. Ella nos respondía que sólo era un cobrador que se hizo cargo de nuestros problemas y trataba de ayudarnos.

En una de sus visitas mamá le comentó que estaba preocupada porque Guillermo, su futuro yerno, estaba sin trabajo. Él admiraba al que sería su suegro y su fallecimiento había sido un golpe muy duro. No tenía fuerzas para seguir y comenzó a ser inconstante en sus tareas en el Rabinato. Cuando quiso recuperarlo ya habían tomado a otra persona. Los planes de casamiento habían sido pospuestos. Como estaban dadas las cosas era imposible planear una boda. Era fundamental que consiguiera trabajo. Fernando sugirió conocerlo para ver cómo lo podía ayudar. Quedamos en que ambos se reunirían en casa. Esperábamos con impaciencia el momento del encuentro.

– ¿Cómo estás pibe? –dijo Fernando ni bien entró.

– Bien, gracias. Mucho gusto –se dieron un fuerte apretón de manos.

– Seguramente vos sos Guillermo, me hablaron muy bien de vos.

Vamos al grano. Sé que estás buscando trabajo. Estuve pensando en cómo solucionar lo tuyo. ¿Te gustaría entrar en una remisería? –consultó sin rodeos.

– ¿Para hacer qué? –preguntó sorprendido por la forma tan directa de afrontar el tema.

– Sería fundamentalmente administrativo. Bah, un poco de todo. ¿Te animás?

– Sí, claro –contestó con seguridad.

– Bueno, entonces ya está. Presentate el lunes en la remisería de “Oscar”. Deciles que venís de parte mía. Yo ya hablé con ellos. Te van a estar esperando –aseveró mientras le entregaba una tarjeta con todos los datos.

– ¿Así de fácil? Qué bueno –exclamamos entusiasmados.

– Es así de fácil para mí que tengo los contactos –dijo con su mejor sonrisa.

– Muchas gracias, muchas gracias. El lunes estoy ahí sin falta.

– No hay de qué, se nota que sos un buen muchacho. Haceme quedar bien, te estoy recomendando. Te doy mi voto de confianza y eso no es poco.

No lo podíamos creer. Este hombre nos solucionaba todos los problemas. Era una persona de acción, estaba muy apurado, se despidió de todos nosotros y se retiró. Ni bien nos quedamos a solas comentamos con sorpresa lo que acababa de ocurrir.

–¡Qué lástima que no lo conocimos antes!

–Nos hubiéramos ahorrado meses de sufrimiento –aseveró mamá.

Mantuvimos una charla tranquila y relajada. Hablamos con entusiasmo de situaciones cotidianas. Todos estábamos más aliviados. Poco a poco volveríamos a ser una familia con proyectos.

## CAPÍTULO 11

### **Abandonarás la casa de tus padres**

– ¡Ay! ¡Me pinché con la aguja! –susurró Lea mientras cosía.

Los nervios la tenían a maltraer. Preparaba su propio vestido de novia, contaba las horas para tenerlo listo. Delgada como se encontraba, le quedaba hermoso. Se aproximaba el día de la boda y en el taller de costura sus compañeras de tareas no paraban de hacerle preguntas.

– Contanos sobre él. ¿Es verdad que usa sombrero? ¿Se está por recibir de contador? ¿Hicieron un noviazgo religioso?

Se sentía apabullada por tantas preguntas y estaba muy orgullosa de poder contestarlas. Casarse con un joven de ojos verdes y futuro contador no era poca cosa.

– Chicas, están todas excitadas. Si me preguntan de a una por vez quizás pueda responder. Entiendo el entusiasmo. Me caso en un par de días con un joven religioso. Sí, quedamos que yo lo voy a respetar en todo. Nuestra casa será *kosher* 100 por cien y nuestros hijos recibirán una educación como a Duved le gusta.

– Pero, ¿vos vas a dejar toda tu forma de ser por él?

– Él me explicó la importancia del cumplimiento de la *Torá* y sus preceptos. Después del Holocausto muchas vidas se perdieron y con este ideal de educación casi podríamos garantizar que nuestros hijos no se asimilen. Lo pensé y acepté. Además, estoy perdidamente enamorada.

Terminada la conversación se midió nuevamente el vestido, mirándose en un espejo que dejaba ver de cuerpo entero lo acarició con cariño sintió la suavidad de la tela casi como un terciopelo blanco y puro

como su alma en sus años juveniles, era la prenda que usaría la noche mas importante de su vida, su noche de bodas su piel era rosada, la nariz perfecta, los ojos chocolate y el pelo largo, negro, intenso la hacían lucir sumamente bella. Le pidió a una de sus compañeras que controlara la espalda y pusiera alfileres para ubicar correctamente los hombros.

Hacía un par de años que trabajaba en ese taller y lo hacía muy bien. Estaba agradecida con Don Jaime, el dueño, que la había autorizado para que en sus ratos libres cosiera su propio vestido. En casa no contaba con una máquina de coser y además tenía la ayuda de sus compañeras. Su mente volaba con los preparativos de la boda. Algunas lágrimas se escapaban pensando en los que ya no estaban para compartir ese gran momento. Aarón, su padre, era uno de ellos. Una dura enfermedad lamentablemente se lo había llevado. Era un hombre trabajador, inquilino de un local donde funcionaba una modesta peluquería de hombres, que apenas llegaba a fin de mes. Vivían en una habitación del conventillo con su esposa y tres hijos. Compartían baño y cocina con los demás. Ahora Lea iba a casarse con un muchacho de una familia humilde, pero de futuro muy prometedor.

–Lea, es hora de retirarnos.

–Yo me quedo un ratito más para adelantar el trabajo. Hasta mañana, Matilde

Desde el momento en que aceptó la propuesta de matrimonio, los hechos se sucedieron con una velocidad vertiginosa. La fecha de la boda se acercaba y Duved y Lea corrían por los preparativos, ansiosos, nerviosos, contentos. El *shabat* anterior al casamiento el novio fue llamado a la lectura de la Torá.

–*David melej Israel... Simentov...* – cantaron los presentes como se acostumbra.

Como un milagro, el tan anhelado día llegó. La noche anterior a él le fue imposible conciliar el sueño, daba vueltas en la cama. Sin que hubiera clareado aún ya estaba vestido para realizar el baño ritual. Se dirigió a la *mikve*. Muchos novios acostumbran a sumergirse en estas aguas purificadoras. En el camino, amigos y conocidos le deseaban muchas felicidades.

–*Mazl tov!* –lo saludó el *Rav*–. Es muy bueno que el novio vaya a la

*mikve* antes de casarse. Una excelente costumbre.

–Muchas gracias, *Rav* –contestó con respeto.

La familia a pleno también madrugó, los preparativos involucra-ban a todos. En la casa, las hermanas habían terminado de planchar el traje del *jatán* y estaban abocadas a alistarse. Las mujeres estaban un poco retrasadas. Mientras aguardaba, Shimón permanecía sentado estudiando. Sabía que iban a llegar a horario. Cuando estuvieron listos se aproximaron hacia donde él estudiaba. Concentrado, parecía no notar su presencia.

–*Tate*, ya estamos listos –afirmo David.

Alzó la vista, los miró y sonrió. Cerró el libro, lo apoyó sobre la mesa y se incorporó.

–Así que finalmente te casás – su voz sonó como si viniera de una tierra prometida y lejana–. Tu madre estaría muy contenta –parecía que estaba por emocionarse pero enseguida recuperó la compostura–. Te felicito por la elección, Lea es una muy buena muchacha. Debo decirte que a pesar de tu corta edad estás tomando una responsabilidad muy trascendente, quizás la más trascendente en tu vida: formar una familia que es, además, un compromiso con todo tu pueblo. La educación de tus futuros hijos forma parte de la transmisión de nuestra herencia de más de tres mil años.

–*Tate*, me siento seguro de esa responsabilidad – confirmó con certeza.

–Vamos, no quiero que lleguemos tarde –advirtió.

La boda se realizó un jueves por la noche. Libe, junto con su marido Berl Pitlik, ofrecieron su casa, con mucho amor, para realizar la fiesta. La terraza estaba acondicionada con el clásico palio nupcial. Es costumbre judía que el *jatán* y la *kalá* permanezcan sin comer ni tomar hasta que se celebre la ceremonia. El día del casamiento (al igual que en *Iom Kippur*) son como ángeles a los que se les perdonan todas las *averot*. Los invitados iban llegando y esperaban ansiosos que subieran los novios. David daba pasos demasiado largos y Frime, su hermana, tenía que tironearlo del saco para que caminara más lento. Se colocaron bajo la jupá.

–Avisáme cuando estés –le pidió Abel, el fotógrafo.

–Lista–confirmó Lea mientras terminaban de maquillarla.

–Quedate quieta, sonreí. No pestañees –advirtió –. Se escuchó el ruido de la cámara al disparar el magnesio. Ella quedó un tanto aturdida.

–¡Qué linda estás! –dijo Enrique, su hermano, cuando bajó a buscarla–. El vestido te queda fantástico. Lo vi a Duved, no lo pude creer. Tiene una pinta con ese sombrero nuevo. Me contó que es la primera vez que se compra un traje nuevo y a medida. Siempre heredaba alguno en desuso. Sabés como es con la ropa, nunca le da importancia. Pero hoy está increíble. ¿Ustedes terminaron? –le preguntó al fotógrafo que asintió con la cabeza–. Te acompaño a la jupá.

Al igual que Rajel y Lea, nuestras matriarcas, un velo cubría su rostro. Subió a la terraza e ingresó del brazo de su hermano. Volvió a recordar a su padre. Le hubiera gustado que él estuviera con ella en ese momento tan importante. David aguardó que llegara hasta su lado y buscó su mirada. Levantó el velo y vio una lágrima que, como una perla, se deslizaba por su mejilla. Estaba hermosa, deslumbrante.

–Estás preciosa –alcanzó a susurrarle al oído.

Era una noche casi mágica a la luz de las estrellas. El *Rav* Gins-burg ofició la boda. En presencia de los seres queridos e invocando las almas de los que ya no estaban, se celebró la ceremonia. Luego de las emotivas palabras el *Rav* se dirigió al novio.

–¿Trajiste el anillo? –le preguntó en voz baja.

Él lo sacó de su bolsillo, lo colocó en el dedo índice de su esposa y recitó:

–“*Harei at mekudeshet li betabaat zu, kedat Moshé veIsrael*”<sup>2</sup>.

Como es costumbre rompió la copa al igual que su padre y el padre de su padre y como tantas generaciones anteriores lo habían hecho.

–*Mazl tov!* –exclamaron los presentes.

<sup>2</sup> Me eres consagrada a través de éste anillo, según la ley de Moshé e Israel.

Luego, lentamente, descendieron de la terraza al comedor lleno de espejos que le daban un aire de elegancia. El cálido abrazo de los hermanos fue uno de los momentos más emotivos de la boda. Gracias a D-s había familia para compartir. Las hermanas habían unido fuerzas y se encargaron de la comida. A pesar de que estaban acostumbradas a cocinar para las festividades terminaron más agotadas que de costumbre.

Fue una celebración pero no llegó a ser una fiesta. La alegría de ver una pareja recién formada se veía empañada por las noticias aterradoras que llegaban de Europa. No podían quedar ajenos a esta historia tan reciente y por eso decidieron que no hubiera música en la boda. Imposible pensar en bailar en un momento tan difícil. La celebración de nuestra supervivencia como pueblo se realizó manteniendo las tradiciones: un anillo colocado en el índice de la mujer bajo la *jupá*.

Los novios invitaron a todos los presentes a hacer un *lejaim* por la vida y por *Am Israel Jai*. Su boda era un ejemplo de que había que seguir con la continuidad de nuestras raíces y tradiciones y asumir la responsabilidad de formar una familia.

Luego de la semana de *sheva brajot* la flamante pareja partió a la provincia de Córdoba de luna de miel. Se sentían privilegiados. La mayoría de los hijos de inmigrantes recién casados iban a vivir a piezas en pensiones donde tenían que compartir baño y cocina. Ellos habían alquilado un dos ambientes, contrafrente, en planta baja, aunque oscuro, con patio. Todo el esfuerzo de los enamorados estaba puesto en su nido de amor. Tener un lugar para compartir en la intimidad los hacía sentirse ricos. En sus ratos libres, él hacía lo imposible por estudiar y terminar la carrera.

*Para dos que bien se quieren un reducido lecho es como una amplia estancia, para una pareja mal avenida es como un incómodo lecho. (Talmud)*

La sociedad con Beche, su amigo del alma, se afianzó. Trabajaban mucho, incluso los domingos. Sólo se permitían descansar durante *shabat*. Apenas finalizaba comenzaban a realizar algunas tareas

Los comienzos, si bien eran prometedores, fueron difíciles. Avrum, su hermano, le pasó los primeros clientes y eso le allanó un poco el camino. El estudio contable funcionaba en el living de la casa de los recién

casados. La vivencia de la fábrica de billeteras volvía a repetirse. Esta vez, en lugar de cuero y engrudo, estaba lleno de carpetas y papeles. Lea tuvo que adaptarse a estas condiciones de vida.

Beche pasaba muy temprano por la mañana y salían juntos. Iban de local en local haciendo su trabajo con una máquina de sumar gigante, un lujo para la época. Ellos eran socios, empleados, cadetes, telefonistas. En fin, hacían todo.

David había nacido en el lugar indicado en el momento justo. Provenía de una familia judía observante (eso inspiraba confianza), hablaba un perfecto *idish*, con lo cual se hacía entender y había obtenido el título universitario de contador público. Era la conjunción perfecta. Muchos inmigrantes vieron en él al profesional de confianza que se podía hacer cargo de la contabilidad de sus negocios y los asesorara. Era una persona idónea para cubrir el espacio que se había abierto en la comunidad.

Poco a poco se fue haciendo un nombre. Sus clientes destacaban el valor que le daba al cumplimiento. Son muy pocos los que sus palabras concuerdan con sus acciones. Él era uno de ellos. A su vez, también un hombre que se manejaba por la confianza que le transmitía la otra persona y siempre buscaba la posibilidad de pensar *le kav zejut*. Los clientes, satisfechos, traían más clientes y el estudio comenzó a crecer en forma vertiginosa.

Por la noche, ella esperaba la llegada de su esposo con la cena preparada. Era el momento ideal para conversar un rato. Una vez que se casaron mantuvo su puesto en el taller de costura. Últimamente llegaba muy cansada y David no sabía a qué atribuírselo.

Luego de cenar y contrariamente a su actitud de todos los días se quedó a su lado y entre tímida y cariñosa tomó su mano y con una leve sonrisa lo miró profundamente a los ojos, como insinuando la intención de que adivinara que algo diferente estaba ocurriendo. La observó tiernamente y tras un profundo silencio le dio un beso en la mejilla. Llegó la hora de retirarse a descansar, al otro día había que levantarse muy temprano. En la habitación, ella lo abrazó y le dijo tocándose el vientre:

–Se trata de lo que tanto ansiábamos, tendremos un hijo.

Ambos no cabían de felicidad. Se miraron con los ojos llenos de emoción y alegría. Esa noche casi no durmieron. Ya en su imaginación se

cruzaban probables nombres.

Pasaron 9 meses y Lea fue trasladada a una clínica privada donde tuvo su primer bebé, una hermosa niña a la que llamaron Judith, en recuerdo de la mamá de David. La beba era la luz de los ojos de David. Lo primero que hacía al regresar a casa era tomarla en brazos. Por eso, Lea quedó sorprendida cuando vio que su esposo abría la puerta e iba corriendo a encender la radio.

La radio era el medio de comunicación más popular de la época. Las casas solían tener un aparato de grandes dimensiones, ubicada mayormente en el living. Era común que se reunieran para deleitarse con el programa más popular y enterarse de las últimas noticias.

-¿Qué hacés? -le preguntó mientras veía a su esposo moviendo la antena de un lado a otro desesperado por sintonizar el dial.

-Esperá. Dejame que te explique. Están transmitiendo desde la Asamblea de las Naciones Unidas. Empieza la votación para decidir si se crea el Estado de Israel. Estamos viviendo un momento histórico, sin precedentes.

No podían creer lo que estaban escuchando. La votación había declarado por mayoría la creación del Estado de Israel. Se tomó la cabeza entre las manos y se puso a saltar de la emoción. El alma no le cabía en el cuerpo. Al nacimiento de su primera hija se sumaba el sueño de su vida. Quería celebrar, abrazar a sus hermanos *iehudim* de todas partes del mundo.

- Vení. Salgamos a festejar.

Tomó a su esposa del brazo y salieron a la calle. Vivían a la vuelta de la AMIA, en el epicentro del barrio judío. Para su sorpresa, se encontraron con cientos de personas que habían tomado la misma decisión en forma espontánea. Los vecinos se abrazaban y reían. Era una fiesta. Uno de los días más felices que podían vivir. Fue imposible llegar hasta la sede de la mutual. La gente bailaba en la calle. Un fervor que estaba aletargado luego del duro golpe del Holocausto volvía a aflorar en todo su esplendor. Volvíamos a estar orgullosos de ser judíos y ese sentimiento era el que esa generación debía transmitir a la siguiente.

Habíamos esperado más de dos mil años para volver a nuestra tierra y ellos eran los privilegiados protagonistas que un día podrían contarle a

sus nietos que habían sido testigos de la creación del Estado de Israel.

Esa manifestación de unión del pueblo judío fue la primera de muchas que luego vendrían. Tener un estado fue el primer paso, mantenerlo vivo, rodeado de naciones que lo querían destruir fue el próximo. Llegaron las guerras y con ellas los milagros revelados. Un ejército de una nación recién formada se enfrentaba a los vecinos que la atacaban en forma constante y salía victoriosa. Muchos se preguntaban cuánto duraría un país judío rodeado de árabes. Nosotros sabemos que somos el pueblo de D-s, es una certeza que podemos ostentar. Después de ser sometidos a tantas pruebas nosotros somos los que creemos en el amor y su fuerza liberadora.

A partir de la creación del Estado los judíos se sintieron más comprometidos. Por fin tendríamos una patria para construir. Cada vez que llegaban buenas noticias desde Israel, se volvió una costumbre salir a la calle para celebrar. Era una época donde el cuerpo estaba en la Argentina y el corazón vivía en Israel.

Amanecía lentamente, el sol comenzaba a iluminar el cielo. David tuvo un presentimiento: él había nacido en la era premesiánica. El Holocausto marcaría el fin del sufrimiento del pueblo judío. Un estado en la tierra de Israel daría lugar a una nueva vida. Con el lema de *Torá veavodá*, cumplimiento de los preceptos y trabajo, sería el ideal justo para recibir al Redentor. Estaba en el hombre la posibilidad de llevarlo a cabo. Y él era uno de ellos. Debía dedicarse de lleno a estudiar y tener una profesión para poder ayudar a su familia y salir de la pobreza y, además, luchar dentro del movimiento sionista para lograr su meta soñada. Con la fuerza de un remolino y lleno de ideas comenzó su vida apasionada. Como un titán, con objetivos claros, trabajó incansablemente para lograrlos.

## CAPÍTULO 12

# Guillermo se entera de los departamentos

Guillermo venía caminando por San Luis, un *shabat* al mediodía a la salida del Templo, tarareando una canción sabática.

–¡Guillermo! ¡Guillermo! –escuchó que lo chistaban.

Se dio vuelta y vio a Abreimale, un amigo del partido de David que tenía una inmobiliaria. Lo notó exaltado, efusivo.

–¿Cómo estás, *Ingale*? *Shabat shalom* –dijo con simpatía.

–¿Qué tal, Abreimale? –respondió contento de verlo.

–Excelente. Las cosas están marchando muy bien. Ya estoy vendiendo los departamentos de Duved. Me los sacan de las manos.

–¿Qué departamentos? –preguntó sorprendido.

–¿Cómo qué departamentos? Los de la calle Pasteur 727. Se terminaron hace unos meses y arrancó la venta con todo. ¿No les informaron a ustedes al respecto? Creo que a la viuda y a las chicas les corresponde una parte importante de todo esto.

–Yo no sé nada –contestó incrédulo.

Era la primera vez que escuchaba hablar de un edificio que le hubiera pertenecido a Lea y a las chicas. Abreimale siguió su camino y él quedó mudo, consternado. No podía creer lo que había escuchado.

Lo primero que hizo cuando llegó a casa fue llamarme a un costado y preguntarme acerca de los departamentos de Pasteur. Pero yo tampoco sabía nada. Le hicimos el comentario a mamá. A pesar de la sorpresa y la indignación decidimos que nada iba a empañar la alegría del *shabat*. Tuvimos nuestra *seudá* y charlamos sobre las novedades de la semana. Cada uno se encargaba de contar algún *jidush* con respecto a la *parashá*. Cuando llegara la finalización del *shabat* podríamos comentar con

Fernando Marconi acerca del tema. Él sabría asesorarnos y nos diría qué era lo mejor que debíamos hacer.

Por la noche, sin perder un instante, nos comunicamos y le comentamos acerca de los departamentos. Se quedó sorprendido, al igual que nosotras, al saber que había un edificio para recuperar. Tenía mucho trabajo por delante, pero por otro lado podía lucirse con el desafío de recuperar unas propiedades tan importantes sin tener ningún comprobante que lo acredite. No era tarea fácil pero no pareció preocuparse. Para él representaba algo de envergadura.

-Me pongo en contacto con Beche para que me explique la situación.

-Gracias Fernando -le dijo mamá un poco más aliviada-. No sé qué haríamos sin vos. Por favor tenenos al tanto.

-Qué raro que Beche y los hermanos de David no te comentaran nada -afirmó Fernando Marconi con un dejo de ironía.

La impaciencia nos dominaba. No podíamos dejar de pensar en la visita de Fernando Marconi luego de la reunión. ¿Qué le dirían? ¿Acaso papá tendría un porcentaje de ese edificio? ¿Nos correspondería al menos una parte? ¿Qué papeles tendrían para demostrarlo? En su visita habitual puso sobre la mesa el tema del recupero de los departamentos.

- No saben el trabajo que me dio solucionarlo -comentó con un tono de voz que denotaba agotamiento.

-¿Qué arreglaron Fernando?

-Me costó mucho llegar a un acuerdo pero quedamos así: logré recuperar tres departamentos. El Octavo "C" y el Tercero "A" que son para ustedes y un dos ambientes en el Primero "B" que tomo como parte de mis honorarios. Lamentablemente el resto ya se vendió y es imposible recuperar la plata.

-Si vos decís que es el mejor trato, debemos aceptarlo así.

-No se puede hacer más nada. Creeme que hice todo lo posible. Es mejor un mal arreglo que un buen juicio, ¿entendés?

-Te creo, Fernando. ¿Cómo no te voy a creer?

-En la semana firmamos los boletos.

Nos quedamos con un gusto amargo por la novedad. Habíamos recuperado dos departamentos y eso era una excelente noticia. Pero por otro lado nadie nos había comentado que ese edificio nos pertenecía como

herederas y ya se habían vendido algunas unidades. ¿Acaso habían falsificado la firma de David? No lo podíamos entender.

Por la noche tuve un sueño en el cual miles de ratas se empujaban para comer un pedazo de queso, me desperté asustada y transpirada, los hombres, los seres humanos podrían proceder de igual manera sin recordar los principios éticos de nuestra sagrada *Torá* que indican que al huérfano y a las viudas no atormentarán.

## Recuerdos de Infancia

*Todos los patitos se fueron a bañar.*

– ¡Chicas, a bañarse! –llamó mamá desde la pieza.

Al escuchar la voz de mamá fuimos corriendo. Ya éramos cuatro, la mayor tenía cinco años. El hecho de ser sólo mujeres aumentaba la ansiedad de papá por tener un hijo varón. Estaba dispuesto a seguir cualquier consejo con tal de lograrlo. Escuchaba las sugerencias de *rabanim*, doctores, amigos y a cualquiera que afirmara contar con una fórmula eficaz para tener hijos varones. Hasta que eso sucediera, él era el rey de la casa, mamá la reina y nosotras su corte de princesas.

El baño en esos tiempos y principalmente en casa era una ceremonia. Todos los jueves, por la noche víspera de *shabat*, María, la doméstica venida del campo, dormía en casa y por unos pocos pesos ayudaba a mamá, tenía la obligación de colocar la palangana en nuestra pieza. La cargaba con agua fría y caliente hasta alcanzar la temperatura justa. Bañarse todos los días era algo impensado para la época.

– ¡Atchis! –estornudó Alicia.

– Esperen un minuto chicas. Vos te quedás vestida y te ponés un abrigo –afirmó mamá.

Alicia insistió, lloró y pataleó. El no fue rotundo. Mamá tenía motivos para hacerlo. Judith, nuestra hermana mayor, había fallecido con tan sólo diez meses. Las huellas de esa pérdida se translucían cuando se ponía en juego la salud de sus hijas. El resto nos desvestimos con rapidez para entrar en la tina y disfrutar ese momento. Ni bien nos metimos

comenzamos a salpicarnos.

- ¡El agua está hermosa!
- Cuidado, ¡me estás mojando la ropa! Le voy a contar a su mamá – exclamó María.
- ¡Está lloviendo! ¡Está lloviendo! –gritábamos.
- ¡Me estás salpicando!
- Chicas, no jueguen así. Se pueden lastimar.

Nosotras disfrutábamos del baño, mamá lo padecía. Era imposible lograr que el agua se quedara en un mismo lugar. El piso de madera lleno de agua era el mudo testigo de que bañar a cuatro patitos no era una tarea fácil.

- Apúrense, cuando venga papá las quiere ver a todas sequitas, limpias y perfumadas.
- Me entra jabón en los ojos.
- A mí me pincha –se quejó Lilita.

Tenía razón. María se había confundido. Para bañarnos se podía usar el pan de jabón blanco y había traído el jabón pinche que usábamos para lavar los platos y nos raspaba todo el cuerpo. Cuando salimos del agua nos envolvió para que no tomáramos frío. Nos esperaba con un toallón suave y calentito, tarareando una canción mientras nos secaba despidiéndonos del agua hasta la semana que viene. Ese momento producía en nuestro cuerpito una gran alegría y satisfacción.

Luego del baño llegaba el infaltable peine fino. Por más que íbamos con el pelo recogido había que cuidarse mucho de los piojos. La aparición de uno de ellos implicaba estar horas con la cabeza cubierta llena de kerosene. Se envolvía la cabeza con un trapo blanco y se dejaba actuar por un par de horas. Luego se enjuagaba pero el olor no desaparecía. María, cuando nos aburríamos en los días de invierno, nos revisaba las cabecitas una por una y mataba las liendres con la mano. Era una forma entretenida de pasar el tiempo. Una vez terminada la revisión se sacaban las camas marineras. Papá llegó del trabajo y vino directo a nuestra pieza.

- ¿Dónde están mis princesas? –preguntó entusiasmado. –Hola papá
- comenzamos todas a saltar en las camas y a chillar-. ¡Llegó papá!

¡Llegó papá!

–Qué lindas que están chicas. ¿Hoy es jueves? Se nota. Están preciosas y limpias. Acuéstense que ya es muy tarde. Mañana a la noche, si D–s quiere, vamos juntos al *shil*.

Nos besó a cada una y fue a cenar a la cocina. La luz del comedor entraba a nuestro cuarto a través de la puerta vidriada. Sabíamos que papá traía trabajo a casa. Era inevitable que usara sus años de juventud para cumplir con las obligaciones que eran cada vez mayores. A los clientes no se les podía decir que no. Como todas las noches nos quedamos conversando hasta tarde en voz muy bajita para que papá y mamá no se dieran cuenta y vinieran a retarnos. Era difícil lograr que cuatro mujercitas durmiendo juntas pudieran conciliar el sueño. Cualquier comentario era una excusa para seguir despiertas. Siempre alguien más tenía alguna anécdota nueva para contar o algo más que decir. El parloteo se transformaba en sonrisas y las risas daban paso a las carcajadas. Intentábamos reír en voz baja sabiendo lo que nos esperaba si nuestro cuchicheo llegaba a oídos de papá. Al escuchar el ruido de la silla sabíamos que era demasiado tarde. En dos pasos largos llegaba hasta nuestra pieza.

–¿Qué pasa acá? ¿Me quieren decir de qué se ríen? Todas las noches lo mismo con ustedes. ¡Hasta que no vengo a retarlas no se duermen!

Él se enojaba poco. Cuando lo hacía nos quedábamos en silencio y asustadas.

–Es que queríamos que vinieras a decirnos “buenas noches” –me animé a decir.

Papá me miró. Quiso permanecer serio, pero después pude notar que estaba aguantándose la risa.

–No las quiero volver a escuchar. Buenas noches –dijo en un tono grave de voz.

Cuando se dio vuelta para seguir trabajando me di cuenta de que seguía sonriendo. Heredó la severidad de Shimón pero era mucho más tierno.

Viernes, las tres estrellas que marcan el *shabat* ya brillaban en el cielo. Papá aún no había llegado. El ruido del ascensor anunció su presencia. Y,

como siempre, casi corriendo fue al placard a deshacerse de todos los elementos prohibidos en *shabat* y con la voz entrecortada por la corrida nos dijo:

-Míren la hora que se hizo. Casi llego tarde al encendido de las velas. Pero tengo una buena noticia. Logré que el señor Arón, el dueño de la mercería, cerrara el negocio en *shabat*. Me costó convencerlo. En este país los sábados se trabaja medio día y es cuando más se factura. Pero le expliqué y lo convencí de la importancia de cumplir las *mitzvot*. Que por lo menos una vez por semana estuviera con sus hijos disfrutando de la familia. Transmitiendo los valores. En fin, lo logré – afirmó cerrando el puño y agitándolo en el aire.

*En la oscuridad de la noche, en los primeros momentos del shabat que se aproxima el devoto cumplida la plegaria vuelve a casa. En ese instante, dos Angeles, el del bien y el del mal se le ponen a los lados y lo acompañan. Entra en el doméstico aposento y los ángeles entran con él, ¡oh dulce vista! Las velas del shabat están encendidas, la mesa, la casa, todo esta adornado para la fiesta. El ángel del bien prorrumpe en una exclamación de alegría y dice: oh, que por muchos sábados se presente así de festiva y alegre tu casa. El ángel del mal responde a pesar suyo amén. Mas si las velas no están encendidas, la mesa y la casa todo descompuesto y desordenado el ángel del mal jubiloso exclama: sean así siempre tus sábados. El ángel del bien responde gimiendo y llorando amén. (Talmud Shabat, pág. 118)*

La mesa con su mantel blanco estaba puesta y mamá encendió las velas que marcaban el inicio del *Shabat*. Este día tan especial era un oasis para la familia. Papá fue al Templo y a su regreso nos se reunimos alrededor de la mesa y cantamos el *shalom aleijem*.

Tomó la copa de *kidush* con toda la mano, cerró los ojos y pronunció la bendición del vino en la cual se afirma que D-s creó el mundo en siete días y sigue dirigiéndolo. Nosotros somos testigos vivientes de esa verdad. Luego de la cena, en una rutina que se repetía cada semana, fuimos a buscar los cuadernos del colegio para mostrárselos y comenzó a hacer preguntas sobre lo que habíamos aprendido.

-Vení, Ite. Sentate al lado mío. Vamos a repasar las letras del abecedario hebreo. Esta es la *reish* y esta es la *dalet*. A ver señálame una *reish*.

Luego de dudar bastante señalé la letra que me pareció correcta.

–No, esa es la *dalet*. Mirá bien, mirá bien. Mirá de vuelta. Señálame una *reish*.

Señalé una *dalet*.

–¿Es posible que todavía no lea? Le cuesta distinguir las letras.

–Es que son parecidas –me defendí.

Papá estaba a punto de perder la paciencia. Un golpe seco sonó en mi nuca y me hizo vibrar la cabeza. Aparentemente el golpe me acomodó las ideas porque cuando volví a mirar ya estaba claro: la *dalet* tenía una pequeña pancita.

A mis dificultades para la lectura se sumaba que presentaba otras al hablar. Al diariero, por ejemplo, le decía *radiero*. Los padres de esa época no podían entender que los hijos pudieran tener problemas de lectoescritura y que no se solucionaban mágicamente. Sólo muchos años más tarde descubrí que esa dificultad se llama dislexia. Si bien gracias a su amor aprendí a escribir, hoy esos inconvenientes, que antes se solucionaban con coscorriones, se tratan con psicopedagogas.

Luego de la accidentada clase de lectura papá me vio apesadumbrada me subió a su regazo y comenzó a contarme una historia. Le encantaba contarme historias y a mí me gustaba escucharlas.

–Vení upa, Itele. Te quiero contar una historia. En un lugar muy lejano, tan lejano que para llegar hay que viajar en barco muchas noches y muchos días, pasar tormentas, cruzar océanos y mares, hay una ciudad que se llama *Ierushalaim*. La ciudad del rey David. Allí estaba erigido, cual león, el Gran Templo al que se dirigían miles de *ieudim*, por lo menos tres veces por año y llevaban ofrendas a D–s. Era la ciudad más hermosa de la tierra. Por la maldad de la gente, el ejército romano lo destruyó y los *ieudim* salimos al *galut*. Es un sueño en el corazón de cada judío poder llegar a ese lugar y reconstruirlo.

Luego, como siempre, comenzó a entonar una canción:

– *Meal pisgat har atzofim shalom laj Ierushalaim*<sup>3</sup>.

Al finalizar me había quedado casi dormida. Me llevó en brazos a la cama y se despidió deseándome un *Shabat shalom* con un cariñoso beso.

<sup>3</sup> Desde la cima del Monte Tzofim Shalom a ti Ierushalaim.

Cómo olvidar el amor que me transmitió hacia ese día de descanso que disfrutábamos en familia y a esa tierra y su pueblo que guardaba como un tesoro en su corazón. La dulzura de las palabras aumenta la enseñanza. Cual panal de miel son las palabras suaves.

\*\*\*

Papá entró a casa acompañado de dos personas. Cargaba una caja enorme que le tapaba la cara y medio cuerpo. Lo distinguimos por el traje y su clásico sombrero.

–Permiso –dijo haciendo equilibrio para mantenerse en pie–. Cuidado chicas, no quiero pisar a nadie.

Caminó con esfuerzo. Se notaba que la caja era sumamente pesada. La apoyó sobre la mesa del living. Sacó un pañuelo del bolsillo, secó el sudor de su frente y dijo con voz triunfal:

–Vengan todas, siéntense que una vez que estén ubicadas les muestro la sorpresa que traje.

–¡Queremos ver!

Nuestras voces se mezclaban unas con otras. La curiosidad era enorme. Abrió la caja y sacó un aparato cuadrado y negro. Parecía algo del futuro o de otro planeta. Mientras leía las instrucciones con mucha atención las personas que lo acompañaron hacían conexiones en la pared. Cuando terminaron apagaron las luces del living.

–¿Están listas para que lo prenda? –nos preguntó.

–¡Sí! –contestamos todas.

–Tené cuidado, David. Que no se caiga –le suplico mamá.

Uno de los hombres (papá los llamaba antenistas) hizo girar el botón de encendido. La pantalla permaneció sin imágenes por unos segundos que parecieron eternos. Luego se empezaron a ver algunas rayas verticales.

–Hay que esperar que se calienten las válvulas.

Lentamente, empezamos a escuchar voces que salían del aparato. Luego de unos instantes pudimos ver figuras, el decorado, el movimiento en blanco y negro. Estaban ahí, actuando para nosotros. Nosotras mirábamos hipnotizadas. ¿Era magia? ¿Acaso papá era mago? ¿Cómo habían hecho esas personas para aparecer dentro de una caja y moverse?

Papá nos miraba divertido hasta que notó la ausencia de una de nosotras.

-¿Dónde está Blime? –preguntó.

Era cierto, no estaba en su lugar. Nos pusimos a buscarla y la encontramos acurrucada y asustada, pálida y aturdida, escondida atrás de uno de los sillones.

-Blime, ¿qué hacés ahí? Vamos, ¿qué te pasa?

-Me da miedo, mucho miedo –contestó-. Si la pantalla se rompe los personajes que están adentro nos invaden la casa.

La ocurrencia de mi hermana hizo que papá estallara en carcajadas, pero su preocupación era real. Con mucha paciencia le explicó cómo funcionaba un televisor hasta que lentamente pudo sacarle el miedo.

María comenzaba sus tareas domésticas corriendo las cortinas. Luego, abría las persianas que dejaban entrar una ráfaga de intenso viento frío de la mañana en nuestro cuarto.

-¡Arriba, chicas! ¡A levantarse! ¡Hay que ir a la escuela! – nos despertaba despabilándonos muy rápidamente.

-Un ratito más –le pedíamos todavía somnolientas.

No teníamos opción. Debíamos madrugar para llegar a horario. El día comenzaba como una película de cine mudo. Todos corríamos a vestirnos, peinarnos, lavarnos los dientes, ponernos los guardapolvos recién planchados y almidonados. Esos uniformes eran una tortura para cualquiera. El cuellito blanco nos raspaba e irritaba. Parecíamos robots y no palomitas blancas.

Cada mañana corríamos contra reloj para llegar puntuales. En la cocina nos esperaba un vaso de leche caliente. Antes de salir pasábamos por la pieza de nuestros padres para despedir a mamá. Papá salía a trabajar mucho antes de que nos despertáramos y mamá nos saludaba calentita desde la cama.

-A ver chicas ¿están bien arregladas? Peinense antes de salir. Traigan buenas notas. Las espero al mediodía con el almuerzo.

Partíamos para la escuela estatal Presidente Quintana, a la que también concurrían chicos judíos del barrio. Nieves se llamaba la maestra del grado y con ella aprendíamos historia, matemática, lengua, geografía. Era una mujer cincuentona y todavía no se había adaptado a las nuevas

reglamentaciones que prohibían pegar a los alumnos. Por lo tanto, de vez en cuando recibíamos fuertes tirones de oreja, pellizcos y algún que otro reglazo. Era muy severa y nunca una sonrisa. Además había profesores especiales de lengua y gimnasia. Nos sentíamos a gusto con los compañeros pero lo insufrible era cuando entraba al aula el cura Augusto Cruz, el profesor de catequesis. Como cada lunes a la mañana ingresó vestido con su sotana negra y larga y una enorme cruz plateada sobre el pecho. Comenzó a nombrar a los alumnos que no participaban de su clase.

–Klimovsky, Blumental, Goldenberg, Millevich –leyó el listado de alumnos judíos–. Ustedes deben retirarse del aula, no participan. Sus compañeros tendrán clase de religión.

Todo en él me causaba temor. Su figura imponente, su cruz gigante de un tamaño que nunca había visto. A los judíos apenas si nos miraba y rara vez nos dirigía la palabra. Me levanté de mi pupitre y sin dejar de mirar el piso salí junto con mis compañeros. Nos fuimos a un aula más chica donde Nieves impartía clases (un tanto improvisadas) de moral y civismo. ¿Qué aprendían mis compañeros en la clase de religión? ¿Qué era lo que les enseñaba el cura? No sé sobre que les habló ese día pero cuando volvimos nos sentimos más señalados y discriminados que de costumbre. Me senté y le pregunté a Antonella, mi compañera de banco.

–¿Qué aprendieron con el cura?

Antonella se puso muy seria y dudó un instante antes de contestar. Su respuesta me dejó helada.

–Nos dijo que ustedes lo mataron y lo crucificaron.

–¿A quién matamos? –me costaba entender lo que me estaba diciendo.

–A Jesús. ¿A quién va a ser?

–¿Y quién es ese señor? Yo no maté a nadie.

–Fueron ustedes, los judíos. Mataron al hijo de D–s.

Me puse muy mal y me angustié mucho. Me estaban acusando de un asesinato y yo era inocente. No supe qué responder. A partir de allí, la relación entre Antonella y yo se volvió muy distante. Seguimos prestándonos los útiles y conversando lo mínimo indispensable pero nunca más volvimos a hablar del tema y cada una siguió con sus creencias.

Al mediodía terminaban las clases y regresábamos a casa. Todas las domésticas que venían a ayudar a mamá estaban trabajando. Parecía un batallón a pleno. Juanita, la lavandera, lavaba a mano y almidonaba toda la ropa durante más de cuatro horas. Leonor, la planchadora, pasaba la plancha bien caliente a toda la ropa para dejarla sin arrugas y evitar enfermedades contagiosas. Y María se ocupaba del resto de las tareas domésticas: cocinar, hacer las camas, lavar las verduras, limpiar los baños. Trajinaba todo el día.

Los pañales de tela, de tanto en tanto, los herviríamos en una olla especial para evitar escaldaduras. Había una olla de carne, una de leche y otra para los pañales. Teníamos mucho cuidado de no confundirnos y usarlas equivocadamente.

Mamá hacía tiempo que había dejado de trabajar y comenzó a disfrutar de su tiempo libre. Hacía lo que más le gustaba: mimarse. Pasaba sus días eligiendo telas para sus próximos vestidos, comprando zapatos, peluquería, masajista, limpieza de cutis, manicura, pedicuro, médicos, modista y demás. Su preocupación era verse siempre bien. Se reservaba los mediodías para almorzar con nosotras. María se ocupaba de que la comida estuviera lista. Teníamos poco tiempo para almorzar. En tan solo 40 minutos pasaba a buscarnos el micro que nos llevaba a la Escuela *Rav Kuk*. Ahí completábamos nuestros estudios judaicos. Aprendíamos *ivrit*, *Torá* y tradición judía. Mientras el personal doméstico corría para hacer sus tareas, mamá nos apuraba para que termináramos la comida antes de que llegara el micro. Deglutíamos sin llegar a terminar de masticar lo que teníamos en la boca. Algunas veces comíamos paradas. No percibimos que alguien había girado el picaporte, abierto la puerta y nos estaba mirando sorprendido.

–¿Qué es esta corrida? ¿Así son los mediodías en esta casa?

Papá había llegado más temprano que de costumbre y le costaba creer el escenario que se presentaba frente a sus ojos. Mamá, mientras seguía sirviéndonos la comida, alcanzó a contestar.

–Está todo calculado. Si te atiendo, las chicas pierden el micro.

Estaba anodado. La respuesta lo hizo reaccionar.

–Bueno, entonces, dejen que las ayudo –alcanzó a decir.

Entre todos terminaron de servir el almuerzo y nos despedimos en el

ascensor.

–Chau papá –le dije al subir con la boca llena.

–Chau.

Quedó pensativo.

–Tenemos que solucionar este problema. Todos los mediodías no pueden ser así.

–¿Cuál sería la solución? –quiso saber mamá.

–Quizás fundar un colegio donde desde la mañana se pueda estudiar dos culturas, que tenga un lugar *kasher* para almorzar y donde jóvenes judíos aprendan los contenidos educativos y los valores de nuestro pueblo –respondió papá pensando en voz alta.

Esta idea comenzó a dar vueltas en su cabeza. Mientras tanto seguían nuestras maratones. Subíamos al micro que nos dejaba en la Escuela *Rav Kuk* y nos traía de vuelta a casa a las cinco y media de la tarde. Papá estaba cansado de vernos trajinar y de sentir que sus hijas eran discriminadas en su educación. Había que hacer algo para sentirse en casa entre *ieudim*.

Papá llegó agitando los pasajes del tren en una mano.

–A preparar las valijas que nos vamos a las Termas de Río Hondo – exclamó.

–¡Bravo! – nuevamente saltamos llenas de alegría.

En aquel entonces los médicos aconsejaban salir de la gran ciudad y cambiar de aire. El campo, las sierras o las termas daban esa posibilidad. Hacía varios años que en vacaciones de invierno nos íbamos a las Termas de Río Hondo a deleitarnos con esas aguas curativas. Además disfrutábamos la posibilidad de estar con papá y mamá. Los preparativos eran incalculables. El viaje parecía que nunca iba a terminar. Los andenes llenos de nubes de vapor ocultaban multitudes. La emoción del viaje y el miedo de perdernos eran las sensaciones que se mezclaban. Escuchamos un poderoso silbido y lentamente el tren se puso en marcha. A veces íbamos en camarote. Allí, las 18 horas de viaje pasaban más rápido. Al principio saltábamos de una cama a la otra, pero una vez agotadas dormíamos placidamente. Este último viaje tuvimos que hacerlo en asientos reclinables. Corríamos por los vagones, aburridas, buscando

cómo entretenernos pero sabiendo que tanto viaje valía la pena. Miramos por la ventana acristalada y parecía que era el tren el que estaba detenido y lo que se movía era el paisaje. En el momento que nos quedamos sin saber a qué jugar, papá nos sugirió que contáramos las vacas que veíamos. Le hicimos caso hasta que nos quedamos dormidas. Cuando bajaba el sol la oscuridad era profunda. La electricidad no había llegado a muchos de esos pagos.

–Sandwiches de jamón y queso. Bebidas. ¡Café, café!

Los vendedores ambulantes ofrecían y canturreaban a viva voz por los pasillos. Papá y mamá nos advirtieron que esos sandwiches no los podíamos comer. Nosotros comíamos *kasher* y habíamos llevado nuestras propias provisiones.

–Primer turno para cenar –anunció el encargado del comedor.

Algunos de los pasajeros habían reservado su lugar y se levantaban para ir a comer. El viaje tenía muchas paradas. Finalmente la locomotora se detuvo en la estación en la localidad de La Banda, Santiago del Estero.

– ¡Destino final! –informó el guarda.

–1, 2 –nos contaba papá para no olvidarse de ninguna.

–Por fin llegamos. ¡Qué alegría!

–Falta poco –sonrió mamá–. ¿Se acuerdan? Ahora tenemos que tomar un micro hasta Río Hondo.

Nos habíamos olvidado de esa parte. Luego de un par de horas en un micro que se bamboleaba en el ripio y nos sacudía divisamos los carteles en la ruta.

–Rrrriiooo... Hooonnnndddoooo. ¡Río Hondo, papá! ¡Dice Río Hondo! –alcanzamos a leer.

Finalmente llegamos. Nos esperaban unas vacaciones increíbles. Nuestra actividad favorita era andar a caballo. El primer día que llegamos estuvimos horas disfrutando de una cabalgata. Al no estar acostumbradas, nos quedó todo el cuerpo dolorido.

–¿Qué les pasa chicas que caminan así? ¿Todavía no se bajaron del caballo? –nos dijo papá, bromeando al vernos tan chuecas, sin poder juntar las piernas.

Estábamos tan cansadas que ni siquiera podíamos contestarle. Felices y doloridas decidimos tomar un baño. El agua de las termas es muy

caliente. Se debe preparar la bañera y luego esperar a que se enfríe. Colocamos un termómetro y una vez que la temperatura estuvo en su punto justo pasamos a disfrutar de las aguas termales. Ya más aliviadas, al final de la tarde, nos fuimos a tomar fotografías con ponchos y sombreros al lado de un burrito.

Al día siguiente nos levantamos bien temprano. A la madrugada continuamos nuestra travesía. A tan sólo una hora de las Termas visitamos la preciosa ciudad de San Miguel de Tucumán, con sus naranjos y limoneros en la calle, que despiden un hermoso aroma produciendo un disfrute primario y le dan el nombre del Jardín de la República. También allí papá tenía amigos que lo esperaban con los brazos abiertos y nos ayudaban con todas las provisiones necesarias para *shabat*.

Don Najlis representaba al movimiento *Mizraji* en la provincia. Cumplía *shabat*, comía *kasher*, se ocupaba de atender con calidez y suma hospitalidad a todo judío que iba de visita a la provincia. Con papá tenían un vínculo que fortalecían durante el año intercambiando correspondencia. Se veían muy de vez en cuando pero igualmente se sentían muy amigos. El reencuentro fue muy emotivo. Los tucumanos querían saber todas las novedades de la Capital y en especial de la AMIA. Don Najlis se puso a nuestra disposición para llevarnos a donde quisiéramos.

–¡Qué mejor que visitar la casita histórica y luego llevarlos a la plaza principal a conocer un reloj gigante que camina! –propuso.

Un reloj que camina debe ser fabuloso, pensé. Una emoción muy fuerte me embargaba. ¿Cómo sería? Comencé a imaginar el espectáculo que estaríamos por presenciar. En mi cabecita infantil fantaseaba que el aparato debía medir como dos metros y, mientras marcaba la hora, con sus dos patas mecánicas daba vueltas y más vueltas por la plaza saludando a los chicos con sus manos. Estaba tan entusiasmada que en lo único que pensaba era en el reloj que camina. Quería sacarme una foto junto a él para llevarla de recuerdo. Qué grande fue mi desilusión al ver que el reloj estaba empotrado en el césped con dos agujas grandes que indicaban la hora.

–Blime, yo pensé que el reloj caminaba –le dije mientras miraba el reloj en el pasto de la plaza.

–¿Cómo un reloj va a caminar, Ite? Funciona, “que camina” quiere decir que nos da la hora.

Todos festejaron mi imaginación con carcajadas. La señora Najlis, como en otras oportunidades, ya tenía preparado pescado, pollo, vino y *jalot* que llevamos de regreso al hotel en Río Hondo donde mamá nos estaba esperando. Eso nos permitió tener un *shabat* espectacular. Demasiado pronto las vacaciones llegaron a su fin. Volvimos a Buenos Aires vía Tucumán. Por supuesto que la familia Najlis a pleno vino a despedirnos a la estación y nos acompañaron por el andén hasta nuestro vagón.

–Duved, esperá. Tengo algo en el sulky para ustedes –dijo don Najlis y partió hacia donde estaba estacionado. A los pocos minutos lo vimos volver con una bolsa de arpillera enorme que arrastraba con sus manos.

–¿Y eso qué es? –preguntó papá asombrado.

–Son nueces de mi propio nogal. Las seleccioné especialmente –nos dijo mientras mostraba algunas. Luego sacó de la bolsa unas botellas de vino casero–. Pueden tomarlo tranquilo, es *kasher le Pesaj*. Lo hago yo. Es todo para ustedes.

–Muchas gracias. No te tenías que molestar.

–Recibir a una familia judía que viene a honrar nuestros pagos con su presencia es un placer, no una molestia.

–No sé cómo voy a hacer para llevar todo esto.

–Despreocúpate. Yo te lo subo al tren y en Buenos Aires le pedís a un changador que te ayude con las valijas, los chicos y los regalos.

Papá no lo podía creer. La familia Najlis era pura tenura. ¿Cómo haría con las valijas, las chicas, las bolsas? ¿Cómo iba a cargar todo cuando llegáramos? Durante el viaje de vuelta nos reíamos de sólo pensar en todo el cargamento extra que traíamos de regreso de nuestras vacaciones.

Los años pasaron y dejamos de ir a las Termas. Cómo describir la emoción cuando casi veinte años después y nada menos que en un veraneo en Punta del Este un amigo en común generó el reencuentro con Miriam, hija de Don Najlis y ahora señora de Keter y, a partir de ahí conservamos esta amistad que hizo posible compartir los grandes acontecimientos familiares a pesar de la distancia. Cuando nos volvimos a ver parecía que el tiempo no había transcurrido. Retomamos el contacto y

seguimos siendo amigas del alma. David Keter, nieto del señor Najlis hoy ya es todo un hombre que trabaja desde Tucumán junto a nosotros para Kol-ram, nuestra empresa. Un orgullo recordarlos.

Las olas y el viento, el ruido del mar. Cuando crecimos no cambiamos nuestro destino de veraneo. A mediados de diciembre llegaban las tan esperadas vacaciones que se extendían hasta los primeros días de marzo. Tres meses en La Feliz. Ansiábamos todo el año que llegara el verano. Nuestros padres alquilaban un departamento con pocas comodidades. La empresa de transportes Rabione venía a domicilio a retirar todos los bultos y valijas y nosotros viajábamos en coche por la ruta 2. El viaje duraba 10 horas pero lo importante era llegar. Mamá disfrutaba de la playa con nosotras mientras que papá iba y venía de la Capital. Era muy común que las esposas se quedaran en la costa mientras los maridos trabajaban. Cuando estábamos con mamá solas, aprovechábamos el sol pero no el mar. A ella no le gustaba ni mojarse un dedo en el agua helada y además tenía inseguridad de que entre el bullicio de la gente nos perdiéramos o nos fuéramos a lo hondo. Con mis hermanas contábamos con los dedos de la mano los días que faltaban para que viniera papá y así disfrutar del agua, de las olas y la llegada del shabat. El miércoles era un día especial. El único día de la semana que llamábamos por teléfono a la Capital.

–¡Chicas! ¡Vamos a llamar por teléfono a papá! –anunció mamá.

Con mis hermanas fuimos corriendo ni bien escuchamos el llamado.

–¿A quién le toca ir primera hoy? –preguntó.

–Yo fui la semana pasada –empezamos a decir a coro.

–Les pido por favor que no empiecen. Ite andá vos a la telefónica y dentro de una hora te reemplaza Liliana.

–Al final siempre soy yo la que va primero –protesté pero fui.

Llegué y estuve esperando horas en la fila hasta lograr el primer objetivo: sacar número. Me dieron el 142. Iban por el 03. Restaban todavía horas hasta llegar a una cabina. Comunicarse a Buenos Aires era toda una odisea. Con mis hermanas nos turnábamos para hacer más llevadera la espera. Faltando poco para que nos llamaran mamá ingresó al locutorio con todas sus hijas.

–¿Cuánto falta? –preguntó mamá a Alicia que estaba con el número en la mano desde hacía 50 minutos.

–Van por el 140 –contestó.

–141 a la cabina 1, 142 a la cabina 2 –dijo la telefonista.

Ingresamos como pudimos en la pequeña cabina. Ninguna se quería quedar afuera. Pero para comunicarse a Buenos Aires todavía faltaba una parte.

–Operadora, buenas noches.

–Quisiéramos hablar con el 369–4784.

–Aguarde un instante por favor.

Escuchamos sonar el telefono hasta que finalmente alguien atendió.

Era una voz que pronto reconocimos.

– ¿Hola?

La inconfundible voz de papá se escuchó por el auricular.

–Le paso una llamada.

–Muchas gracias, *meidalaj*, ¿cómo están?

–¡Bien! –contestamos al unísono.

–¿Le están haciendo caso a mamá?

–¡Sí! –volvimos a gritar.

–Se están portando muy bien –alcanzó a decir–. No es facil con las cuatro

–Me alegro mucho. ¿Cómo está el clima por allá?

–Hay sol. Está precioso.

–Aquí nos estamos asando, esto es un horno. Tuve que llenar la bañadera de agua fría y pegarme un baño.

–Te estamos esperando –le dije.

–El viernes estoy por allá. ¿Quieren que les lleve algo?

–Sí, papá. ¡*Vursh!*

–Duved, ¿estás con mucho trabajo?

–*Baruj Hashem*, hay bastantes cosas para hacer. Nos vemos el viernes.

Viajo con Berele. ¡Les mando un beso!

Cortamos la comunicación. Hablar era difícil y el costo de la llamada una barbaridad. Pasados los tres minutos se duplicaba la tarifa. Por eso debíamos ser muy breves, se hablaba tipo telegrama. Estábamos contentas de tener alguna noticia. Faltaba poco para el reencuentro.

Cuando llegaba papá las vacaciones se transformaban en mucha más diversión y aventuras.

El viernes al mediodía ya estaba en la playa disfrutando a lo grande. Le encantaba recibir gente, incluso de vacaciones. La carpa se llenaba de parientes y de amigos que venían de visita. Por supuesto el alquiler lo pagaba papá. Le gustaba jugar al truco y no había quien pudiera ganarle. Como el mar estaba embravecido en lugar de ir al agua nos quedamos viendo el partido. No nos despegábamos ni un minuto de su lado.

-Truco.

-Quiero re truco.

-Quiero vale cuatro.

-Te apuesto un cajón de *Coca Cola* -dijo Berele.

El ganador luego repartía el premio entre los hijos y sobrinos. De pronto escuchamos unos gritos que provenían desde la orilla y lo primero que pensamos fue que alguien se estaba ahogando. Miramos para el mar y vimos que la gente corría en dirección a la calle. El agua avanzaba cada vez más. Una ola gigante estaba arrasando con las pertenencias y con los que estaban en la orilla.

-Chicas, ¡se viene la ola!

Papá tomó a sus hijas. Una subida a los hombros y las otras de la mano y comenzamos a correr. Cuando el agua ya nos llegaba por las rodillas nos alzó con desesperación. Casi sin respirar llegamos a un reparo donde pudimos protegernos y sin poder creer lo que había pasado. Una ola gigante había arrasado la playa.

-¿Estamos todos? -preguntó papá más aliviado.

La costa estaba inundada. Había ropa y juguetes flotando por entre las carpas. No pudimos recuperar nada de lo que habíamos dejado. Estábamos shockeados y mirábamos cada tanto hacia el mar temiendo que volviera a enfurecerse.

Ya en casa, más serenos, dimos gracias a D-s por el milagro de estar todos juntos y a salvo. El peligro de desencontrarnos había pasado. Ya estábamos más distendidos y pudimos recordar las caras de susto que teníamos mientras nos escapábamos del agua.

El 6 de enero en la playa los chicos de nuestra edad vivían una alegría

especial. Se los veía contentos, radiantes. La noche anterior los Reyes Magos habían pasado por todas las casas, excepto la nuestra. Nosotras no teníamos juguetes nuevos. Los chicos se paseaban por la playa con sus trofeos y mostraban lo que los Reyes Magos les habían traído. Con mis hermanas nos tragábamos la envidia. Todos los años pasaba lo mismo. Por más que sacáramos los zapatitos y los colocáramos en la puerta de la pieza o la ventana al día siguiente estaban vacíos.

– Papá, ¿qué diferencia tienen sus zapatitos con los nuestros? – preguntábamos intrigadas.

Al principio papá no sabía bien qué responder hasta que finalmente tuvo qué contestarnos.

– Nosotros no festejamos esta fiesta, es sólo para los *goyim*. Los Reyes Magos son los papás que les dejan regalos a los chicos. La explicación nos sirvió. Entendimos que nosotras recibíamos regalos en otras fiestas. Sólo teníamos que esperar.

Mar del Plata tenía un *shil* en La Loma al que siempre concurríamos en *shabat*. También nos gustaba ir a pasear por el bosque Peralta Ramos. Pero un domingo a la tarde papá llegó con un programa diferente. Los días que pasaba con nosotras quería aprovecharlos al máximo.

– Chicas, ¿les gustaría ir al Parque de Diversiones? La propuesta nos pareció genial. Nunca habíamos ido a uno. En el auto estábamos muy entusiasmadas. – Papá, papá, yo quiero ir al tren fantasma.

– A la montaña rusa.

El Parque estaba lleno de luces de colores, altoparlantes con música a todo volumen y cientos de personas que se agolpaban para entrar. Había aroma a pochocho y maní acaramelado. Una vez adentro, un círculo gigante daba vueltas y más vueltas y se movía para arriba y para abajo. Los que estaban arriba parecían muy contentos y animados. Sus gritos, sin embargo, se escuchaban hasta donde estábamos nosotros.

– Ese juego se llama el “Samba” – dijo papá–. ¿Quieren empezar por ahí?

Luego de una extensa cola subimos a esa rueda oscilante como un gusano. Nos colocamos un cinturón de seguridad y esperamos impacientes que el juego se activara. ¡Qué nervios! El “Samba” se empezó

a mover. Al principio resultó divertido. Nos reíamos mientras íbamos para un lado y para el otro en círculos. Pero pasaron los cinco minutos y el juego no se detenía. De pronto empezó a perder la gracia. Nos queríamos bajar pero el juego seguía andando. ¿Acaso podía durar tanto tiempo la vuelta? Algo raro estaba pasando y fuimos varios los que empezamos a gritar.

-¡Por favor, paren el juego!

-¡Socorro!

-Ay, vomito.

Papá vio que el "Samba" no se detenía y fue a buscar al señor que manejaba el juego para pedirle que lo frenara. Pero el puesto de control estaba vacío. Desesperado, hizo lo posible por localizar al conductor. De repente lo vio, lo más campante, tomando algo fresco en el puesto del Tren Fantasma mientras conversaba tranquilamente con un compañero de trabajo disfrazado del conde Drácula.

-Por favor, venga urgente -lo increpó-. Las chicas de tanta vuelta se me están mareando.

-Si la vuelta es corta se quejan. Si se quedan más tiempo se quejan igual. Al final, nunca los puedo conformar -reaccionó el hombre de mala gana.

Finalmente bajamos del juego y no podíamos quedarnos en pie. Estábamos mareadas, el mundo giraba frente a nosotras. Papá vio que quedamos todas descompuestas y tomó una decisión.

-Tenemos que volver a casa. La salida se pinchó. Miren cómo están, tienen que recomponerse.

Compramos refrescos y nos sentamos en el asiento de atrás del auto. En el viaje de vuelta seguíamos mareadas. Nos llevó un tiempo recuperarnos. En casa, ya recuperadas, nos comentó:

-Chicas, yo arreglé con el señor que no parara la rueda así la salida no me costaba nada.

Al final terminamos riendo. Papá se comprometió a que volveríamos una próxima vez a disfrutar de un día completo en el Parque de Diversiones pero con la condición de que no subiéramos al Samba. Todos los veranos volvíamos a la Feliz con el recuerdo de los juegos, la diversión, la vida en familia, la brisa refrescante y salada del mar.

## Cumpleaños de Norita

En casa se respiraba un aire distinto, renovado. Teníamos más ánimo y una mejor perspectiva en nuestras vidas. Retomamos algo que habíamos dejado: festejar. Norita cumplía años y decidimos organizar una pequeña fiestita íntima. Nosotras, nuestros amigos y Fernando Marconi. Adornamos el departamento con guirnaldas, globos y decoramos una sabrosa torta de chocolate. Apagamos las luces, llegó el momento de las velitas.

–¡Que los cumplas feliz! (*A freilejn gueburstog*) –cantamos con alegría.

–A ver, ¡soplá! Dale, con fuerza. ¡Soplá las velitas!

Norita se sonrojó, cerró los ojos y pidió los tradicionales tres deseos. La rodeamos mientras seguíamos cantando.

–Acérquense que nos van a tomar una foto de recuerdo así salimos todos –pidió mamá.

–Dejá Lea. Yo la saco. Es una foto familiar –dijo Fernando Marconi.

–De ninguna manera. Faltaba más. Usted póngase con las chicas, ya es parte de nuestra familia –afirmó Guillermo–. La foto la saco yo con mi cámara portátil. Sonrían chicas, júntense –pidió–. Así salen todos. Nos quedamos duros hasta que escuchamos el click de la cámara–. Ya está. Después llevo el rollo a revelar y hago una copia para usted –le comentó a Marconi.

–Norita, este obsequio es para vos –dijo Fernando mostrando un paquetito–. Me avisaron un poco tarde, pero no quise venir con las manos vacías.

-Muchas gracias -trataba de abrir el envoltorio.

-¿Qué será? -preguntamos con curiosidad.

-Una cocinita de juguete. ¡Qué linda! -comentó Norita mientras la abría y nos miró a nosotras-. Miren chicas el regalo que me hizo Fernando.

-Es muy linda. ¿Le dijiste gracias?

-Gracias, ¿le puedo dar un beso? Yo no tengo papá y usted es tan bueno con nosotras -agregó con dulzura.

-Sí, mi amor. Claro que sí. Bueno, chicas, me retiro. Lea, en la semana te llamo.

-¿Qué apuro hay? No te podés ir sin probar un pedazo de torta.

-Mamá, mirá qué linda. Mirá qué linda -seguía diciendo Norita.

Los ojos de todas nosotras comenzaron a tener un brillo especial renovado. Papá ya no estaba pero D-s comenzaba a compensarnos por tanto dolor.

## CAPÍTULO 15

### **Las fiestas familiares: *Pesaj, shabat, Sucot***

Una vez más se acercaba *Pesaj*, la festividad en la cual se conmemora la epopeya del pueblo judío. Salir de la esclavitud a la libertad. Mamá saboreó un poquito del caldo de pescado. La casa de Shimón estaba perfumada. El exquisito aroma a *guefilte fish* con ingredientes frescos nos recibía por los corredores penetrando en nuestro olfato. Pero lo más esperado eran los famosos *latkes de papa* y esos *kneidalaj* que nadaban en la sopa de pollo. Eran nuestros manjares junto a otras recetas traídas de Europa que deleitaban nuestro paladar. En ese entonces, los alimentos hacían del hogar un lugar atractivo. Un buen plato de comida reunía a los seres queridos, especialmente en las fiestas donde, a pesar de ser cada vez más los comensales, los hijos iban trayendo a sus hijos y Shimón nos reunía a todos en su casa, ya éramos casi treinta. Sus hijas, con ayuda de sus nueras, las nietas y las respectivas muchachas trabajábamos en la cocina desde una semana antes de cada festividad.

Siempre nos gustaron los preparativos a pesar de lo trabajoso: limpiar la casa, cambiar la vajilla, preparar las comidas llevaba mucho tiempo y dedicación. También limpiábamos los armarios, lavábamos las cortinas y dejábamos de almidonar la ropa. En esa época, para que la ropa tuviera cuerpo se la almidonaba y en *Pesaj* está prohibido el uso del almidón.

–Esto está riquísimo –dij o Lea–. Frime, cada día cocinás mejor.

La mayor de las hermanas dirigía y daba el gusto justo a las recetas. ¿Cómo no recordar el sacrificio de todas ellas para reunirnos? Traían del mercado los alimentos cargados por sus propias manos y además adquirían los pollos recién faenados llenos de plumas. Había que pasarlos

por el fuego, desplumarlos y sumergirlos en agua y sal para *kasherizarlos*. Picaban el pescado con la picadora manual que dejaba el brazo dolorido. Todo era complicado.

–Chicas, a descansar –sugirió Libe–. Por hoy es suficiente. Ya casi terminamos. Otra vez llegamos con el tiempo justo.

Las mujeres dieron un profundo suspiro. Las *matzot*, el vino, la *keará*, el *kitl*, las *hagadot* manchadas con vino de tantos *sedarim*. Todo ya estaba listo y pronto. Faltaban los comensales. ¿Quién diría este año el *ma nishtaná*? ¿Quién era el más chico de la familia? Así sucedían los encuentros familiares mientras estaba papá.

A la mesa del *seder* se sumaron los amigos del *zeide*. Hombres pobres y solos que no habían logrado formar una familia. Shimón se sentía en la obligación de hacer *josed* por esta gente y los invitaba a celebrar todos los años: Idel, el lechero ya solterón. Eliau, que si bien tenía hijos ya no se reunían para *Pesaj*. Y Mauricio, uno de los hombres más extraños que conocí. A mi edad había cosas que no podía entender.

–Papá, ¿por qué huele mal? –le preguntamos.

–Chicas, Mauricio perdió a toda su familia en Europa y vive a desgano. Sin entusiasmo por las cosas y por la vida. Hay que respetar su dolor.

Shimón quería que ellos también fueran parte de nuestro *jag*. Y faltaba un invitado más: el gato. Iba y venía por la casa, pero tenía prohibido acercarse a la cocina.

–No me gustan los gatos. ¿Por qué el *zeide* lo deja suelto y se pasea por debajo de la mesa? –me quejé.

–Es la única manera de auyentar a las ratas, Ite. Pero esta vez lo vamos a dejar en el patiecito.

El piso de madera crujía a punto de romperse.

–*Shá, shá, shtil*. El *kidush* va a comenzar.

Hicimos un respetuoso silencio. Con su voz temblorosa Shimón comenzó a recitar la *hagadá*. Ya no veía pero su memoria era infalible. Ese era Shimón, lo que quedaba de ese joven y vigoroso inmigrante que vino de Europa y trabajó con fuerza. Hoy parecía como una vela a punto de apagarse con un simple suspiro. El hálito de vida estaba a punto de extinguirse pero sus frutos estaban allí acompañando y festejando un año

más la epopeya de Egipto. El gran momento en que una nación dijo basta. Con la fuerza de un titán Moisés sacó a su pueblo de la esclavitud. Cerrábamos los ojos, en base a nuestro gran pasado imaginábamos nuestro futuro. ¿Por qué nosotros no podemos hacer lo mismo? Salir de nuestras comodidades en las distintas diásporas y fundar un Estado en la tierra que D-s nos indicó, *Medinat Israel*. Será lejos, inhóspito, con malaria y otras enfermedades. El éxodo del pueblo judío debía repetirse. El desafío era grande. En el interior de cada uno surgía la ilusión que había que llevar esta idea a la práctica. A David la idea le quemaba más que a nadie. Imaginaba a su familia viviendo en la Tierra Prometida. ¿Cuándo lo lograría? ¿Cuándo podría ir a vivir allí? Cada año se repetía la misma pregunta. *¿Ma nishtaná ha laila?* ¿En qué se diferencia esta noche de todas las noches? En cada generación se levantan para exterminarnos. Si tenemos nuestro propio gobierno y ejército eso se va a terminar. La ilusión de un mundo mejor ardía en sus entrañas. Si vas a querer no será un cuento, con tus manos podrás hacerlo realidad. Esos ideales colectivos formaban parte de nuestra razón de ser. Daba motivo a nuestras vidas. Ninguno vivía sólo para sí. El yo era el nosotros. Nuestro *ishuv* era el centro. Esa era la misión. Reconstruyéndonos desde las cenizas. Ese dolor duplicaba las fuerzas. El sionismo formaba parte de cada uno de nosotros y parecía ser la solución a nuestros problemas como pueblo. La tan preciada *gueulá* estaba en nuestras manos.

El año anterior uno de mis tíos estuvo a punto de no participar porque estaba enojado con otro hermano de papá. Como Aarón en el desierto, papá fue a hablar con ambas partes para que hicieran las paces. David no iba a permitir que se desintegrara la paz familiar. Los *jaguim* en lo del *zeide* debían ser respetados. Papá corrió a mi tío por la calle rogándole que mientras el padre viviera, quería ver a to-dos sus hijos juntos. Estaba dispuesto a resignar su propio *kavod* con tal de ver a la familia reunida.

–Pará, no podés faltar. ¿Sabés el sacrificio que es para todos nosotros preparar todo esto y la alegría que signifi ca para *tate*? ¿Me escuchás? Dejá las diferencias de lado y venís.

Todo lo que hacía papá era para la familia. Ésa no fue la primera vez que intervino en un problema familiar ni sería la última. Era conocida su capacidad como mediador y acudían a él en busca de soluciones. Dos

ejemplos bastan para conocer un poco más de su personalidad.

Cuando la tía Frime quiso irse a Israel y recibió la negativa de su esposo lo primero que hizo, antes de discutir con él, fue ir a hablar con papá. Sabía que un hombre como David, idealista de la Tierra Prometida, entendería su situación y encontraría las palabras justas para hablar con su esposo y convencerlo de las ventajas de irse a vivir allí. Y así fue, algunos años después de haber tenido una larga conversación con los tíos partieron a Israel con pasaje de ida. La tía no cabía en sí de su alegría. Pero papá no se conformó con eso. Sentía que toda la familia tenía que ir a *Eretz Israel*. Su vida giraba en torno a esta idea. Durante los próximos años sus palabras y sus consejos serían escuchados. Primero viajó Jane, después Shoshaná y luego Amalia. Una vez que su tarea en la Argentina como dirigente estuviera concluida nosotros también nos iríamos a vivir a Israel.

En una oportunidad, Berele, su querido hermano menor, estuvo viviendo en Beccar. Durante todo ese tiempo papá temía por la asimilación. ¿Qué tenía que hacer un judío en un lugar donde no hay judaísmo? ¿Cómo haría con el *kasher*? ¿Qué educación recibirían sus hijos? Las *tefilot* de papá podían oírse hasta el *shamaim*. También se escuchaban sus tonos de voz cuando discutía con Berele. Estaba desesperado. Sabía los riesgos que corrían viviendo allí y que Berele parecía no ver.

-Está bien, Berele –afirmaba papá–. Vos estás seguro que siempre vas a ser un judío observante en cualquier lugar del mundo pero, ¿qué judaísmo le estás mostrando a tus hijos?

-Está todo bien, Duved. No te preocupes. Acá hay mucho verde, los chicos son chicos y pueden hacer vida al aire libre –se defendía Berele.

Hasta que, finalmente, tanto insistió papá que Berele se mudó y se vino a vivir al Once.

Uno de los preceptos que papá más se ocupaba de cuidar era el *shabat*. Sabía la importancia que tenía desde el punto de vista religioso, familiar y personal. Una vez a la semana tenemos el *zjut* de recordar la Creación de *Hashem* y nos alejamos del trabajo y las preocupaciones mundanas para apegarnos más a Él. Desde lo familiar teníamos las comidas del viernes a la noche con extensas sobremesas donde papá aprovechaba para ponerse al día. Quería saber cómo estábamos cada una de nosotras y revisaba

nuestros cuadernos. Y también anhelaba el *shabat* porque era un oasis entre sus múltiples ocupaciones. Era un día que se podía dedicar al estudio y a la *tefilá* con mayor *kavaná*.

En *shabat* al mediodía nos esperaban en lo del *zeide*. Era una costumbre que se respetaba casi tanto como una *mitzvá*. Nos recibían con el plato de la casa: *mandlbroit* con vino y sardinas. Era una galletita que todos deleitábamos con placer y que nos remitía a paisajes lejanos. Mi abuelo hablaba en idish y papá había heredado su pasión por el idioma. La biblioteca de casa estaba repleta de libros en esa lengua ancestral que papá solía leer antes de irse a dormir.

El respeto que papá sentía por su propio padre era notorio. Para todos nosotros estaba claro que Shimón era el pilar de nuestra familia. Cuando llegábamos a visitarlo uno a uno nos parábamos delante de él, decíamos nuestro nombre y le dábamos la mano. A veces, como gesto de cariño, se quedaba tomando mi mano que se veía muy pequeña comparada con la suya. El *zeide* era un hombre de pocas palabras pero se lo veía orgulloso de cómo papá llevaba adelante su familia. A pesar de su ceguera estaba al tanto de todo lo que pasaba a su alrededor y mantenía su estudio fi jo de *Torá* gracias a que Idel, el antiguo lechero amigo de la casa había pasado a ocupar el rol acompañante y asistente personal. El *zeide* sabía la *Torá* de memoria y se enfrascaba con Idel en largas discusiones talmúdicas y sobre la *parashá* de la semana. El primer año que pudimos hacer una *sucá* en la terraza lo primero que hizo papá fue ir a contarle la novedad al *zeide*.

Pero una vez que instalamos la *sucá* comenzaron los problemas. Siempre que uno quiere hacer una *mitzvá leshem shamaim* aparece el *ietzer hará* para complicar las cosas. Papá salía de casa para ir a trabajar cuando se encontró con la vecina del primer piso departamento B que parecía estar esperándolo desde la mañana temprano.

–Discúlpeme, señor Klimovsky –dijo la vecina. El otro día subí a colgar la ropa y me encontré con un techito medio raro. Me dijeron que usted lo hizo, ¿puede ser?

–Sí, efectivamente doña Virginia. Se acerca una festividad muy importante para nosotros y esa construcción es una parte fundamental de la celebración.

–Y dígame –dijo mientras papá, por el tono de la voz, ya imaginaba cuál sería la próxima pregunta–. ¿A quién le pidió permiso para armar una cosa así? Yo respeto todas las creencias pero no ando llevando el arbolito de Navidad a todos lados.

El sabía que nada ganaría discutiendo, así que buscó una solución.

–Entiendo lo que usted dice, suena muy lógico. Yo le propongo una cosa, ¿por qué no hacemos una votación en el edificio? Yo estaré de acuerdo en hacer lo que diga la mayoría. ¿Le parece bien?

–Me parece una buena idea.

La respuesta de los vecinos fue abrumadora. La *sucá* llegó para quedarse. Papá antes de hacer la sugerencia tuvo en cuenta un detalle importante: en el edificio la mayoría eran judíos.

No todos podían darse el lujo de tener una *sucá* en su casa donde podrían disfrutar de todas las comidas de la festividad sin tener que ir al templo o pasarse el día comiendo frutas y verduras. La nuestra era pequeña y bastante endeble pero cumplía con las expectativas. Estaba dentro del marco de la *halajá* por muy poquito. Las comidas eran por turnos y los que esperaban tenían una tarea fundamental: sostener los parantes para que no se cayera la construcción y que los que estaban adentro pudieran comer con tranquilidad.

## CAPÍTULO 16

### **El avance de Marconi**

Me llamó la atención llegar a casa después de clases y notar que mamá había salido. Por lo general nos esperaba con la merienda lista. Esta vez, las galletitas estaban pero ella no. Había una nota sobre la mesa.

“Me encuentro con Fernando en la Confitería Atlas. Vuelvo antes de la cena. Mamá.”

Desde hacía un tiempo una disyuntiva parecía rondar por nuestras mentes. Fernando era un hombre honesto, sincero, trabajador. En poco tiempo nos había sacado del pozo anímico y económico. Tenía todos los requisitos para ser el compañero ideal de mamá. Excepto uno: no era judío. Eso era suficiente para que cualquier atisbo de relación lo descartáramos de plano. Fernando estaba demasiado metido en nuestra vida personal pero, con la mente fría, intentábamos advertirle a mamá que tuviera cuidado y que no diera un paso en falso. La relación de empleado y empleador se volvía difusa.

Y, si bien estábamos seguras de que mamá mediría sus pasos Fernando tenía otros planes.

Una vez que tomaron asiento en la confitería mientras saboreaban un exquisito café, Marconi aplastó el último cigarrillo del paquete. Últimamente fumaba mucho. Algunos dedos los tenía amarillos de la nicotina. Llegó el primer elogio, algo que mamá recibía cada vez con más frecuencia.

–Qué linda que estás. Hermoso tu vestido –acotó mientras mezclaba el

azúcar en el café. Antes de que mamá pudiera reaccionar cambió de tema y comenzó a informar las últimas novedades—. Estuve con Beche y me pasó unas cobranzas nuevas. Unos pagarés del señor Brukner. Entiendo que era amigo de David. ¿Vos lo conocés? ¿Tenés algún dato que me pueda ser útil?

Con mucha habilidad intercalaba información de trabajo con temas personales.

Fernando Marconi tomó la mano de Lea de la forma más natural que pudo, con mucha suavidad y ternura como si fuera una consecuencia lógica de la conversación que estaban teniendo. Ella, ni bien sintió el contacto de sus dedos, la corrió muy rápidamente. Como si no hubiera ocurrido nada entre ellos continuó hablando casi al oído. Ella podía sentir su aliento.

—De noche, cuando las chicas se van a dormir, ¿no te sentís muy sola? —se animó a afirmar casi como un susurro—. Me gustaría pasar una noche con vos.

Mamá sospechaba que una propuesta así podía llegar en algún momento y, sin embargo, cuando la escuchó de sus labios no pudo evitar sentirse sorprendida. Sintió un calor que le recorrió todo el cuerpo, su cara se enrojeció. Miró para ambos lados.

—Fernando, eso no puede ser. Es una locura. Mirá si alguien te escucha —afirmó sin titubear—. Soy una mujer viuda con cinco hijas. ¿Qué ejemplo les doy si me relaciono con un hombre casado? ¿Acaso Beatriz Gatti no es tu esposa? De ninguna manera —replicó en un tono de voz cada vez más bajo—. Seguimos como hasta ahora. Fuera del tema de tu trabajo ni una palabra.

Temía, y no era para menos, que alguien los hubiera escuchado. Él eligió el silencio por toda respuesta. Pasaron unos minutos que parecieron una eternidad. Marconi estaba midiendo sus palabras y retomó la conversación.

—Gatti no es mi esposa —afirmó—. Trabaja conmigo, no te olvides que por mi tarea de cobrador de lo incobrible la necesito.

—Te repito: fuera del tema de tu trabajo ni una palabra.

—Bueno, entonces también te quería hablar de la fábrica de lencería. Hay buenas chances de recuperar algo por ese lado —cambió de tema

como si lo antedicho no hubiera sucedido.

–Bueno, me parece bárbaro. Por favor teneme al tanto.

La conversación volvió a ser de trabajo. Con su negativa clara y contundente esperaba que volvieran a tener una relación profesional. Sin embargo, el tiempo mostraría que no conocía a Fernando Marconi tan bien como creía.

Lea volvió cabizbaja, con el cuerpo tenso. Mientras abría la puerta de casa pensaba cómo era eso de que Beatriz Gatti no era su esposa. ¿Acaso ella no se había presentado como tal? ¿Acaso Fernando no había cruzado la raya al intentar tomarle la mano en una confitería donde podían ser vistos? En su corazón se abrió una pequeña brecha, la brecha de la duda. Tal vez Fernando no era lo que parecía, un hombre tan sincero eficiente y capaz. ¿Necesitaba todas esas artimañas por su trabajo? ¿Berele no tendría razón? Casi sin referencias habíamos confiado en un desconocido, eso era verdad. Pero también como profesional era muy eficiente ¿Qué tenía de malo que tuviera que ocultar su verdadera identidad? Él se confesaba sólo a ella. Esto era prueba de su confianza. ¿Estaría realmente apasionado? ¿Sería un capricho pasajero? Los autorreproches le aceleraban la respiración. La duda es un sentimiento que corroe la confianza. Por el momento debía callar y no decirle nada a nadie. Con ese nuevo sentimiento se fue a descansar.

## Elecciones en AMIA

– ¿Qué hora es? –preguntó Lea entre sueños.

– Son las tres de la mañana –contestó David en voz muy baja, casi inaudible.

– ¿Qué pasó que llegaste tan tarde? –comentó semidormida.

– Se vienen las elecciones en AMIA, estamos trabajando con todo. Si ganamos podemos hacer grandes cosas. Sólo desde adentro podemos hacerlo.

– Ya sé. Ya me contaste. Pero ahora tenés que descansar. No despiertes a las chicas. Yo de política no entiendo nada, pero mientras corro con todas las tareas de la casa también me gustaría poder compartir algunas cosas con vos.

– Bueno, mañana me contás algunas novedades.

Con un beso en la mejilla se fueron a descansar. David no podía conciliar el sueño. Los planes le daban vueltas por la cabeza. Los objetivos los tenía muy claros: crear un Rabinato de lujo con rabinos que hablaran el idioma de la gente, el castellano. Que tuvieran fuerza y empuje para liderar a esta nueva generación. Ayudar a los más necesitados con medicamentos, apoyo a las familias que querían hacer *aliá*. Que se respetaran el *kashrut* y el *shabat* en las instituciones. Estos pequeños y significativos logros sólo podrían verse realizados si obtenían la mayoría. El domingo eran las elecciones, ya estaban los padrones y repartido el trabajo. ¿Cómo hacer para lograr más votos? Esa era su gran preocupación. La campaña estaba en su punto culminante y, la semana

previa a la elección, recorrió todos los templos personalmente para transmitirle a la gente la importancia de votar.

Además, mandó a la secretaria del partido a la radio en la audición en *idish* a hacer campaña. Hablaba con cada persona el tiempo necesario para que no fuera indiferente. La participación de todos era indispensable. Un voto podía hacer la diferencia en esta elección. La continuidad estaba en nuestras manos, afirmaba. La *Mirzraji*, el partido que representaba con la lista 10 sumaba lo tradicional con lo moderno. Esperaba que muchas personas lo entendieran así. Por fin el cansancio lo logró vencer y pudo conciliar el sueño.

El día tan anhelado, desde muy temprano, salieron caravanas de coches para buscar a los votantes. Principalmente a la gente mayor a la que le era imposible llegar a las urnas. Sabían que estaban frente a una posibilidad histórica. Esta elección era distinta a cualquier otra. Había mucho en juego. Según fueran la calidad de las semillas que se sembraran, serían los frutos que se verían en el futuro. Los familiares formamos un equipo de ayuda. Cada uno tenía una tarea. Algunos estábamos abocados en juntar votantes y otros en ser fiscales de mesa. Nos intrigaba saber cuál sería el resultado, cómo iba el curso de la elección pero era imposible saberlo hasta que se contaran los votos.

La convocatoria fue un éxito. A las 18 horas terminaron los comicios y las urnas fueron llevadas a Pasteur 633 donde se realizó el recuento que se hacía en forma manual. El nerviosismo y la emoción no nos dejaban en paz. Papá quería demostrar tranquilidad pero nos dábamos cuenta de que él también estaba ansioso.

A las 22 horas estuvo el resultado. La lista 10 había obtenido la vicepresidencia. El sueño se hizo realidad. David Klimovsky entraba como vicepresidente de AMIA. Por primera vez un partido sionista religioso llegaba a un cargo tan alto. La alegría imparable. Todos los que habían trabajado para lograr este resultado armaron rondas y bailaban en la calle. La sede, nuevamente, se convirtió en fiesta. Pasaron las horas y la multitud seguía allí. David ya hacía planes, conversaba acaloradamente con otro dirigente, a un costado de los festejos cuando los muchachos lo divisaron.

– Ahí está –exclamó uno de los jóvenes que lo vio apartado de los

festejos.

Se acercaron sus *Javerim* e intentaron subirlo en andas a pesar de la resistencia, se negaba en forma amistosa. Pero seis son más que uno y no le quedó más alternativa que dejarse llevar. Finalmente lograron subirlo en andas y cantaban:

–*Am Israel jai.*

Se podían escuchar las voces de todos cantando entre la muchedumbre:

–*Am Israel jai. Am Israel jai.*

Lo vitoreaban como si hubieran ganado la final de un torneo de fútbol. Los festejos se extendieron hasta la madrugada. Comenzaron a trabajar con entusiasmo. Bastaron un par de semanas para que se diera cuenta de que ser el vicepresidente de la AMIA y miembro de la comisión de Acción Social iba a absorber gran parte de su día. Empezó a sacar tiempo de donde no tenía para poder compatibilizar trabajo, familia y vida como *iehudí* con esta nueva actividad. Había luchado mucho por llegar. Quería aprovecharlo al máximo y dejar una obra para la posteridad. Dormir una hora más o una hora menos es algo que nadie recuerda, solía decir, pero nuestros actos positivos tienen una repercusión que nosotros mismos desconocemos. La vida para él no era una vela que se consume con el tiempo sino una antorcha encendida que se transmite a las próximas generaciones.

Ocupaba una posición de privilegio que le permitía tomar decisiones trascendentes. El cargo le dio mucho prestigio y contactos que decidió utilizar para ayudar a los demás. Nunca corrió detrás de los honores pero los honores corrían detrás de él. Sabía escuchar y hacía todo lo posible por resolver los problemas. Sostenía que la AMIA debía brindar servicios y él se ocupaba personalmente de que así fuera. Muy pronto su nombre empezó a sonar en distintos círculos y se volvió habitual que cuando un *ieudí* tenía un problema lo primero que se le dijera fuera:

–¿Todavía no fuiste a hablar con Duved?

David abrió el ropero y se quedó pensativo mirando. Nunca le dio importancia a la ropa, eran tantas las responsabilidades propias y de la comunidad que el tiempo no le alcanzaba para esos detalles. Tenía sólo

dos trajes, uno que usaba durante la semana y otro que con tanto sacrificio había encargado a medida para su casamiento que reservaba para *shabat* y *jaguim*. ¿Acaso en *Pirkéi Avot* no dice: no mires el frasco sino al vino que tiene dentro. Lo importante es ser como le enseñó su padre en muchas oportunidades, buscar entre los hombres aquellos de buenas acciones, íntegros de sentimiento y no fiarse en sus vestimentas ostentosas. Él quería que lo valoraran por sus acciones.

–Duved, llegó la hora de dedicarle un tiempo a tu vestuario. Sos un privilegiado, en dos semanas partís al Congreso Sionista Mundial como delegado del partido *Mizraji*, tenés que hacerte un rato y pasar por lo de Shmuel, el sastre, y renovar el traje. Hace tiempo te lo digo y no me escuchas –le dijo Lea.

–¿Qué van a decir Golda Meir y Ben Gurion si me ven entrar con el treintayúnico? –agregó con voz tensa y solemne. Luego rió y nos hizo reír a todas.

Al traje de *shabat* papá lo llamaba el treinta–y–único.

–Por fin vas a cambiar el traje. ¡Todavía no viajaste a Israel y ya empezaron los milagros!

El viaje inminente nos tenía conmocionados. Era la primera vez que alguien de la familia iba a subir a un avión. Finalmente cumpliría el gran anhelo de pisar por primera vez *Eretz Israel*, la Tierra Prometida.

La casa se revolucionó. No sólo hubo que comprar trajes sino también camisas, corbatas, zapatos y valijas. Todo era entusiasmo, revuelo. Los amigos venían a despedirse y a felicitarlo. Traían paquetes y cartas para que él llevara. En Israel todo escaseaba, las condiciones de vida de los inmigrantes eran muy precarias y los familiares aprovechaban la oportunidad para enviar algo. Lea decía que se negara, que él tenía sus propios hermanos, pero papá no sabía decir que no.

El gran día al fin llegó. Subimos al coche super cargado. Parecía que se estiraba como un chicle a medida que entrábamos. Papá iba al volante y el tío Berele, en el asiento del acompañante, tendría la responsabilidad de traernos de vuelta. Atrás íbamos mis hermanas, mamá, dos primos y yo sentados sobre bolsos y valijas. Era inentendible cómo podía entrar tanto en un solo auto.

Acompañarlo al aeropuerto era como si también viajáramos un poco.

Todos queríamos estar allí en el momento tan especial de la despedida: hermanos, sobrinos, cuñados, amigos, hijos. Nos quedamos unos instantes al borde de la pista viendo con fascinación cómo despegaban y aterrizaron los aviones.

– Vas a cumplir la ilusión de nuestras vidas –le dijo Berele.

–Estamos viviendo tiempos únicos. *Beezrat Hashem* que pronto todos los judíos nos encontremos en *Eretz Israel* para celebrar la llegada del *Mashiaj*.

–Amén –respondió Berele y se dieron un fuerte abrazo.

Se armaron rondas y se bailaba y cantaba para despedir a los afortunados viajeros. Me acerqué a papá y tomé mi mano. La sintió fría y vio la expresión de tristeza en mi rostro.

–Vas a ver que pasa rápido –trató de consolarme–. Quiero que se porten bien, que estudien mucho y hagan caso a mami.

Era la primera vez que nos despedíamos por tanto tiempo y además se iba tan lejos y en avión. Me quedé callada. Lo íbamos a extrañar mucho.

–¿Le van a hacer caso? –insistió papá–. Miren que a la vuelta voy a revisar los cuadernos. Lea –agregó–, quedate tranquila, cualquier cosa que necesites lo llamas a Beche. Ya sabes.

¿Cómo describir el instante que tenía que abordar el avión? Besos, cantos, llantos.

Llegó el momento de la partida.

–Duved, buen viaje.

–Saludos a todos.

–Traé *souvenirs*.

Sólo nos quedaba esperar que regresara pronto y que nos contara las anécdotas y experiencias que había tenido. ¿Cómo era *Eretz Israel*? ¿Qué hacían en los *kibutzim*? ¿Sería muy distinto a la Argentina? ¿Irábamos alguna vez a vivir allí? ¿Cómo podíamos hacer para que esas semanas pasaran lo más rápido posible?

Nos quedamos al lado de mamá mientras lo veíamos caminar con pasos agigantados para abordar el avión a tiempo. El sueño y la profecía se estaban cumpliendo. *Al kanfei nesharim* (Sobre alas de águila) dijeron nuestros sabios. La redención iba a ser en alas de un *nesher*. Hace miles de años los profetas vaticinaron lo que hoy la tecnología hacía realidad. El

momento tan esperado llegó. En el avión David guardaba en sus oídos el llanto de la despedida y los deseos de buen viaje. Escuchó la voz de la azafata a través de los parlantes.

– Aerolíneas Argentinas anuncia la partida de su vuelo 406 rum-bo a Roma. Atención, señores pasajeros, ajustarse los cinturones de seguridad. Poner los asientos en posición vertical.

Obedeció de inmediato. Estaba tenso en su primer vuelo. Se sentía como un niño. Le esperaba un viaje largo y cansador. Ni bien cerró los ojos logró abstraerse de sus temores y las primeras lágrimas de alegría comenzaron a caer. Estaba a pocas horas de poner sus pies en la tierra a la cual Moisés no llegó y él tendría el *zejut* de pisarla. Se puso a imaginar cómo sería la recepción en Israel hasta que el sueño logró vencerlo.

Levantó la persiana y la claridad le irritó los ojos. Lentamente pudo recuperar la visión y vio con asombro que estaba por encima de las nubes. Ya estaba por llegar al Aeropuerto Ben Gurión, Se preguntaba si besaría la Tierra Prometida.

Si la despedida había sido emocionante cómo narrar la recepción. El reencuentro con hermanos, cuñados y sobrinos fue indescriptible. Allí estaban todos cantando el *Eveinu shalom aleijem*. Las hermanas lo tironeaban para acapararlo. Jane, le tomó la mano con fuerza.

–No lo puedo creer. ¿Estoy soñando o estoy despierta? Nunca me atreví a imaginar un momento así. Mi hermanito, hecho todo un hombre, acá al lado mío. Cuando te dejé todavía usabas los pantalones cortos y ahora hasta lucís un fino bigote. Te venís al *kibutz* –ordenó con ternura–. Te quedás con nosotros.

Los demás también querían estar con él y Duved se preguntaba dónde ir primero. Por un lado estaban las obligaciones políticas, por el otro, los afectos. En las reuniones partidarias se debatieron grandes temas. *Los judíos habíamos aprendido a morir juntos, necesitábamos aprender a vivir juntos*. El desafío era grande y las discusiones traían luz a los problemas. En los ratos que no tenía reuniones era muy solicitado. La vida en Israel no era nada fácil. Hasta alimentos básicos faltaban. Escuchaba los pedidos y trataba de solucionar los problemas. Se tomaba tiempo para escribirnos unas líneas y preguntar cómo seguía el embarazo de mamá e imaginaba que por fin llegaría el hijo varón tan deseado. Pasaron los días como un

suspiro. Con sus propios ojos vio el milagro del desierto convertido en un vergel. La lucha que habían tenido para secar los pantanos en medio del desierto y la falta de agua y a pesar de ello florecían árboles frutales y flores. De regreso, las valijas estaban llenas de cartas y ropa que amigos y familiares enviaban a su familia en Argentina. Seguía sin saber negarse a hacer favores. De los kilos de equipaje permitidos, la mayoría eran de todos los que le dieron paquetes.

Entre despedidas, besos y abrazos dejó su tierra soñada. En el avión de regreso tenía en mente las discusiones y su compromiso a seguir luchando para que sus hermanos quienes quedaban allí tuvieran una vida más confortable. Sabía que también sería su futura casa. Cuando su tarea en la Argentina lo permitiera se iría a vivir a Israel junto a toda su familia.

Para la recepción en Ezeiza armamos unos carteles de bienvenida. Ni bien lo vimos pasar el portón quisimos ir corriendo a abrazarlo. Tuvimos que esperar a que atravesara todo el corredor y fue él quien vino con largos pasos hacia donde estábamos a abrazarnos con fuerza.

Ya en casa desarmamos las valijas y nos repartió hermosos regalos: discos, libros remeras, adornos. A cada uno que veía le daba un souvenir. Para él era imposible volver con las manos vacías.

–Papá, ¿qué es esto? –pregunté sacando de la valija una bolsita llena con algo blando extraño.

–Esa bolsita está llena de tierra. Hay que guardarla muy bien, Si una persona fallece y no se la puede enterrar en Eretz Israel por lo menos se le echa esta tierra.

–Ah, sí. ¿La trajiste para el *zeide*? –pregunté con curiosidad.

–No lo sé, nunca se sabe –afirmó acariciándome la cabeza.

Sin decir más, la colocó en su estante donde guardaba con mucho cuidado los *tefilín*, el *sidur* y el *talit*. Cuánta razón tenía. La usamos para él.

David estaba trabajando en su oficina cuando sonó el intercomunicador que lo conectaba con su hogar. Era una caja negra con una manivela que había que hacer girar varias veces.

–Duved, se enfría el almuerzo. La comida recalentada no tiene gusto.

–En un ratito cruzo. Tené todo listo que a las tres me encuentro con el ingeniero Feldman. Estamos con mucho trabajo. Vamos a ver un terreno que puede servir para construir la escuela.

Colgó y se alistó para cruzar a casa como un remolino y comer algo. Con Beche habían decidido alquilar una oficina frente a su departamento. Tenían pedida una línea de teléfono a Entel pero el trámite podía extenderse durante meses, incluso años.

El último tiempo David pasaba cada vez más horas en la oficina. Con las ganancias que dejaba el estudio comenzaron a invertir en otros negocios: construcción, fábrica de telas, instituto de belleza y lencería eran los rubros florecientes de la época. El crecimiento laboral, hasta ese momento, había sido paulatino. Cada año estaban un poco mejor y se sumaban nuevos comerciantes a su clientela. El prestigio como contador público y el puesto como vicepresidente de la AMIA hizo que no fuera llamativo que Horowitz y Glaser, los socios de una de las empresas más importantes de la Argentina, quisieran tener una reunión de trabajo con David y Beche.

Nadie parecía saber cómo habían sido los comienzos de la sociedad Horowitz-Glaser y como, en tan poco tiempo, habían logrado formar un imperio. Eran los dueños del Banco Comercial, Textiles Gloria Mayorens y emprendimientos en todo el país.

Llegaron con puntualidad a las oficinas. Mientras esperaban en la recepción tuvieron tiempo de admirar la calidad del edificio. Las instalaciones tenían un lujo y una categoría desconocidas para ellos. Las paredes cubiertas de importantes cuadros, sillones tapizados en cuero y los pisos de roble de Eslovenia. La recepcionista, una hermosa mujer muy bien maquillada, perfumada, de tacos altos y pollera ajustada, finalmente los invitó a pasar a la sala de reuniones. Se sintieron empequeñecidos al ver lo que se presentaba ante ellos. Una mesa como las que se imaginaban en un palacio ocupaba gran parte de la habitación. Había alrededor de 20 sillas como para una reunión de directorio. Horowitz y Glaser los aguardaban de pie al lado de la cabecera.

-Klimovsky, Markel, nos alegran y nos honran con su presencia -los recibió Horowitz con mucha educación.

Se estrecharon las manos con cordial saludo y los invitaron a tomar asiento

-Por favor, el gusto es nuestro -respondieron.

-A vos David, te conozco de AMIA, formo parte de la Comisión

Directiva.

–Sí –afirmó–. Nos cruzamos en varias reuniones.

–Hemos recibido muy buenas referencias de ustedes.

–Te estuve observando y me gusta mucho tu forma de ser. La honestidad, el cumplimiento. Nos encantaría que empiecen a trabajar para nosotros –dijo Glaser–. Desde ya les digo que todos los clientes que tienen hasta hoy no representan ni siquiera una de nuestras pequeñas empresas.

Se miraron de reojo. Hacía rato que no pronunciaban palabra. Como buenos amigos y compinches sabían leerse los pensamientos. La oferta era más que importante. Quedaron impresionados ante semejante propuesta. Dudaron de aventurar una respuesta. ¿Sería posible cumplir con los clientes que tenían y sumar las exigencias de estos empresarios?

–Debemos evaluar la propuesta –comentó David.

La respuesta pareció sorprenderlos. Estaban acostumbrados a que nadie se negara. Horowitz y Glaser prorrumpieron en una sonora carcajada mostrando sus perfectas dentaduras. David levantó los ojos hasta el lugar del que provenían las risas y trató de disimular sus nervios. Horowitz tomó la palabra.

–Vamos, muchachos. ¿Saben cuántos profesionales se morirían por entrar a formar parte de nuestra empresa? En su lugar ya nos hubieran contestado que sí –Horowitz hizo una pausa teatral y continuó hablando–. Es cierto aquello que dicen que cuando empezamos, cómo decirlo, nuestro capital no lo hicimos de la mejor manera. Pero eso fue hace muchos años. Ahora es el momento de hacer las cosas bien. La fortuna ya la hicimos. Queremos construir una empresa intachable. Ahí es cuando entran ustedes en esta historia.

–El Banco Comercial es la fuente de depósitos para gran parte de los comerciantes de nuestra comunidad –siguió Glaser–. Como muestra de confianza nos gustaría que David fuera el síndico de ese emprendimiento. La gente va a estar tranquila al saber que Duved está a cargo de una tarea tan importante.

–Bueno, si es para hacer una obra de bien será un placer formar parte de ese proyecto.

–Además, quisiéramos que se ocupen de la fábrica en Trelew. Estamos por inaugurar una de las plantas más grandes del país y necesitamos a

alguien que asuma la responsabilidad de lograr que todo ande a la perfección. Con respecto a los honorarios estuvimos pensando en un monto fijo más un porcentaje de las ganancias estimado en un 5%.

–Quédense tranquilos. La respuesta es afirmativa. No podemos dejar pasar esta oportunidad. Nos honran con este privilegio.

–No tenemos ninguna duda. Ya verán en el corto tiempo los resultados –afirmaron Horowitz y Glaser.

Se estrecharon las manos y dieron por finalizada la reunión. Acababan de lograr a su cliente más importante. El trabajo resultó absorbente. Los viajes a Trelew se hicieron cada vez con más frecuencia. La planta estaba a punto de inaugurarse y había cientos de temas de infraestructura y de personal por resolver. David llegó a Aeroparque y encontró a sus jefes tomando un café en una confitería del aeropuerto. Ni bien lo vieron acercarse modificaron su tema de conversación y adquirieron un tono amistoso. Aprovecharon ese momento para conversar de los planes para el futuro. Horowitz y Glaser hablaban de nuevos emprendimientos millonarios y papá escuchaba azorado. Una vez que la planta de Trelew estuviera funcionando la idea era proveer de lana a toda Latinoamérica.

Se pusieron en contacto con el dueño de una flota privada que les alquiló un bimotor para poder hacer el viaje. David estaba seguro de que era incalculable el costo de ese pasaje pero ellos se manejaban así. Querían ir y venir en el día y para eso necesitaban tener un avión a disposición. No dejaban de sorprenderlo con sus excentricidades de millonarios. Luego de despegar dijo la *tefi lát haderej* con mucha *kavaná*. El ruido del motor lo fue adormeciendo y se entregó al sueño. Tuvieron viento a favor y llegaron a tiempo para la asamblea.

David estaba cada vez más convencido de que trabajar para Horowitz y Glaser había sido la mejor decisión de su vida y esa convicción la demostraba en los hechos. Puso todos sus ahorros en el Banco Comercial y convenció a amigos y conocidos para que hicieran como él. Creyó en las palabras de sus nuevos empleadores sin tener en cuenta que ante cualquier movimiento extraño él quedaría como el único responsable.

## CAPÍTULO 18

### **Marconi declara su identidad**

Las reuniones con Fernando volvieron a realizarse en casa. Ni mamá ni él volvieron a hablar de ningún tema que no fuera estrictamente comercial. Pero nosotras notamos un cambio de actitud en mamá. Lo que más nos llamó la atención fue que pidió que una de nosotras estuviera presente en las reuniones. Luego de varios encuentros donde sólo se habló de trabajo y creyendo que todo había vuelto a la normalidad mamá se relajó. Él volvía a mostrarse profesional y proactivo. No puso ninguna objeción de volver a reunirse en casa. Tampoco hizo ningún comentario cuando vio que alguna de mis hermanas acompañaba a mamá en las reuniones. Pero el hombre que no aceptaba un no como respuesta en los negocios, demostró comportarse de la misma forma en su vida personal. Fernando, con toda amabilidad, le sugirió a Blime, que estaba acompañando a mamá ese día, que fuera a la cocina y trajera algo caliente para tomar. Una vez solos, volvió a la carga.

–Escuchame Lea –susurró–. No seas cabeza dura. Una mujer necesita del calor de un hombre y yo te lo puedo dar.

–Un no rotundo –dijo Lea–. Es imposible. Además, vos no sos judío.

–¿Y si te confieso que si lo soy?

–¿Qué? Me estás mintiendo.

Mamá creyó que Fernando estaba inventando cualquier pretexto con tal de conseguir su objetivo. Él continuó insistiendo.

–No, no te estoy mintiendo. Soy judío y me llamo Isaac Portnoy. Si querés te lo puedo demostrar.

–¿Cómo puede ser? ¿Y estás casado con Gatti?

–Beatriz es mi socia, ya te lo dije antes. Yo por mi trabajo tengo que usar otra identidad. No te olvides de que soy un cobrador de lo incobrable y necesito contactos para lograr esto. ¿Me entendés?

–Sí, Isaac. Fernando –mamá estaba más que confundida–. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

–Mi verdadero nombre es Isaac. Insisto en nuestra relación –dijo mientras se acercaba hacia donde estaba ella–. No pienses, dejate llevar por este momento –sonreía con falsa serenidad–. Nadie te saca lo vivido. Podemos pasar una noche juntos. Ahora que me estoy sincerando es sólo para demostrarte lo mucho que me importás. A ninguno de mis clientes le hice semejante revelación.

Mamá tomó distancia con elegancia, poniéndose de pie. Se quedó parada al borde de la mesa. No quería que Blime escuchara esa conversación.

–Dejámelo pensar, Fernando... Isaac. No sé actuar por impulso. Tengo a mis hijas, dejámelo pensar.

–Bueno, sólo hasta mañana, a esta misma hora –d o incorporándose–. ¿Me das un beso en la mejilla?

–No, Fernando, nos pueden ver. Hasta mañana.

–Es tan sólo hasta mañana, no más.

Blime volvió de la cocina en el momento de mayor tensión.

–¿Ya se va? ¿No va a tomar el café? –preguntó con inocencia.

–No, gracias. Estoy muy apurado.

Lea se quedó aturdida. El corazón le latía con fuerza. ¿Fernando era Isaac y Gatti no era la esposa? Un vértigo de sospechas la asfixiaba. Parecía tan buena persona y la ayudaba tanto. Decidió hablar con sus hijas para ver qué le aconsejaban. La cara que pondría cuando se enteraran de que en realidad Fernando era Isaac.

Cenábamos en el comedor diario, cada una comentaba cómo había sido su día hasta que mamá nos interrumpió y pidió silencio.

– Hoy Fernando me hizo una gran revelación. Estoy confundida pero creo que esto demuestra la confianza que nos tiene ya que por su trabajo debe ocultar algunos pormenores de su identidad.

Hoy me confirmó que su nombre verdadero es Isaac Portnoy y además es judío.

-¿Fernando es judío y se llama Isaac? ¡Ay, mamá!

-Es verdad, chicas. Bah, por lo menos es lo que él me confirmó.

-¿Y si se llama así por qué no lo dijo desde el principio?

-No podía revelar esta verdadera identidad por su trabajo.

-¿Y Beatriz Gatti? ¿Está casado con una *goie* o ella también es judía?

Mamá, yo te acompañé a la casa. Viven arriba de nuestro departamento en Tucumán. ¿Acaso te olvidaste?

-Según él -continuó Lea con las revelaciones-, Beatriz no es su esposa sino que es simplemente una socia. Yo tampoco sé bien qué creer chicas.

-Hay que ver el lado positivo. Ahora que sabemos que es judío probablemente nos sintamos más cómodas y podamos invitarlo a *shabat* a cenar con nosotras -sugirió Blime.

-Es una buena idea. Pero me faltó contarles una parte: quiere que salga con él y seamos algo más que amigos. Eso lo pensé y por ahora no puede ser. Mi obligación como madre es casarlas y después ver qué hago. No puedo pensar ahora en mí. Lo que él pretende hoy por hoy es imposible. Mañana cuando venga se lo voy a decir. Yo me debo a ustedes, a mi familia. No puedo hacer otra cosa más que seguir planeando las bodas de mis hijas. Luego veré -evaluó dentro de su corazón.

La idea de empezar una nueva relación la descartó inmediatamente. Eso sería así.

-Mamá, esto lo pienso yo, pero creo que estoy hablando por todas. Queremos que sepas que tenés nuestro apoyo. Pero cuidáte.

-Gracias, chicas. Me encanta saber que puedo contar con ustedes.

## David Vicepresidente

Sonó el timbre. Era el Ingeniero Slutzky, la primera reunión del día. Tenía un estudio de arquitectura y estaba levantando varios edificios en la zona del Once. En el barrio todo estaba por hacerse, la población aumentaba cada día y la construcción vivía su apogeo. David comenzaba a asociarse en proyectos. Había llegado al estudio recomendado por Yanovsky, un fabricante de telas que invertía su capital en propiedades. A veces iba a lo seguro, otras ayudaba a alguien que estaba empezando o arriesgaba capital en proyectos grandes a largo plazo. Slutzky se había acercado al estudio con una propuesta.

Duved, empiezo a construir un edificio en Ecuador al 900 la semana que viene. ¿Querés entrar de pozo?

–Me interesa. ¿Cuáles son las condiciones? –se dispuso a escuchar con atención la propuesta.

– La idea es terminar la obra en dos años.

Calculo que podés duplicar el capital. La propuesta le pareció atractiva. Era la primera vez que David

iba a invertir en construcción.

–Anotáme con uno... No, mejor con dos departamentos.

–Excelente. Te tengo al tanto si surge algo nuevo. Siempre hay construcciones que están empezando.

–Dale, gracias.

–Bienvenido al mundo de la construcción. Vas a ver que no te vas a arrepentir. El fuerte vínculo con sus clientes le permitía a David hacer operaciones de palabra.

-Tenés que anotar, Duved. No podés ser tan confiado -lo amonestaba Beche.

-Soy su contador. ¿Acaso se van a escapar de mí? -respondía David en tono de broma-. Me ofreció una inversión fantástica con lo cual podemos duplicar el capital. Mañana te cuento.

Al final del día, David cerró la oficina y cruzó a casa. Recordó que desde el mediodía no había probado bocado. Lea lo esperaba despierta. Las chicas dormían, la casa estaba en penumbras.

-Disculpá la demora.

-Te conozco -suspiró-. Querés hacer el trabajo de una semana en un solo día. -le dijo con una sonrisa-.

David se sonrojó y bajó la mirada. Alcanzó a ver como su esposa iba a la cocina a recalentar la cena y volvía con un plato de comida, como siempre muy gustosa

-Estás trabajando mucho.

-Estoy apostando a futuro. Quiero que vos y las chicas tengan todo lo material y espiritual que necesiten. Ni bien llegamos a Mar del Plata dejo de hablar de trabajo -se comprometió David-.

El viaje a Israel había sido un éxito y los frutos del vínculo con Horowitz y Glaser comenzaban a verse. Papá se había contactado con las personalidades judías más relevantes de la época. En el Congreso Sionista Mundial se trataron temas candentes de la comunidad argentina, una de las más grandes del mundo, del trabajo que se estaba realizando en AMIA y de las perspectivas para el futuro y su relación incondicional con el Estado de Israel. Poco a poco volvíamos a nuestra rutina de todos los días. Una noche nos sentamos todas en la mesa. Éramos su corte de mujeres. Mamá era la reina y nosotras las princesas. El olor a pollo al horno invadía el living. Faltaba poco para la cena. Esperábamos un anuncio importante. Sabíamos que cuando papá quería hablar con nosotras antes de cenar era porque tenía algo nuevo para contarnos.

-Querida Lea, hijas mías -estaba de buen humor y empezó con el tono de voz que usaba para los discursos-. Me corresponde a mí, como hombre de esta casa, ser el que les transmita esta agradable noticia: el edificio de la calle Ecuador 906 que compré en construcción

ya está terminado. Nos mudamos en treinta días.

–¡Bien! –gritamos de alegría.

–¿Voy a tener mi propio cuarto? –quiso saber Blime.

–¿Qué es eso de un cuarto para vos sola? Las habitaciones debemos compartirlas. Para crecer hay que acostumbrarse a convivir con los demás.

–Yo no me quiero ir. Me gusta esta casa. Las paredes son mis confidentes –dije.

–Una vez que te acostumbres te va a encantar.

–Mamá, ¿vos sabías de esta sorpresa? ¿Cómo no nos dijiste nada? –le preguntó Alicia.

–Quería que papá les diera la noticia.

–¿Tenés pensado qué vamos a hacer con este departamento? –consultó Lea.

–¿Conoces a los Lakerman?

–Sí, una de las hijas estudia con Blimele.

–Tienen 7 hijos. Me vino a ver el padre el otro día. Está sin trabajo. No tiene para pagar un alquiler. Le vamos a prestar el departamento por un tiempo, hasta que mejoren un poco su situación.

–¿Y la *bobe*? ¿Por qué no se viene a vivir con nosotros? –quise saber.

–Es una excelente idea pero ustedes saben como es la *bobe*. Ella se siente cómoda donde está. Les voy a hacer una confidencia. Hace poco le ofrecí regalarle un departamento.

–¿Y qué te dijo?

–Casi me saca corriendo con la escoba.

No pudimos evitar la risa. Estábamos contentas y entusiasmadas por la mudanza. Teníamos muchas ganas de conocer nuestro nuevo hogar.

Llegó el día de ir al departamento nuevo. Nunca habíamos visto tantas comodidades juntas. Ascensor, portero eléctrico, aire acondicionado, lavarropas, heladera y tocadiscos. Nuestra primera reacción fue querer tocar todos los botones de los artefactos que veíamos, pero papá se dio cuenta de lo que tramábamos y en seguida nos advirtió.

–Chicas, esta casa es un sueño hecho realidad tanto para mamá como para mí. Así que hay que cuidarla.

Una pieza la ocupamos Norita, Blime y yo. En la otra estaban Alicia y la Negra.

–Bueno, estos son sus cuartos.

–¿Qué les parece si les ponemos nombres a las piezas? – sugirió Blime.

La idea nos encantó y la adoptamos en seguida. Escribí la palabra *kalaniot* en una cartulina de color y la colgué en la puerta de nuestra habitación. Cuando la vio Alicia puso un cartel en su cuarto que decía *buba* con témperas de colores. Ya teníamos habitaciones con nombres que nos representaban. Papá pasó y vio las piezas decoradas con carteles.

–Me encantó chicas. Me parece muy creativo. Se me ocurrió algo que no sé si van a poder hacer porque es muy difícil –dijo recurriendo a la técnica que usaba cuando quería lograr algo de nosotras–. Cada una de ustedes será responsable de su habitación. Tiene que estar limpia y ordenada. En *shabat* voy a inspeccionar y le voy a dar puntos a fin de mes a la habitación que esté mejor.

–¿La podemos decorar?

Papá pensó unos instantes.

–Claro, mientras no manchen con pintura las paredes –sentenció.

La competencia oficial había comenzado. Íbamos a ver quién cuidaba, mantenía y decoraba mejor su habitación. Cada una empezó con los preparativos. Pasaban los días y nos llamaba la atención que papá no comentara nada sobre el tema. Tenía tanto trabajo que llegamos a creer que había olvidado el juego que él mismo nos propuso.

Nuestras hermanas no querían contarnos qué estaban haciendo y nosotras tampoco les pasábamos información. Las veíamos cuchichear y reír entre ellas y eso era para nosotras una señal de que debíamos esforzarnos por superarlas. Norita y Blime hicieron un dibujo y yo escribí una poesía que colocamos en una carpeta comprada especialmente para la ocasión.

Llegó el día esperado y estábamos nerviosas. Queríamos saber qué opinaría papá de nuestros cuartos. Pero no pronunció palabra. En el almuerzo hizo un comentario sobre la *parashá*, nos preguntó cómo nos estaba yendo en la escuela y quiso ver nuestros cuadernos. Nosotras nos mirábamos sorprendidas. ¿Cuándo llegaba la parte de ver los cuartos? Luego de recitar el *bircat hamazon* se incorporó y dijo:

–Bueno, me voy a dormir la siesta –y al ver nuestras caras de desilusión agregó: y cuando me levante quiero ir a ver cómo están *buba* y *kalaniot*.

Cuando papá se despertó lo esperaban dos agasajos importantes. En cada una de las habitaciones había papas fritas, aceitunas y bebida.

–Adelante –dijimos con mis hermanas cuando escuchamos que golpeaban la puerta de nuestra pieza.

Papá entró muy serio y comenzó con la inspección. Miró en forma exagerada si las camas estaban bien hechas. Abrió el placard y vio que la ropa estaba ordenada.

–¿Desea tomar algo? –le preguntamos.

–¿Qué me pueden ofrecer?

–Hay agua fría y jugo de naranja.

–Jugo está bien.

Le alcanzamos una bandeja con el jugo y los productos de copetín. Papá nos miraba divertido y sorprendido. Se sentó en la cama.

–Por lo general está prohibido comer en las habitaciones, hoy hacemos una excepción.

Dijo la *brajá* por las aceitunas, las papas y el jugo y le alcanzamos el cuaderno con los dibujos y la poesía.

–Esto está excelente –exclamaba mientras pasaba las hojas–. ¿Lo hicieron ustedes?

Después de la visita por *kalaniot* se dirigió al *jeder buba*. También se habían esmerado y a papá se le hacía muy difícil decidir calificarlos.

– *Meidalaj*, les tengo que agradecer el momento que me hicieron pasar. Les felicito, las habitaciones estaban perfectas. Llegó el momento de los puntajes. *kalaniot* tiene 100 puntos y *buba* también va a tener 100 puntos. Estuvo muy parejo. La semana que viene seguimos.

Y así fue, la competencia entre *buba* y *kalaniot* duró muchos de los *shabatot* que pasamos en esa casa. Con el tiempo fuimos perfeccionando las meriendas y la decoración. Poesías, globos, copetines, carpetas con dibujos, cuentos, guirnaldas, teatro. Todo valía para sorprender y agasajar a papá. El premio era un puntaje simbólico y con mis hermanas nos divertíamos. Saber que papá iba a venir a las piezas y teníamos que recibirlo era un motivo más para desear que llegara *shabat*. Y mamá

también estaba contenta. No nos tenía que pedir que ordenáramos, lo hacíamos solas esperando que nuestra pieza sea la ganadora. Recordar estos momentos me retrotrae a la etapa más linda de mi infancia.

A los pocos meses de vivir allí los Plitlik se mudaron al quinto piso y subíamos a jugar a divertirnos con los primos. Inventábamos canciones que Silvio acompañaba con el piano. Cuando nos hicimos más grandes los juegos dieron paso a las discusiones ideológicas.

–Yo tenía cuatro juegos de cubiertos: uno de carne y uno de leche para todo el año y dos vajillas más para Pesaj –dijo un día la tía Libe–. Hoy tengo cinco: se sumaron los cubiertos para la pizza de jamón que comen mis hijos.

David sufría cuando escuchaba estos comentarios y más cuando provenían de su propia familia. Para que una casa siga siendo judía se deben respetar los preceptos y el *kasher* es uno de los más importantes.

La llegada del famoso cantante Rabí Shlomo Carlebach a la Argentina tenía convulsionada a la comunidad judía. Con su música había logrado inspirar a miles de jóvenes judíos de todo el mundo. Sus canciones eran *tefilot* y sus melodías lentamente fueron incorporándose a nuestros rezos. Su voz sonaba en los equipos de música de cada casa una y otra vez. La AMIA, por comisión directiva, resolvió traerlo para realizar una serie de recitales. Estábamos ansiosas por ir al show. Un mes antes de su llegada ya nos habíamos asegurado nuestras localidades. Era la primera vez que iríamos a un recital. Nos llamó la atención cuando papá nos reunió para anunciarnos que Carlebach llegaba a Buenos Aires, algo que ya sabíamos desde hace tiempo.

–Chicas, la semana que viene, el jueves para ser más exactos, a las 21 horas se realizará en el Teatro Gran Rex el tan esperado recital de Rabí Shlomo Carlebach.

–¡Ya sabemos, papá! ¡Tenemos entradas!

Sonrió enigmático y aguardó un instante antes de retomar la palabra.

–Y, además, *shabat* por la noche, con el permiso de mamá, lo invité a cenar a casa.

Nos miramos sorprendidas. Era una noticia que no esperábamos.

¡Habitualmente, en la cena de shabat teníamos invitados pero esta vez era Rabí Shlomo Carlebach quien iba a cenar en nuestra casa! La buena nueva cambió nuestro ritmo de vida. Al otro día comenzamos a organizarnos para recibir a tan ilustre visita.

El miércoles anterior comenzábamos con los preparativos para *shabat*. Lea tenía la responsabilidad de la cocina. Aunque ya teníamos heladera, la conservación de los alimentos era por poco tiempo, mucho más en épocas de calor. Nos esmeramos para que la cena luciera de la mejor forma posible. El aroma típico del viernes se hacía sentir en los corredores. Las *jalot* tibias, el pescado, el pollo eran parte de una fiesta que se repetía cada semana. Pusimos la mesa con cubiertos de plata y copas de cristal, platos de porcelana dignos de la casa del vicepresidente de AMIA. No fue la única visita ilustre que pasó por casa: *rabanim*, ministros de Israel engalanaban nuestros *shabatot*. Por supuesto que nadie esperaba nada de nuestras visitas. La misión era atenderlos y compartir. Pero esta vez era diferente. Estábamos ilusionadas con oírlo cantar en la intimidad y para nosotros solos.

El gran día llegó. Después del *Bet Hakneset* los hombres vinieron a casa. La cena estuvo espléndida. El pollo con compota de manzana ácida dio que hablar. Con mis hermanas mirábamos al Rabí esperando que en cualquier momento se pusiera a cantar. Pero los minutos pasaban y los hombres continuaban conversando. Pensamos que estaría esperando que termináramos de comer. Luego de la cena papá sugirió:

–Rabí, a las chicas les encantaría escucharlo.

Carlebach hizo un gesto de que estaba cansado por el viaje y luego se señaló la garganta queriendo decir que no quería exigir su voz. Nos miró y sonrió apesumbrado. Vio la decepción reflejada en nuestros rostros.

–¿Van a ir al recital, no? –nos preguntó en hebreo–. Ahí puedo dedicarles una canción.

La propuesta nos decepcionó, en *shabat* es *mitzvá* cantar *zmirot* para alegrar la mesa. Esperábamos que nos deleitara en privado con alguna de sus canciones. Carlebach estuvo en casa pero no lo escuchamos cantar. ¡Qué desilusión!

Con mi prima Talma nos acomodamos en las butacas del cine. Teníamos 13 años y eran demasiado grandes para nosotras. Nos pusimos cómodas y esperamos impacientes que comenzara la película. Nos fascinaba la magia del cine continuado. Las luces se apagaban de a poco, la gente hacía un respetuoso silencio. Aplaudíamos cuando los buenos vencían a los malos y suspirábamos de amor cuando aparecían los galanes en la pantalla. Antes del film, por un convenio con el gobierno, los cines tenían la obligación de darle trabajo a artistas en vivo. Por eso antes, de que comenzara la función actuaban distintos artistas. Esta vez nos tocó un hombre vestido de traje que subió con un micrófono a contar chistes. La sala estaba llena y se escuchaban algunas risas pero nosotras nos aburríamos. Mientras esperábamos que terminara su rutina mi prima me convidó un sándwich de queso, siempre teníamos provisiones

El humorista dio por finalizada su rutina y se retiró del escenario. Aplaudimos de contentas porque había finalizado. Antes de que empezara la película comenzó *Sucesos Argentinos*, el clásico informativo con las novedades más importantes que ocurrían en el país. Pasaban las imágenes y nos íbamos enterando que el presidente Illia había lanzado nuevos planes para los trabajadores, Boca le ganó a River y que Textiles Gloria inauguraba una planta en Río Negro. Yo comía mi sándwich sin prestar mucha atención a las imágenes cuando sentí que mi prima me codeaba.

–Ite, ¿ese no es tu papá?

Miré la pantalla y no lo podía creer. Papá estaba allí dando un discurso en la inauguración de la planta de Río Negro y aparecía en *Sucesos Argentinos*. No podía salir de mi asombro. Después empezó la película, pero mi cabeza estaba en otro lado. Quería salir del cine y contarle a toda la familia que lo había visto en una pantalla gigante.

Miré el reloj de oro que mis padres me habían regalado para el *Bat* y eran las seis de la tarde. Teníamos que salir y esperar en la puerta del cine. Esperábamos que pasaran a buscarnos. Nos sorprendió ver a mamá bajar del colectivo. Con gesto indignado se acercó hacia donde estábamos nosotras.

–Ite, Talma. ¿Cómo la pasaron? –preguntó refunfuñando.

–Bien, má. ¿Sabías que papá salió en *Sucesos Argentinos*? –le conté

entusiasmada.

-No me hables de tu papá -respondió mamá muy seca.

-¿Por qué ¿Estás enojada? ¿Y por qué no vinieron a buscarnos con el auto? -le pregunté.

-Porque a tu papá se le ocurrió prestárselo al tío Moishe. Si no es Moishe, es Berele y si no a algún empleado suyo. Parece el auto del pueblo.

-Bueno, mamá -la quise consolar-. Sabés que a papá le gusta hacer *josed*.

-Ya lo sé, Ite. Pero a mí también me gustaría usar el auto. ¿Podrían hacer *josed* conmigo, no?

Le sonreí.

-Creo que vas a tener que hablar con papá, aunque dudo que puedas cambiarlo.

-Tenés razón, Ite. ¿Qué voy a hacer? Vengan, vamos a la parada a esperar el colectivo.

## La mafia entre nosotros

Mamá recibió a Fernando con frialdad. Luego de la charla con nosotras había obtenido la seguridad que le faltaba. Tenía claro qué quería hacer con su vida y Fernando no era la persona con la que se sentía acompañada. Hubo algo en él que la hizo tomar distancia. Ese doble discurso de no saber si era *ieudí* ni tampoco poder estar segura si estaba casado, no le cerraba. De golpe se dio cuenta de que estaba poniendo demasiada confianza en Marconi que, al fin de cuentas, no era más que un desconocido. Fernando notó que algo raro estaba sucediendo y él también cambió su forma de ser. De repente, esa persona comprensiva y bondadosa dio paso a una faceta de él que no habíamos visto. Ni bien mamá le dijo que no quería saber nada con él y que estaba hablando en serio, conocimos al verdadero Fernando Marconi. Parecía una bomba antes de explotar

–Lea, se me terminó la paciencia –le dijo subiendo el tono de voz, colérico–. Como veo que lo nuestro no prospera ya no tengo más tiempo. Como estás escuchando. Si no querés estar conmigo a mí ya no me importa. Quiero terminar con este trabajo y necesito que me firmes por todo –sus ojos echaban fuego.

–¿Cómo Fernando? No entiendo.

–Sí, como escuchás. De esto se trata, exactamente. Los honorarios cambiaron. Ahora quiero la mitad de todo –Marconi se había sacado la careta y lucía auténtico por primera vez–. Mirá, yo te explico. Te lo hago rápido. Yo trabajo para la mafia de defalcadores de viudas, de guantes

blancos. Si a la brevedad no me firman lo que te pido que te quede claro: yo conozco todos los movimientos de tu familia. Cuidate con lo que te estoy diciendo, ¿entendés? Abrí bien los oídos, esto es así. Firman o les puede costar la vida. Lea te doy un par de días, no más. Ya tengo otro caso de una viuda que me está esperando. No puedo perder más tiempo. Dame lo que me corresponde. Fueron seis meses de paciencia.

Lea quedó petrificada, al borde del desmayo. El encanto y la seducción de Fernando habían sido tan sólo un teatro. Había creado un personaje con el solo objetivo de sacarnos plata y ahora tenía intenciones de seguir hasta quedarse con el último centavo. No podía ser cierto. Marconi siguió con su monólogo.

–Te doy 48 horas para que converses con las mocosas de tus hijas y las convezas para que me firmen. Te aclaro, esto es una amenaza –dijo señalando con el dedo la cabeza. Tomó a mamá del brazo y la llevó hasta la ventana–. Además, ¿ves mi coche? ¿Ves al señor que está adentro? –le dijo mientras le mostraba a un hombre con una cicatriz en el rostro que dormitaba en el asiento del acompañante–. Es mi guardaespaldas y va armado.

Mamá quedó pálida como una hoja. Le costó mantener la compostura y enfrentar esta nueva realidad. ¿Cómo comunicarles a las chicas que Fernando no era un cobrador de lo incobrable sino un ladrón de guante blanco? Cuando llegamos a casa nos transmitió la noticia con lágrimas en los ojos. Usaba términos como “defalcador de viudas” o “ladrón de guante blanco”. Nosotras nunca habíamos escuchado hablar de eso pero veíamos que mamá estaba asustada.

–Chicas, tenemos que hacer lo que dice.

–Mamá, ni loca le vamos a dar lo que pide. Tenemos que defender las cosas que dejó papá con uñas y dientes. Yo no le firmo nada –dijo desafiante.

–Ite, bajá el tono de voz. Yo estoy dispuesta a darle todo. No nos queda otra salida.

Mamá no entraba en razones y yo, inconciente del peligro, quería enfrentarme a Marconi. Me parecía injusto que se quedara con aquello que no le correspondía. Fui a llamar por teléfono a Guillermo, el único que me entendía.

–Guillermo, ¿te enteraste? Estoy desesperada. Fernando no es un cobrador de lo incobrible. Dice que trabaja para la mafia que desfalca viudas y nos da un par de días para que le firmemos todo. Se cansó de esperar, quiere todo.

Guillermo, mientras me escuchaba con atención, pensaba cuáles eran los pasos a seguir. De pronto, como en un torbellino, nos vimos envueltos en una trama detectivesca.

–Ite, escuchame un minuto. ¿Quién es ese Fernando? ¿No dijo que es Isaac Portnoy y que es judío? Ese hombre miente –Guillermo intentaba atar cabos–. Quizás tenga una doble vida. Hagamos algo. Busquemos en la guía el nombre de Isaac Portnoy. Si figura tomamos la dirección. Quizás podamos encontrar algo importante. Yo me voy a jugar y voy a ir a ese domicilio y ver qué pasa.

La idea me parecía arriesgada pero efectiva. A los diecisiete años pensaba más en vivir la aventura que en la peligrosidad de mis actos.

–Esperá un segundo –le dije–. Tengo la foto que hace poco revelamos del cumple de Norita. Con esa foto podés ir a la dirección de Portnoy.

–Dale, la paso a buscar. Después te cuento cómo me fue en lo de Isaac... Fernando, ya no sé cómo llamarlo –dijo dándole un toque de humor a la situación.

–No se te ocurra ir solo –le advertí.

–Le pido a Dodi, el novio de Blime, que me acompañe. Escucháme bien, no le digas ni una palabra a tu mamá. Está muy asustada y tiembla por nosotros. Esta noche nos encontramos en casa del tío Berele y vemos cómo seguimos, ¿ok?

## Realizando sueños

Era una época de mucha exigencia para David. Repartía su tiempo entre el trabajo, el estudio, la familia, la actividad política y Boca Juniors, su otra debilidad. Las reuniones en la *Mizraji* duraban hasta altas horas de la noche. Allí se debatían temas prácticos y filosóficos y en cierta oportunidad Abraham Bendersky fue el que se levantó y pidió la palabra.

– Déjenme decirles algo y no me malinterpreten. Ya tenemos nuestra *Medinat Israel*, la tierra que siempre soñamos. ¿Qué hacemos acá echando raíces? ¿No deberíamos hacer todos *aliá* en lugar de discutir la construcción de un nuevo colegio y transformarnos en sionistas de salón? –preguntó con voz sincera.

Todos quedaron sorprendidos y al borde de la emoción ante este planteo tan acertado. David tomó la palabra.

– La pregunta es excelente, Abraham. De hecho, me la hago todos los días. Tené en cuenta que, además, nosotros le decimos a la gente que viaje a Israel, pero nos quedamos acá en la Argentina. ¿Es contradictorio? Esperá, antes de que me contestes, como buen judío, me veo obligado a responderte con otra pregunta. ¿Cuál es un buen dirigente? ¿El que se va primero o el que hace que los demás vayan y cumplan el objetivo? –la pregunta pareció, nuevamente, descolocarlos a todos–. Debemos hacer como nuestros profetas y asumir nuestra misión. Ser al mismo tiempo predicadores y protagonistas de la historia. Sacudir a los demás, comprometerlos con la causa e infundir fuerza y esperanza. Si te vas das el ejemplo, es cierto. Te agrego algo más: construir *Eretz Israel*

va a traer al *Mashiaj* y la reconstruc

cion del templo de Jerusalem. Pero es poco lo que podés hacer desde Israel con los que se quedan acá. Si te quedás como lider mantenés el contacto, podés hablarles sobre la importancia de vivir en *Eretz Israel* y hacer *aliá*. Yo soy el primero que quiere ir a vivir allí, pero cuando sea el momento indicado. Tenemos mucho trabajo en la Argentina.

Los amigos intelectuales y visionarios entendieron el mensaje. El fascinaba con sus palabras sinceras. Continuaron la sesión donde se leyó una carta que llegaba desde Israel que proponía varios nombres para el colegio secundario. Uno de ellos era *Talpiot, Tel-Piot* (se refiere a la colina de las plegarias, la colina donde todos los rezos se dirigen, el lugar donde se construirá el Gran Templo en Jerusalem que también lleva ese nombre, la zona más cercana al Muro de los Lamentos). Por amplia mayoría aceptaron ese nombre que trajo aun mas entusiasmo para continuar con el proyecto.

Había algo que papá no decía en las reuniones porque era algo privado que prefería no compartir, pero desde hacía unos meses había comprado un terreno en Israel. Pensaba construir allí un hogar para ir a vivir dentro de unos años.

–Disculpen, *javerim*, se me hizo tarde –dijo ni bien entró a la sala del primer piso donde sesionaba la Comisión de Accion Social de AMIA.

La reunión era muy importante ya que se resolvían en el momento cosas de suma relevancia.

–Despreocupate David, te estábamos esperando. Hoy trataremos varios temas. El Rav Zolti solicita un mediador para solucionar un conflicto muy serio.

–Yo me ofrezco –dijo David de inmediato–. Fijen día, hora y lugar que voy a tratar de resolverlo.

–La Comisión Directiva del movimiento religioso *Mizraji* solicita fondos para comenzar la construcción del edificio en la calle Azcuénaga –leyó el Presidente de la Subcomisión.

David tenía las manos húmedas de los nervios, el corazón comenzó latir con fuerza, nunca imaginó que estaría tan nervioso. De la resolución

dependía el éxito de su proyecto maspreciado, su sueño más ambicioso. Luego de arduas discusiones se aceptó y se otorgó un millón quinientos mil pesos.

Sabía que era sólo el comienzo, pero era un buen augurio. Su idea en el corto plazo tomaba cada vez más forma y dejaba de ser una utopía. Tenía múltiples objetivos como dirigente. Quería ver renacer a la comunidad judía argentina. Sentía que hacían falta rabinos ortodoxos que entendieran a la gente, que hablaran su idioma. Luego de su viaje a Israel comprobó que el sionismo estaba en su apogeo.

El proyecto de becar a cuatro *rabanim* argentinos para que obtuvieran la *smijá* en Israel con la condición de que luego volvieran para ejercer en la Comunidad fue acaloradamente debatido, ya que representaba un presupuesto importante. Finalmente fue aprobado y se seleccionaron a los afortunados jóvenes estudiantes ortodoxos para rabinos. Entre los elegidos estaba Shlomo Benhamú quien, más adelante, sería el *Rav Harashí* de la comunidad judía argentina. Un logro de David, que siempre iba por más.

Así, ayudando a las personas con nombre y apellido o a las instituciones, transcurrían las reuniones de la Comisión de Acción Social. Esa noche obtuvo dos grandes logros. La aceptación de la capacitación de los *rabanim* y los fondos para comenzar la construcción del colegio. Cuando vieran los primeros ladrillos, D-s mediante, el resto sería más fácil. Su sueño, lentamente, comenzaba a tener forma.

Muchos años más tarde, cuando los rabinos ya estaban ejerciendo, papá volvió a pedir la palabra para solicitar una mejora en el proyecto.

-Señor presidente, ¿qué les vamos a ofrecer a estos jóvenes rabinos que sacrifican su tiempo por la comunidad? Cada vez que llega una festividad es un gasto extra para ellos. Reciben visitas y deben afrontar estos gastos con intranquilidad. Por eso propongo un aguinaldo extra para ellos, efectivo en el mes de *Elul*, el mes de las altas fiestas.

Lo que solicitaba parecía lógico pero no dejaba de ser un gasto grande y, además, ¿qué opinarían los demás empleados de AMIA al respecto? Igualmente, luego de arduas discusiones, David logró su objetivo y aprobaron el aguinaldo especial para los *rabanim*.

Entre sus múltiples actividades, la búsqueda de un lugar en el cual

funcionara el colegio *Talpiot* pasó a demandarle cada vez más horas. Intentaba encontrar, en forma incansable, un lugar ideal: debía estar bien ubicado y cumplir con muchos requisitos. La opción que barajaba era adquirir una propiedad que hubiera funcionado como colegio y adaptarlo. Parecía una solución práctica, sencilla y expeditiva. Sabía que el proyecto iba a tener múltiples dificultades en su desarrollo, pero nunca pensó que encontrar el lugar iba a ser tan complejo.

–Cuando querés hacer una *mitzvá leshem shamaim* –nos decía–, el *ietzer hará* se pone más fuerte para intentar que no logres hacerla. Que nos cueste tanto es la prueba, es señal de que debemos continuar.

La búsqueda era agotadora. Abrió los clasificados del diario del domingo con la esperanza de encontrar lo soñado. Pero antes de cerrarlo, por curiosidad, miró la parte de lotes y terrenos. Encontró un aviso de gran tamaño, con un mensaje que parecía dirigido a él. No podía creer lo que estaba viendo.

–Chicas vengan un minuto. Lean en voz alta lo que dice este aviso.

–Se vende lote. Excelente ubicación. Azcuénaga 763.

Al otro día, con compañeros de Comisión, fueron a ver el terreno. El entusiasmo era generalizado, habían encontrado el lugar ideal. Estaba en el centro neurálgico de la comunidad judía en el barrio de Once. Finalmente, la opción impensada terminó siendo la que resultó. Los hombres nos proponemos objetivos, hacemos planes, creemos que las cosas van a ser de una manera, pero *Hashem* es el que dirige al mundo y las soluciones llegan por donde uno menos las espera.

Construirlo desde los cimientos sería una actividad mucho más complicada de lo que imaginaba. Darse por vencido, ni soñarlo. Las generaciones venideras necesitaban una escuela integral y eso era lo que iban a hacer. Se llamó a una licitación entre distintos ingenieros para que presentaran proyectos y se decidió que el ingeniero Feldman, por ser parte de la Comisión Directiva, sería el responsable de la obra. Desde Israel llegaron más fondos pero a medida que avanzaban se daban cuenta de que lo recaudado no era suficiente.

Papá se enfrentaba al proyecto más ambicioso de su vida pero sentía que estaba preparado para cumplirlo. Hacía falta más y él sabía cómo llegar a los corazones de los judíos para conseguir los aportes que

faltaban. Una de sus grandes virtudes fue saber cómo decir las cosas. Para él la forma de hablar era tan importante como lo que estaba diciendo. Y si hay algo que lo destacaba era que apoyaba sus palabras con el ejemplo. Al ser un hombre que donaba, tenía credibilidad para que los demás se sumaran a su aporte. Todas las semanas íbamos hasta el lugar y veíamos los avances de la construcción.

–Ahí va a estar tu pupitre –me decía señalando unos escombros.

Un día, caminando por Azcuénaga, nos encontramos con Alberto Poplavsky, un amigo. Se acercó hacia donde estábamos y se abrazaron cálidamente.

–¡Beto! *¡Mazl tov!* Te felicito por el casamiento de tu hija.

–Gracias. Muchas gracias. La *jupá* estuvo preciosa y la fi esta imperdible.

–*Baruj Hashem.*

–¿Te conté cómo hacían en Europa cuando organizaban un casamiento?

–Nunca me contaste al respecto.

–Cuando había una celebración siempre se acordaban de los pobres, preparaban una mesa especial y los invitaban para que pudieran participar del evento.

–Es una buena idea, lástima no haberlo sabido antes.

–Beto, todavía estás a tiempo. Podés donar para el proyecto del colegio. Cumplís una *mitzvá* que además forma parte de la *simjá* del casamiento de tu hija.

Beto abrió su billetera, sacó un billete y se lo extendió a David que se quedó mirando el dinero con una expresión extraña.

– Mirá –le aclaró–. En Europa donaban una mesa llena de comida para que decenas de necesitados participaran de la alegría, no era una limosna.

Beto entendió el mensaje. Guardó el billete y sacó la chequera.

–Me convenciste.

Libró un cheque con un importe digno y se lo extendió. David lo

tomó y le agradeció.

– El que tengo que agradecer soy yo, ya que vos tomás de tu tiempo para hacer algo por todos mientras otros estamos cómodos en nuestras

casas. Además, te confieso, cuando termine la obra tengo pensado mandar a mis hijos a este secundario.

– Te espero el día de la inauguración. No me falles, nos vemos pronto.

– Voy a ir con amigos, va a ser todo un evento.

Se dieron un abrazo. Definitivamente, papá sabía cómo pedir y obtener excelentes resultados.

## Grandes desafíos

En la guía telefónica Guillermo encontró la dirección de un tal Isaac Portnoy. Se propuso ir a tocar el timbre. Con probar no se perdía nada. Por ahí teníamos suerte y nos atendía la esposa y le podríamos pedir información con la foto que teníamos en nuestro poder. Necesitábamos averiguar la verdad y saber con quién estábamos tratando. Dodi y Guillermo serían los encargados de llevar adelante la misión.

A la mañana siguiente, ambos estaban parados frente a la puerta del edificio. Vestían de traje para aparentar más edad de la que tenían. Dudaban si tocar el timbre era lo mejor. ¿Con qué escenario se encontrarían?

–¿Qué hacemos, Guillermo? ¿Tocamos?

–Y sí, toquemos. Ya vinimos hasta acá.

–¿Y si este Marconi es un tipo peligroso? No le va a gustar nada que lo desenmascaremos.

–Mirá, peor que ahora seguro que no vamos a estar. Hagamos una cosa. Yo subo y me presento. Vos quedate acá abajo. Si en una hora no vuelvo andá a llamar a la policía.

A Dodi el acuerdo le pareció justo, no tenía que subir al departamento. Guillermo entró al edificio aprovechando que salía un vecino y tocó el timbre del departamento. Contaba con que Marconi estuviera trabajando. Si se lo llegaba a cruzar no sabría qué excusa decirle. Pasaron unos instantes que parecieron eternos.

– ¿Quién es? –dijo finalmente una voz de mujer mientras entreabría la

puerta.

Guillermo suspiró aliviado y puso su mejor cara de inocente.

– Buenos días. ¿Usted es la señora Portnoy?

– Sí. ¿Por qué asunto es?

– Quisiera saber si usted reconoce a este señor que está en esta foto –le dijo mientras le exhibía la imagen tomada en el cumpleaños de Norita–.

¿Usted lo conoce?

La mujer miró a Guillermo con curiosidad y desconfianza.

–A ver, permítame la foto un momentito por favor. Sí, sí. Es Isaac – confirmó asintiendo con la cabeza–. Ese señor es mi marido.

Todas nuestras sospechas se hicieron realidad ante esa respuesta. Estábamos frente a un estafador profesional que tenía doble personalidad para trabajar y vaya a saber cuántas otras cosas más. Guillermo quería aprovechar la situación para sacar la mayor información posible, pero la mujer ya comenzaba a sospechar.

–¿Hace mucho que está casada? –quiso saber.

–Esperá un minuto. ¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Quién sos vos? ¿Qué queres de mí?

Guillermo se vio acorralado y decidió jugar su última carta.

–Discúlpeme, ¿usted sabe de qué trabaja su marido?

–¿Cómo no voy a saber? –respondió la mujer indignada–. Es ejecutivo en una empresa muy importante.

–Yo tengo entendido que se hace llamar Fernando Marconi y se dedica a cobrar cosas incobrables y ahora nos está amenazando para sacarle las propiedades a una pobre viuda con cinco hijas. ¿A usted qué le parece?

La mujer sintió en carne propia las palabras de Guillermo. Parecía que estaba realmente sorprendida por lo que acababa de escuchar. Dudó un instante qué actitud tomar. ¿Y si este chico decía la verdad? Pero finalmente optó por negar cualquier incriminación hacia su marido.

–¿Querés que te diga qué me parece lo que me estás diciendo? Que estás mal de la cabeza. Eso no puede ser cierto. Y esta conversación se termina acá –dijo y le cerró la puerta en la cara.

Bajó rápidamente a encontrarse con Dodi. Se sentía un investigador privado contento por haber resuelto su primer caso. Dodi miraba hacia el

edificio escondido detrás de un auto y vio salir a Guillermo.

Le hizo señas para que se acercara.

-¿Y Guille? ¿Todo bien? -preguntó Dodi preocupado.

-¿Todo bien? Todo más que bien -.respondió exultante-. Lo des-  
enmasacramos. Teníamos razón. Fernando Marconi se llama en realidad  
Isaac Portnoy.

-¿La esposa te lo confirmó?

-Sí, y te digo una cosa. Creo que ella no sabía nada. Flor de lío se le va  
a armar a Marconi hoy a la noche.

-¿Y nosotros qué vamos a hacer?

-Qué sé yo. Volvamos a lo de Berele y tengamos una reunión.  
Tenemos que definir los pasos seguir. Estoy seguro de que Marconi no va  
a dejar las cosas así.

Eramos todos demasiado jóvenes. Necesitábamos el apoyo de un  
mayor. Alguien que confiara en nosotros y nos dijera qué podíamos  
hacer. Decidimos contarle al tío Berele lo que acababa de averiguar  
Guillermo. Nos interrumpíamos para contarle, estábamos exaltados.  
Necesitábamos hablar. Berele nos escuchó con atención y sorpresa. Una  
vez que terminamos nuestra exposición tomó la palabra.

-Yo sabía que este Marconi no era de fiar -fue lo primero que dijo-.  
Pero no me imaginaba que fuera una persona de temer. Pero bueno, si se  
dedica a estas cosas es evidente que no es un nene de pecho. No hay  
mucho que podamos hacer por el momento. Tenemos que esperar y ver  
cómo reacciona. Me parece que lo más sensato es que vuelvan a su casa y  
me tengan al tanto de cualquier novedad.

## **La vida es una fiesta**

Primos, tíos, sobrinos, amigos, hermanos y hermanas estaban allí. Reinaba un silencio absoluto. La casa estaba a oscuras y mirábamos hacia la puerta, expectantes. Blime se había ido con papá a dar una vuelta y estaban por llegar en cualquier momento. Primero escuchamos el ruido del ascensor y luego el de la llave que daba vueltas en el picaporte. Al abrir la puerta principal y encender la luz, la sorpresa y la emoción se conjugaron en su rostro. No sabía qué hacer en ese momento, parecía que nos quería abrazar a todos.

—Que los cumplas feliz —empezamos a cantar en forma espontánea y nos acercamos para felicitarlo mientras no lograba cambiar su gesto de sorpresa.

—Feliz cumple, David. Felices cuarenta.

Lo llenamos de besos, abrazos, augurios de felicidad y regalos. Rápidamente se armó una ronda alrededor de él y bailaron en un pequeño espacio. La sorpresa había sido perfecta, habíamos cumplido nuestro objetivo. Cuando Blime le propuso ir a festejar su cumpleaños yendo a dar una vuelta en coche, él aceptó. Mientras tanto en casa, la organización fue a mil por hora. Recibimos a los invitados que llegaron puntuales. Si se llegaba a cruzar con alguno de ellos en el camino hubiera sospechado. Pero todo salió a pedir de boca. Después de abrir gran cantidad de regalos, Lea se acercó con el suyo.

—Esto es para vos —le dijo entregándole una cajita.

Cuando la abrió se quedó pasmado. Era, ni más ni menos, que un

Rolex de oro. Agradeció el presente y lo guardó con mucho cuidado. Servimos una picada y se descorcharon varias sidras. La alegría reinaba en nuestro hogar y nos preparamos para el brindis.

–Dale David, decinos algo –comenzaron a pedirle los amigos.

Se subió a una silla y comenzó.

–Estoy tan emocionado que no sé qué decir. Ante todo, le agradezco a cada uno de ustedes por haber venido y especialmente a mi esposa y mis hijas por la organización de esta extraordinaria sorpresa. Esto que estoy viviendo es más que un sueño y ustedes son parte de él. Agradezco a la Argentina que cobijó a nuestros padres, al pueblo judío del cual formo parte y es mi orgullo, por el cual lucho incansablemente y por eso quizás es el más importante. Le agradezco especialmente a D-s Todopoderoso que me dio mucho más de lo que alguna vez imaginé. ¡Salud! *¡Lejaim!*

Después del brindis llegó la torta. Pocas veces lo vi tan contento, rodeado de sus seres queridos. Para todos tenía una sonrisa o un comentario. La noche siguió transcurriendo entre abrazos y recuerdos. Poco a poco, se fueron yendo. A la madrugada sólo quedábamos los familiares más cercanos. La casa quedó toda revuelta. Parecía que había pasado un batallón. En la intimidad papá se acercó a mamá y le dijo:

–¿Fue idea tuya la sorpresa? Muchas gracias por hacerme vivir uno de los días más felices de mi vida.

–Fue idea de las chicas.

–A ellas también les voy a agradecer. La organización estuvo de diez. Y, además, te quiero decir que el Rolex es precioso. Pero, si no te enojás, no puedo aceptar un regalo así. Me encanta la intención que tuviste pero yo voy a estar más cómodo con un reloj menos ostentoso. Cuando lo vean, pueden empezar a valorarme por lo que tengo y no por lo que soy.

–Como vos quieras. En el fondo sabía que esto podía pasar. Con Jaime el joyero, no hay inconveniente. Lo cambiamos por otra cosa.

–Qué bueno que me entiendas. Vení, vamos a abrir el resto de los regalos.

Nos sentamos a ayudar a papá a ordenar los obsequios. Vimos que después de abrir una bolsa no había de emoción.

–Miren lo que me regalaron los muchachos –dijo mientras sacaba una camiseta, los botines y un pantalón corto. Era el equipo oficial de Boca

Juniors, que decidió ponerse arriba de la ropa.

Estábamos tan excitadas que no nos queríamos ir a dormir. Mamá nos acompañó hasta la pieza y se sentó con nosotras a conversar un rato.

– Salió todo hermoso. Gracias chicas, ustedes fueron las artífices de este agasajo.

–Te dijimos mamá que el Rolex no lo iba a querer, nunca le importaron las cosas lujosas y además es una lección para todas nosotras. Como dicen los sabios, no mires el envoltorio, sino lo que hay en él. Con esa frase grabada en mi memoria, dije el *shemá*, cerré los ojos y me dormí.

Cumplir quince años sería una fecha inolvidable. Parecía una película donde yo era la protagonista principal. Estaba deslumbrada. Esperaba un agasajo importante en un salón de fiestas con servicio de catering y orquesta en vivo. Me sentía una princesa viviendo un sueño dorado. La alegría era inmensa. La música sonaba y me parecía flotar en el aire con mi vestido nuevo hecho por una modista y elegido especialmente de una colección de alta costura. Familiares, amigos íntimos, todos con sus mejores ropas y peinados y el entusiasmo para hacer esta noche inolvidable. Sheine, mi mejor amiga del secundario, se acercó con un regalo especial: una medalla de oro con mis iniciales que aún conservo, junto con el álbum de fotos de ese momento tan importante. Había usado todos sus ahorros. Cada vez que la observo mi mente regresa a esa noche y a los recreos compartidos en el Comercial 16 y en el Talpiot.

Comimos exquisiteces y bailamos en rondas y baile moderno. Fue indescriptible mi alegría cuando papá me abrazó para bailar el vals e hizo lo posible por danzar al compás de la música sin pisarme. Nos reíamos y divertíamos viéndolo bailar. La celebración se extendió hasta altas horas de la noche. Deseábamos detener el tiempo. Pero como todo, la fiesta terminó y llegó el momento de regresar a casa. Cuando entramos y me senté en la cama tomé conciencia de lo cansada que estaba. Mi relax duró un suspiro. En seguida entró papá a la habitación cargando tantos paquetes que hacía equilibrio para que no se cayeran. Los dejó en el escritorio.

–¡Vamos a desenvolver los regalos! –exclamé dejando de lado mi agotamiento.

En las cajas, envueltos con papel de seda, había zapatos, polleras, camisas, paraguas carteras, alhajas. Increíble. Para comprar un par de zapatos nuevos papá siempre nos exigía mostrarle el par viejo para comprobar que estuviera gastado. Y ahora todo esto era para mí.

–Te regalaron la colección otoño–invierno completa de una casa de modas.

–Ay, no sean exagerados –llegué a responder.

Papá se sentó al lado mío.

–Ahora quiero que hagas algo.

Escuché con atención, yo siempre estaba dispuesta a oír a papá.

– Tenés que elegir un regalo y entregarlo a cada una de tus hermanas – murmuró con voz suave.

–¿Pero por qué? Son mis regalos. No es justo –protesté.

–Es importante que aprendas esta *mitzvá*, algo que se aplica día a día. Es obligación de los que tienen compartir con los que menos tienen. *Baruj Hashem* en este momento tenés la mesa llena de regalos.

No era tarea fácil desprenderme de alguno de mis preciosos regalos. Comencé a seleccionar y obsequié a mis hermanas uno a cada una. Se pusieron felices y contentas.

–¿Cuando festejemos el cumpleaños de quince de Norita ella también va a compartir con nosotras sus regalos? Papá rió y me dio un abrazo. Quiso contestarme pero estaba tentado de la risa y le costaba hilar la oración. –Veo que aprendiste rápido la lección. Muy rápido... aprendiste la lección.

Casi al final de las vacaciones, los primeros días de marzo, trajeron consigo alegría, mucha alegría. Desde que llega el mes hebreo de *Adar* se aumenta en regocijo y el catorce de ese mes festejamos la fi esta de *Purim* que siempre ocupó un lugar preponderante en el calendario judío. En su comienzo, se procede a la lectura de la *Meguilát* Ester que narra la historia del rey Ajashverosh, que en ese entonces era considerado mundialmente el hombre más fuerte de la tierra. Sometía a 120 naciones. Hamán, su consejero, aprovechando las facultades que su investidura le otorgaba, publicó un edicto de exterminio de todos los judíos. Frente a esta cruel determinación parecía imposible salir de ella. Ester, la reina, participó en

forma activa para petitionar al rey la salvación de su pueblo. Los hechos se entrelazaron y los milagros brotaron por canales totalmente naturales hasta lograr la salvación del pueblo judío. Además, se acostumbra a realizar comidas familiares, repartir el *mishloaj manot* con distintos tipos de masitas y concursos de disfraces.

Como todos los años nuestro grupo juvenil de *Benei Akiva* organizó una super fiesta imperdible. En esa oportunidad aprovecharon el edificio en construcción donde ya avanzaba la obra para el futuro colegio. Las paredes y los pisos estaban acondicionados de la mejor manera posible y quedaron presentables para la ocasión. Cientos de niños y jóvenes llegaron con sus padres a participar de los festejos con magos, payasos y, como broche de oro, la elección del mejor disfraz.

–Permiso, ¿me dejan pasar? –dijo un joven cargando un parlante de gran tamaño.

–Claro –contestamos el grupito de chicas allí reunidas.

–Éste es el último y ya termino –agregó con una sonrisa.

–Nos alegramos.

Fue a colocar el parlante y nosotras continuamos charlando. Al pasar interrumpía nuestra conversación.

–Ahí viene –me advirtieron.

–¿Quién? –pregunté con curiosidad.

–El *javer* que trajo los equipos. Te está mirando, Ite.

Se acercó hacia donde estábamos y comenzamos a dialogar. Y, como un milagro, brotaron las palabras de su boca dirigiéndose a mí.

–Ite, ¿tenés algo planeado para este *motzaei shabat*? –preguntó con timidez–. Me regalaron dos entradas para el *Purim Bal*, en River. ¿Querés acompañarme?

–Por ahora no tengo ningún plan –contesté sorprendida preguntándome de dónde sabía mi nombre–. Llamame por teléfono en la semana que te confirmo.

Tomó nota de mi número telefónico en un papel y nos volvimos a cruzar nuevamente. La fiesta, tal como lo habíamos planeado, estuvo muy divertida.

Durante la semana los días pasaron rapidísimo. Contaba los minutos esperando que sonara el teléfono. Cuando volvía de la Escuela

preguntaba si alguien me había llamado. Finalmente llamó y nos quedamos hablando un rato. Su propuesta de salir el sábado por la noche fue aceptada. Pasaría a buscarme una hora después de terminado el *shabat*.

La familia estaba a la expectativa. ¿Qué vestido iba a lucir? Los zapatos debían estar a tono con la cartera. Todo tenía que estar perfecto y mis hermanas entusiasmadas se ocupaban de asesorarme. Blime fue la encargada del maquillaje y los colores del lápiz labial. La recomendación de mamá fue que bajo ningún concepto me subiera a un auto. Si venía a buscarme en coche debía negarme y decirle que me mareaba. Solamente iríamos en colectivo.

Ese *shabat* pasó con gran excitación. Una vez finalizado tendría poco tiempo para prepararme. Es costumbre en la familia hacer *Havdalá* en casa para que todos pudiéramos escuchar. Ni bien papá terminó de beber el vino nos deseamos *shavúa tov* y fui casi corriendo a mi cuarto a cambiarme. Sentí que alguien venía detrás de mí. Eran mis hermanas, querían cerciorarse de que estuviera bien arreglada. Papá se adelantó unos pasos y pidió estar a solas conmigo unos minutos. Cerró la puerta de la pieza y me tomó de la mano con dulzura.

—Ite, hoy salís por primera vez con un muchacho. Me imagino lo importante que es para vos. Quiero que estés tranquila y que la pasen bien. Te pido que trates de volver antes de las doce. Te vamos a estar esperando.

Sus palabras fueron más que suficientes. El mensaje estaba transmitido. Tenía motivos para volver a horario. Mis padres me esperarían despiertos. Con la ayuda de todas estuve lista en tiempo record. Llevaba puesto un vestido primaveral lleno de flores rosas y mis primeros zapatos de taco alto hacían juego con la cartera. Querían que estuviera radiante. Fui peinada por Alicia y maquillada por Blime. Era toda una novedad. Las chicas del grupo juvenil de *Benei Akiva, jalutzianas*, no nos maquillábamos ni usábamos ropa de color. Las polleras eran azules y las blusas blancas en señal de igualdad y sencillez, pero me atreví a ponerme ropas elegantes y desafiar a mis amigas. El timbre del portero eléctrico dio el aviso. Él había llegado.

—Diviértanse y cuídense.

Bajé del ascensor y lo vi. Estaba parado detrás de la puerta de vidrio con la espalda contra la pared vestido de traje y corbata, con su sombrero moderno, pantalones largos (por supuesto), muy elegante y formal. Un poco aturdida palpitaba mi joven corazón por la emoción del primer encuentro.

–*Shavúa tov*, buena semana –fue el saludo habitual. Nos miramos y el rubor sonrojó nuestros rostros.

Debíamos apesurarnos, el viaje era largo y el colectivo pasaba a dos cuadras.

Cuarenta y cinco minutos después llegamos al Club River Plate. La orquesta se hacía sentir en las afueras del estadio. Una multitud se agolpaba intentando pasar el control de entrada. Nos ubicamos detrás del último de la fila. Desde donde estábamos apenas si llegábamos a ver la puerta de ingreso. Parecía que toda la comunidad judía se había convocado. “Quedate al lado mío”, me pidió. Comenzamos a avanzar entre el mar de personas. Yo lo seguía. Entre permisos y empujones logramos ingresar. Una vez adentro nos encontramos rodeados de jóvenes bailando disfrazados, grupos de amigos tomando algo y conversando. La música ensordecedora no nos dejaba escuchar. Pronto iba a comenzar el desfile de las concursantes enviadas desde cada comunidad, de entre las cuales saldría elegida la más hermosa, la Reina Ester. Miré el reloj. Era increíble que fuera tan tarde pero las agujas no mentían.

–Las once, tengo que volver.

–¿Volver? Si recién llegamos –contestó con asombro.

–Tenemos una hora de viaje, mis padres están esperando. Debemos regresar a las doce, me lo han solicitado.

Él estaba desconcertado por tener que regresar tan temprano, pero no le quedó otra opción que aceptar. Aprovechamos el viaje de regreso para conocernos mejor.

– Este club me trajo a la memoria el domingo de la puerta doce – le comenté con preocupación–. Papá estaba exultante. En general, el domingo es un día en el cual va al estudio a adelantar trabajo, pero esta vez se jugaba un nuevo Boca–River y tenía entradas para ir a la cancha. Se despidió de nosotras. Le deseamos suerte. A las siete de la tarde debería

estar de vuelta. Cuando se hicieron las siete y media y no llegaba creímos que probablemente era por el exceso de tránsito luego del partido. Mamá sintió que algo no andaba bien y prendió el televisor. En el noticiero nos enteramos de que al finalizar el partido la puerta de salida número doce no se abrió y cientos de personas murieron aplastadas ante esta terrible fatalidad. Teniendo conocimiento de esa dura noticia cada minuto de espera acrecentaba nuestra angustia. ¿Acaso había algo que pudiéramos hacer excepto esperar? Intentábamos darnos palabras de aliento las unas a las otras. Sin querer temer lo peor nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Las miradas estaban fijas en el teléfono. Si sonaba saldríamos todas corriendo a atender esperando novedades. Mamá trataba tranquilizarnos. No era tarea fácil. Cuando escuchamos la llave girando en la cerradura eran más de las diez. Papá entró sano y salvo. Fuimos corriendo a abrazarlo con una alegría indescriptible. Quería llegar a casa lo antes posible pero las ambulancias, la policía y los bomberos dificultaban el tránsito. Era imposible avisar. Conmovido, al borde de las lágrimas, narró lo vivido y su impotencia. Era imposible describir con palabras el horror. Gracias a D-s que nos devolvió a papá repetía, con el corazón casi queriendo salir de mis entrañas. Por la noche nos fue imposible conciliar el sueño. Papá estaba con nosotras pero no podía dejar de pensar en las cientos de familias enlutadas a las que la puerta doce les había cambiado la vida. Como muchos otros infortunios que pasaron a la historia, éste es uno más que por cierto quedó escrito con sangre, por una negligencia imperdonable.

Guillermo me escuchaba atónito. Se había quedado pensativo. Él nunca había ido a una cancha y no sabía nada de fútbol. Quiso alegrarme y busco cambiar de tema.

– Yo a tu papá lo conozco. ¿Sabías que él me consiguió trabajo? Ingresé como secretario del Rabinato directamente por la Comisión Directiva que él dirige y estoy allí desde hace un par de meses.

–Ay, con razón me autorizó a salir con vos.

Llegamos a la puerta de casa y nos quedamos conversando unos instantes más. El tiempo parecía detenerse en esos momentos mágicos. Se hacía tarde y llegó el momento de la despedida.

-Lamento que hayamos tenido que volver tan rápido –atiné a decir.

-No te preocupes, te entiendo. Aprovechamos el viaje para conocernos mejor. Saludos a tus padres. Me gustaría volver a verte. ¿Te puedo llamar en la semana para pasarte a buscar para ir a las *peulot*?

Subí a casa y al abrir la puerta la familia en pleno estaba allí, todos sentados en el living. Cuando me vieron entrar miles de preguntas surgieron por la curiosidad por saber. Todos estaban excitados

-¡Qué puntualidad. ¿Cómo la pasaron?

-Muy bien. Lástima que tuvimos que volver antes que empezara la fiesta.

Es que no quería llegar tarde. Ahora que ves que llego temprano, seguro que me vas a dejar salir otra vez.

-¿A quién salís vos con esas reflexiones? –me preguntó papá acariciando mi cabeza.

Por la inflexión de la voz supe que estaba muy contento de verme otra vez en casa. En esos tiempos las comunicaciones eran muy difíciles. Podían pasar horas hasta tener alguna información. La puerta doce nos había dejado una marca y una enseñanza. Ya estando en casa nos sentíamos protegidos.

Estaba muy cansada, pero no me dejaban dormir. Nos quedamos conversando hasta entrada la madrugada, Así, sin darme cuenta, seguía siendo una niña de tan sólo 14 años pero mi cuerpo había cambiado y mi corazón palpitaba de alegría ante la llegada de este nuevo ser que habría de cambiar mi vida. Con los años profundizamos nuestra unión y nuestro amor. Así como la historia de *Purim* está llena de enredos que terminan en milagros así también se desarrollaron nuestras vidas. Nada es casual en este mundo. Las tramas de mi historia también están llenas de momentos increíbles.

## CAPÍTULO 24

### **Amenazas**

Berele tenía razón. Habíamos descubierto quién era Marconi, pero no había nada que pudiéramos hacer más que esperar. Parecía una persona reflexiva y calculamos que por varios días no tendríamos noticias de él. Nos equivocamos. Guillermo vino a cenar a casa y mientras estábamos tomando algo, sonó el portero. Ni creímos que podía ser Marconi y seguimos conversando mientras mamá iba a atender. Cuando volvió a la mesa mamá estaba pálida.

–Es Fernando. Quiere que baje con Guillermo.

–¿Y cómo sabe que yo estoy acá?

–No sé, Guillermo. ¿Qué hacemos?

–Bajemos, Lea –dijo Guillermo que parecía inconsciente del peligro.

–Es peligroso, Guillermo –quise advertirle.

Mamá dudaba.

–Vamos, Lea. Bajemos. No nos podemos quedar acá.

Desde la puerta del edificio vieron que les hacía señas desde el auto para que se acercaran. El guardaespaldas estaba al volante y Marconi en el asiento del acompañante. La calle estaba transitada. Por más que estuviera armado no se iba a animar a hacer un escándalo en la vía pública. Ellos se sentaron en los asientos de atrás. La presencia de Marconi y el guardaespaldas eran imponentes. Dos hombres frente a un muchacho y una viuda. Podía pasar cualquier cosa. Marconi no anduvo con rodeos. Tomó a Guillermo de las solapas, le tiró la cara encima mientras le dedicaba una catarata de insultos.

–¿Quién te crees que sos? Andás por ahí molestando gente. Te voy a clavar un cuchillo en las entrañas y cuando lo intentes sacar va a chorrear

sangre. Yo no estoy jugando. Éste es mi trabajo y vos no me vas a arruinar –tomó aire y pareció dudar. La bronca pudo más que la razón y finalmente deschavó todo su plan con nombres y apellidos–. Tenés que saber que el Dr. Robere, el comisario Gómez, el juez Pereyra y otros peces gordos están en esto. No es un juego de chicos. Si no me dejás de molestar te reviento, ¿entendiste?

Guillermo estaba colorado. Se sentía como un insecto al borde de ser pisado por un zapato. Fernando lo estaba tomando tan fuerte de la camisa, que no lo dejaba respirar. No podía contestar a las amenazas. Si hubiera podido le hubiera dicho que había entendido que no era un juego. En su lugar, mamá saltó en defensa de su futuro yerno.

–Pero Fernando, es un chico. No quiso molestarte. En la semana te vamos a dar todo lo que exigís.

Las palabras parecieron tranquilizalo. La propuesta le pareció sensata. Este caso se estaba complicado demasiado. Lo mejor era cobrar lo máximo posible y pasar la página.

–Te doy un par de días más –dijo Marconi mirándola todavía amenazante, pero un poco más tranquilo–. O me hacen caso o al primero que se me acerca le vuelo la cabeza –dijo perdiendo una vez más el control–. ¿Y así me agradecés, mocoso, que te recomendara para que te dieran trabajo? ¡Pedazo de desagradecido! ¡Bajen ya mismo del auto antes de que cometa una locura! –ordenó y le hicieron caso en seguida.

Pálidos, casi muertos de susto, empapados como si hubieran caminado bajo la lluvia y con los pies flojos subieron a casa en el ascensor. Se acercaron a la mesa del comedor. Mientras esperábamos que nos contaran cómo les había ido, estábamos preocupadas de sólo verles las caras que tenían. Guillermo, con mucha delicadeza, se sacó el saco y apoyó sobre la mesa un grabador. Sí, había tenido el coraje de grabarlo, Si bien el aparato era grande como una caja de zapatos había logrado esconderlo entre la ropa.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Las palabras sobraban, apretando la tecla *Play* escuchamos la grabación. Había salido nítida, perfecta. Se oía la voz de Fernando que nombraba a abogados, escribanos, jueces, comisarios y policías desnudándolos a boca de jarro. Los había desenmascarado con nombre y apellido. Teníamos una mezcla de temor e

indignación. ¿Cómo podía ser que había cambiado de ser un hombre tan dulce y suave a un dictador? ¿Cómo era posible que gente tan importante estuviera involucrada en una mafia que dañara a viudas y huérfanos? ¿Cómo íbamos a permitir que se llevara todo lo que papá hizo con tanto esfuerzo? No queríamos que se cometiera una injusticia y eso nos dio fuerzas para luchar. Pero teníamos un problema. No sabíamos a quién nos estábamos enfrentando. ¿Era Marconi o Portnoy? ¿Cuál era su verdadera identidad? Luego de varios meses de estar en contacto diario con él y permitirle entrar a nuestras vidas nos dimos cuenta de que, en realidad, estábamos ante un completo desconocido.

Sin embargo, el miedo nos potenció. Sentíamos que teníamos que llegar hasta el final, sin medir las consecuencias. No queríamos que nos tomara por sorpresa y antes de seguir adelante, decidimos averiguar con quién estábamos lidiando. Así llegamos a recabar un nuevo dato que nos dejó estupefactos. En la Agencia Judía trabajaba una persona de apellido Portnoy. ¿Sería acaso familiar de Marconi? ¿Sabría algo que nos podría ayudar?

Ya teníamos la grabación, la foto y la posibilidad de encontrar algún dato más en la Agencia Judía. Había que desenmascararlo porque una vez que quedara expuesto se iría, como los cuervos. Después de haber comido su carne de carroña emprendería la retirada. Nosotros éramos sus presas. Para él la ley de la *Torá* que dice “Hace justicia al huérfano y a la viuda” (Deuteronomio, 10–17) no existía. Con la fuerza que da el dolor nos jugamos una nueva carta.

## CAPÍTULO 25

### Cuenta regresiva

La Empresa Textiles Glorias Mayores, de la que papá finalmente había aceptado ser contador, le había pedido que fuera a Río Negro en avión, periódicamente, a supervisar el funcionamiento de la planta. Sus viajes se volvían cada vez más frecuentes. Sin embargo, era la costumbre que mamá, mis cuatro hermanas y yo fuéramos a Aeroparque a despedirlo. Antes de subir al avión papá se acercó y me pellizcó el cachete.

–Portáte bien –me dijo. – Nos vemos a la vuelta.

Siempre tenía gestos de cariño para cada una de sus hijas. Nos quedamos paradas en el lugar hasta que lo perdimos de vista, con su valija de cuero marrón. Un poco excedido de kilos se mantenía hecho un pibe. Volvimos a casa con la esperanza de que el miércoles a la noche estaríamos nuevamente en Aeroparque para recibirlo.

La noche siguiente le pedí permiso a mamá y Guillermo me pasó a buscar para ir a tomar algo. Si cumplía con mis tareas mis padres me autorizaban a salir con él en la semana. Nos quedamos conversando en una confitería, sobre nuestro futuro, sin darnos cuenta de la hora.

Me acompañó hasta la puerta. Se había hecho tarde. En casa, mamá me esperaba con cara de preocupación. Parecía que había estado llorando. Me miró fijamente cuando entré.

–Perdoná mamá, se me hizo tarde.

–Ah, ¿sí? ¿Qué hora es? No hay problema.

–Mamá, qué te pasa? Te noto preocupada.

–Itele, papá volvió antes del viaje. Se descompuso. No hagas ruido, está descansando en su habitación.

Pasé por el cuarto de papá y estaba recostado. Nunca lo había visto así. Entré al cuarto que compartía con mis dos hermanas. Estaban despiertas.

–Ite, ¿dónde estabas? –preguntaron al unísono.

–En una confitería, con Guillermo –dijo naturalmente.

–¿Te contó mamá?

–¿Qué cosa?

–Papá está enfermo. Van a llamar al Doctor Sanguinetti.

–Ah, sí, mamá me dijo que volvió antes del viaje.

–Tenía cuarenta grados de fiebre –dijo Blime preocupada.

–¿Cuarenta grados? –contesté sorprendida.

–Y casi se desmaya en el avión. Tiene un ganglio infectado en la axila.

Hubo algo que me hizo intuir que en ese momento empezaba a deteriorarse la salud de mi padre, pero preferí desechar ese pensamiento negativo de mi cabeza. Papá era joven y fuerte. Todos cuando nos enfermamos nos sentimos mal y tenemos fiebre. Mañana, D–s mediante, vendría el doctor, recetaría algún medicamento y junto con un par de días de reposo, él volvería a ser el hombre de siempre.

Mientras estábamos en el colegio el Doctor Sanguinetti hizo su visita domiciliaria. Era una eminencia, un clínico reconocido por sus pares. Había ganado la confianza de mis padres dos años antes, cuando salvó la vida de mi abuela, dando el diagnóstico acertado. Lo consultábamos para casos importantes. Mi madre intentó presentar la situación de la mejor forma posible. Ordenó el cuarto, hizo la cama, acicaló a mi padre con esmero.

–Sentate, mi amor. Está viniendo el doctor –le dijo con voz dulce y suave.

Papá hizo lo posible por hacer caso. Se levantó como pudo e intentó sonreír cuando ingresó Sanguinetti.

–¿Cómo está, doctor? Por favor, dígame a mi esposa que está exagerando. No veo la hora de volver a la lucha.

A pesar de los esfuerzos por lucir bien, papá estaba pálido y transpiraba un sudor helado. Eso era lo que veía mi madre. El doctor, evidentemente, vio algo más. Luego de palparlo apartó a mi madre y en forma fría, tajante y sin inmutarse, muy bajito afirmó:

–Señora, a su esposo le quedan 48 horas de vida –terminó la frase y se retiró cerrando la puerta tras él.

Mamá quedó petrificada. Ni siquiera podía llorar. No sabía qué hacer.

En forma confidencial comentó con el resto de la familia lo que había dicho el doctor. Todos empezaron a hacer consultas con doctores convencionales y medicinas alternativas, bajo la más absoluta reserva. La noticia, siempre en el mayor de los secretos, empezó a correr y no faltó mucho para que toda la comunidad, excepto David y sus hijas, supiera que el vicepresidente de la AMIA, el contador, filántropo, el hombre religioso, estaba gravemente enfermo. Todos rezaban por él.

A papá le ocultaron la gravedad de su estado. En casa nunca se hablaba de enfermedades o de situaciones difíciles. Era una costumbre de la época, nosotros la adoptamos como propia. La enfermedad de mi padre presentaría brotes. El diagnóstico era acertado pero, gracias a D'os, el doctor se había equivocado en el plazo de vida y papá viviría unos meses más. Si hubiera sabido que le quedaba poco tiempo, todo hubiera sido diferente para mí y mi familia.

Papá estaba enfermo. El doctor Sanguinetti lo había dicho. Pero yo lo miraba buscando algún indicio de su condición y lo veía en perfecto estado de salud. Él también se sentía bien y con mucha energía. ¿Acaso el médico se había equivocado? Sin embargo, los análisis no mentían y mamá era la que estaba más preocupada. El primer brote había pasado pero, ¿quién garantizaba que no habría un segundo o un tercero? Fue a ver a varios médicos, con los estudios que se había hecho papá y todos le decían lo mismo. La enfermedad podía tratarse, pero era difícil que tuviera una cura. Ella escuchaba, aguantaba las lágrimas y seguía su propia lucha. Averiguando se enteró de que había un médico en Brasil, un paramédico en realidad, que había tenido éxito en sus tratamientos a gente con la enfermedad de papá. No lo dudó ni un instante. Tenían que viajar a Brasil. Papá desconocía la gravedad de su dolencia y mamá inventó la necesidad de realizar un viaje de placer a Río de Janeiro y, ya que estaban allí, aprovechar para visitar a esta eminencia para tener una nueva opinión. Papá estuvo de acuerdo en hacer el viaje. Lo que no entendía era por qué si era un viaje de placer tenía que acompañarlos Berele, su hermano doctor.

¡Durante esos días se instalaron en casa las hermanas mayores de papá. Nos dijeron que el viaje eran unas vacaciones, una "segunda luna

de miel” y no encontramos una razón para no creerles. Nos querían proteger, creían que si supiéramos la verdad nos pondríamos peor.

En Brasil, ya tenían cita con el paramédico. Tenía una clínica o algo parecido en un barrio de clase media de Río de Janeiro. El lugar estaba muy limpio y había que hacer cola de varias horas para lograr ser atendido. Con el poco portugués que conocían mamá y Berele intentaron explicarle que habían venido a ver al doctor, especialmente, desde la Argentina. Le repetían que tenían una cita pero la secretaria, parecía no entenderles. Luego de unas horas, quizás cansada de tener que escucharlos, la secretaria los hizo pasar al consultorio.

El doctor era un hombre joven y optimista. Lucía bronceado y con su inmensa sonrisa los invitó a tomar asiento. Cuando comenzaban a explicarle el motivo de la visita, el médico los paró en forma amable pero tajante.

–Déjenme ver los análisis –dijo en un claro castellano.

Miró con detenimiento cada uno de los estudios mientras dirigía intrigantes miradas a papá a cada instante. Mamá, Berele y papá analizaban los gestos del doctor e intentaban interpretar qué estaría pensando. El doctor, sin decir una palabra, abrió un cajón de su escritorio y sacó un péndulo.

–Sáquese la camisa y acuéstese en la camilla –le pidió a papá.

Papá no entendía qué iba a hacer ese doctor, pero obedeció de inmediato. El médico le pasó el péndulo por la cabeza y por el pecho.

–¿Qué hace este tipo? –preguntó papá.

–Quedáte tranquilo, Duved. Es medicina no tradicional –quiso calmarlo mamá.

El doctor terminó de revisarlo y volvió a sentarse en su escritorio.

–Ya se puede vestir –le dijo a papá.

–¿Y doctor? ¿Se va a poner bien? –quiso saber mamá.

–Todavía no lo sé. Tengo que hacer unas preguntas. Dígame, ¿usted duerme en el mismo lugar que su madre?

–Sí pero, ¿qué tiene que ver?

El doctor no contestó. Hizo algunas anotaciones y luego se dirigió a Berele y a mamá.

–Esta enfermedad viene de la tierra –comenzó a decir–. Les voy a dar

algo que puede ayudar –dijo mientras extendía una receta–. Estas sales las debe usar todos los días. Es importante que tenga constancia. Pero nada va a servir si sigue expuesto a las presiones y al ritmo de la calle. A partir de ahora, va a tener que estar en una “caja de cristal”, ¿me entienden?

–¿Quedarme en casa todo el día? Ni loco –exclamó papá.

–Se nota que usted es un hombre con mucha vitalidad. Por eso, hablo con sus familiares. Es importante que me haga caso.

–Muchas gracias, doctor –le respondió papá en forma cortante–. ¿Vamos? –preguntó mirando a mamá y a Berele.

–Claro, nos vamos. Muchas gracias, doctor –dijo Berele.

–De nada, que tengan mucha suerte.

–*Muito obrigado* –respondió papá.

Ni bien salieron de la clínica papá comenzó a rezongar.

–¿A dónde me trajeron ustedes? Yo me siento bien y mientras esté así voy a seguir trabajando. ¿Quién se va a ocupar del colegio si yo no lo hago?

–Duved, son unos días de reposo nada más. Hasta que estés mejor –imploró mamá.

–¿Por qué le tengo que hacer caso a este médico que ni conozco?

–David –intercedió Berele–. El doctor te lo dice para bien. Él quiere que te cures.

–¿Pero cómo me voy a quedar todo el día en casa mirando al techo? Yo no soy así, Berele. Vos me conocés.

–Yo te entiendo, Duved. Créeme que nosotros somos los primeros que queremos verte bien.

Se quedaron unos días más en Brasil. Papá estaba de buen humor y se sentía bien. Todo el tiempo le parecía que su esposa y su hermano estaban exagerando. No veía la hora de volver para estar con su familia y ocuparse del proyecto del Talpiot. La obra estaba cada vez más avanzada y sentía que tenía que regresar para tomar decisiones importantes. El patio no recibía mucha luz y estaba teniendo muchas diferencias con el Ingeniero Feldman con respecto a la construcción. Sentía que cada día en Brasil era un día perdido. Cuando subieron al avión para volver a Buenos Aires, respiró aliviado. Por fin volvería al lugar donde sentía que nunca tendría que haberse ido. Fuimos a esperarlos al aeropuerto. Estaban

bronceados y traían regalos para nosotras. Daba la impresión de que volvían de un viaje de placer más que de un chequeo médico. Ninguna de mis hermanas parecía preocupada. Yo tampoco lo estaba. Los dos meses siguientes papá hizo vida normal y nada hacía pensar que la enfermedad podría tener un uevo brote.

–Buen día –papá se levantó de buen humor y con ganas de conversar–. Pensar que hace tan sólo dos meses volvimos de Brasil. Qué nervios cuando Sanguinetti se fue y recibimos la recomendación de este paramédico. Mirá los resultados –dijo mientras se incorporaba de la cama de un salto.

–Pero no te olvides de que tenés que cuidarte –le advirtió mamá–. Como en una cajita de cristal. Como en una cajita de cristal –repitió–. Nada de nervios, de comer a los apurones, de subir y bajar escaleras. Me gusta cuidarte pero sos un hombre difícil de cuidar.

–Lea, yo ya me siento bien –repitió papá–. Y tengo que seguir, no te olvides que finalizar la obra del colegio es una labor muy importante y además estoy super emocionado. En AMIA, hoy recibimos a la gran Golda Meir. Es un orgullo para todos. Está invitada a almorzar y seguramente, como todos los visitantes ilustres, firmará el libro de visitas.

Papá se había puesto el traje y se miraba frente al espejo de pie que había al abrir el placard.

–Ah, con razón estás tan elegante –lo piropeó mamá–. Eso sí, cuidate. No tomés frío.

–Las sales me hicieron muy bien y *Beezrat Hashem* me siento con fuerzas. Voy al templo a hacer *tefilá*.

–David, el doctor dijo que hay muchas cosas que no podés. No te olvides. Yo sólo puedo recordártelo. Después depende sólo de vos. Mucha suerte.

Las reuniones en la AMIA, el trabajo, el proyecto de la escuela. Las preocupaciones diarias ocupaban todo el día y había poco lugar para el reposo que le habían recomendado. La construcción del colegio le estaba trayendo varios dolores de cabeza. Por momentos parecía más preocupado por la obra que por su enfermedad. Aquello que en los

planos parecía una maravilla, en la realidad se había convertido en un sinfín de problemas que papá hacía lo posible por resolver. Feldman era un ingeniero especializado en la construcción de edificios, pero éste era su primera escuela. Y papá lo notaba. Los problemas no hacían más que retrasar una obra que debía estar lista cuanto antes. Mamá se ocupaba de cuidar a papá y buscaba que estuviera en casa el mayor tiempo posible, pero no siempre lo lograba. Papá terminó de almorzar y se dirigió hacia la puerta. Mamá intentó detenerlo.

—¿A dónde vas, David? Ya saliste a la mañana.

—Voy a dar una vuelta, Lea. Caminar me hace bien. Vuelvo en un rato.

—Siempre me decís lo mismo y no volvés hasta la noche —lo reprochó con cariño.

—Yo agradezco todo lo que estás haciendo por mí pero no te preocupes tanto. Vas a ver que todo va a estar bien.

—Ojalá, Duved. D—s te oiga.

Papá salió a la calle y se subió al auto nuevo, un Falcón cero kilómetro. Se dirigió a toda la velocidad a la obra del colegio. Feldman se sorprendió al verlo.

—¿Qué hacés acá, Duved? ¿No estabas haciendo reposo?

—¿Quién puede descansar con semejante proyecto? No podemos seguir atrasándonos. Nos comprometimos a tenerla listo en un plazo y contamos con un presupuesto.

—Quedate tranquilo, Duved. Andá a descansar, yo me ocupo de la obra.

—No puedo descansar tranquilo sabiendo que tenemos problemas. ¿Ya se solucionó la falta de luz en el patio?

—Ya se va a solucionar.

—¿Y las aulas del primer piso? ¿En qué situación están?

—Estamos avanzando. Antes de que te des cuenta, el edificio va a estar terminado.

—Amén, Feldman. Amén.

Papá se subió al auto y volvió a casa. Mamá lo esperaba con cara larga.

—¿A dónde fuiste a caminar?

—Por ahí, Lea. Fui a dar una vuelta y llegué hasta la plaza.

—¿Y el auto? Bajé y no estaba. ¿Fuiste a ver la obra?

-Perdoname. Sabés que no me gusta mentir pero, ¿qué querés que haga? Necesitaba ir a ver cómo marchaba todo.

-Yo te entiendo, David. Pero cada vez que vas para allá volvés muy nervioso. Y eso no es lo que aconsejó el doctor.

-Ya lo sé, pero estuve hablando con Feldman. Me dijo que ya falta poco.

-Siempre que lo ves te dice lo mismo.

-Es verdad. Pero esta vez vi la obra muy avanzada. Siento que cada vez falta menos. De a poco vamos concretando los objetivos que nos propusimos.

Con una sonrisa de satisfacción en el rostro papá decidió hacerle caso a mamá y se recostó a descansar. No se lo decía a nadie, pero estos últimos días se había fatigado más que de costumbre.

Luego del viaje a Brasil, las sales curativas habían devuelto a papá algo de fuerza, aunque tenía que comer y dormir en horario, no hacer esfuerzos, tomar aire puro, no subir escaleras. En fin, una tarea casi imposible para él. Guardábamos la secreta esperanza de que, quizás, lo peor había pasado y la vida comenzó a ser vivida con una intensidad casi desconocida hasta entonces. Vivir a pleno cada minuto se transformó en el sentido de nuestras vidas. Queríamos aprovechar para estar juntos y disfrutar cada instante. Sentíamos que cualquier oportunidad era un buen momento para agradecer la ayuda recibida durante los últimos meses.

La alegría de ver a papá nuevamente entre nosotros, después de más de un mes de ausencia, era lo único importante. Amábamos su sola presencia. El simple hecho de que estuviera ahí era muy importante. El milagro se había producido y había que agradecerlo. Qué mejor que juntarlo con el cumpleaños de quince de Alicia. Nuevamente el salón, la orquesta en vivo y los manjares volvían a unir a la familia. Pero esta era una celebración especial, después de lo que habíamos pasado. El milagro, la magia estaban allí. Simplemente la realidad era magnífica y D-s estaba con nosotros. A papá se lo veía elegante con su traje nuevo y estaba alegre y locuaz. Amaba el bajo perfil y huía de los flashes, pero los invitados se acercaban a saludarlo. Parecía que esta celebración también era un poco su fiesta.

Alicia lucía espléndida. Todas parecíamos brillar con nuestros

vestidos. Nos sacamos fotos y nos manteníamos cerca de él. Pasó un rato hasta que le pidieron que dijera unas palabras. Primero se opuso. Con amabilidad, explicó que no había preparado nada. Los invitados insistían, así que no tuvo opción. Lo vi acercarse al centro del escenario y tomar el micrófono y me sentí orgullosa. Sus palabras brotaron con claridad. Las palabras que salen del corazón, llegan al corazón.

–Amigos, amigas, querida familia. Hoy estamos reunidos para celebrar el cumpleaños de quince de una de nuestras hijas: Alicia. Pero yo siento que estamos celebrando mucho más que eso. Ustedes saben que pasé momentos difíciles, pero gracias a D–s estoy mejor y espero recuperarme pronto. Hoy no estaría acá parado delante de ustedes si no fuera por la ayuda que me brindaron todos y cada uno de ustedes, presentes en este momento. Con sus actos de cariño y sus palabras me ayudaron y me ayudan en mi recuperación. Quiero hacer algunos agradecimientos especiales, seguro va a quedar alguno afuera, porque todos son parte de mis afectos. Pero no quiero dejar de nombrar a mis hermanos. Ellos son los que me llaman constantemente, me acompañan en este difícil camino y están junto a mi familia para cualquier cosa que necesitemos. También quiero agradecer a mis hijas que me dan la fuerza para luchar por mis ideales cada día. Y principalmente a mi esposa Lea – en ese momento la buscó con la mirada–. Te tocó un marido difícil de cuidar. Me pedís que me ponga en una cajita de cristal y no te hago caso. Sé que todo lo que hacés es para mi bien y te lo quiero agradecer públicamente. Pero créeme que si no viviera como estoy viviendo me estaría traicionando a mí mismo. Una vez más, gracias por venir y por ser parte de nuestras alegrías.

Los invitados aplaudían emocionados. Estaba acostumbrado a dar discursos pero éste no fue uno más. Había llegado a todos los presentes. Nuevamente se llenaron las copas, la música volvió a sonar y nos pusimos de pie para bailar. Nosotras fuimos corriendo a darle un beso.

Volvimos del colegio y vimos a mamá sentada en el living. Parecía que su mente estaba a miles de kilómetros.

–Chicas, pasó algo terrible. Vino un patrullero con una orden de arresto. A papá se lo llevaron preso –dijo conmovida, casi sin poder

pronunciar palabra.

Las preguntas se amontonaron en mi cabeza.

-¿Papá en la cárcel? ¿Por qué? Debe ser un error.

-Lo que pasó es que durante el mes de tratamiento en Brasil un contador suplente sin escrúpulos en Textiles Gloria le falsificó la firma y lo involucró en un problema. Los tíos y Beche, con un excelente abogado penalista, ya están en la seccional gestionando su libertad. Con los análisis de su enfermedad, tratarán de sacarlo lo antes posible. No está en condiciones de pasar un día en la comisaría, debería volver lo antes posible. Un disgusto tan grande podría deteriorar su salud y empeorar aún más su estado.

Nos pusimos a leer *Tehlim*. Las horas pasaban con mucho nerviosismo y tensión. Permanecíamos sin cruzar palabra, cada una sentada, haciendo tefilá ¿Qué más podíamos hacer? Luego de un tiempo que pareció eterno, papá abrió la puerta. Llegó acompañado de Beche. Su rostro denotaba el mal momento. Se sentía muy abatido y cansado. Se sentó en el comedor, pálido. No lo podía creer. Nadie se animaba a romper el silencio. Respetábamos su dolor y su tristeza. Lo habían involucrado en algo que lo comprometía. Los amigos lo habían traicionado. Esa sería la gota que rebasaría el vaso.

Los médicos, en una práctica usual de la época, mentían a papá sobre la gravedad de la enfermedad. A nosotras también nos contaban algunas cosas y eso no cambió. Seguíamos en una burbuja. La familia estaba de acuerdo con esta idea. Consideraban que lo mejor era que ni él ni nosotras supiéramos que estaba grave. Le presentaban estudios adulterados que siempre daban bien. Al poco tiempo de volver de la comisaría algo cambió en su interior. Dejó de ser la persona hiperactiva y enérgica. A partir de ahí, la enfermedad brotó nuevamente como un reguero de pólvora hasta que lo fulminó. No alcanzó el amor de sus hijas y su familia. En ese momento no lo sabíamos, pero sólo nos quedaban unos pocos meses más para estar juntos.

Papá comenzó a sospechar que no era posible que los estudios dieran bien y él se sintiera tan débil. Decidió que había llegado el momento de sacarse la duda. Con decisión, se vistió para salir. Se dirigió por su cuenta a un laboratorio privado y pidió hacerse un hemograma. Allí nadie lo

conocía. Lo hicieron pasar a una habitación y tomaron una muestra de sangre. Le pidieron que volviera a buscar los resultados dentro de 48 horas. Dos días después, con el sobre en la mano, tuvo los resultados a la vista. El médico pidió una reunión.

– Señor Klimovsky, no tengo buenas noticias. Lamento decirle que los análisis no dieron bien. Honestamente, no dieron para nada bien. Y no se condicen con los que me está mostrando. Los que usted trajo parecen los valores de otra persona. La verdad que no lo entiendo. Estos –dijo mostrándole los últimos resultados– son los que representan su estado de salud real al día de hoy. Y, déjeme decirle la verdad, no son datos demasiado alentadores.

Papá asintió con la cabeza. Sus sospechas se veían confirmadas. –Ya me parecía. ¿Creyeron que soy tonto y no me iba a enterar o prefirieron guardar el secreto, para no verme sufrir, por amor? ¿Cuánto tiempo me queda?

–No soy D-s para decirle.

Salió de la clínica con el rostro desenchajado. La confirmación de su duda le hizo brotar lágrimas que emanaban de su corazón. Él sabía que estaba enfermo, pero no de tanta gravedad. ¿Por qué no le habían dicho la verdad? Creyeron que lo estaban protegiendo, pero enterarse de esta manera era peor. Decidió volver a casa para estar con la familia y tomar importantes decisiones.

Ni bien llegó se encerró en la habitación con mamá y estuvieron hablando un rato largo. La consigna en la que se pusieron de acuerdo fue que seguirían con la misma tónica con respecto a las hijas. Todos creían que si no nos informaban los detalles nos estaban protegiendo.

Las malas noticias se acumularon y fueron como un mazazo inesperado. Una grave enfermedad y la posibilidad de ir a la cárcel injustamente era demasiado para su cansado cuerpo. A partir de ese día, el mundo se tambaleó. Parecía que de un momento a otro se vendría abajo. Dejó de ser el hombre que hasta hace poco conocíamos, lleno de vida, proyectos, acción. Y el colegio, finalmente, estaba pronto a inaugurarse. Haría todo lo posible por estar allí, dando un discurso, el día que el edificio estuviera terminado.

Se reunió con Avrum, su hermano y contador y con Beche, su socio,

informándoles que ya estaba al tanto de la gravedad de su situación y quería dejarles los detalles del capital para proteger a sus hijas. Pero quedaba menos tiempo de lo que papá imaginaba. Quizás, sabiéndolo antes hubiera acomodado mejor sus papeles: propiedades sin escriturar, deudas de palabra, inversiones en empresas, sin comprobantes, edificios en construcción, cuentas en el extranjero y sociedades informales.

## El pacto de silencio

Debíamos ir a hablar con el posible familiar que trabajaba en la Agencia Judía. Por primera vez me animé a mentirle a mamá y desobedecer su pedido. Ella como madre quería terminar las cosas cuanto antes y a cualquier precio. Nosotros, jóvenes impulsivos, intentábamos salvar todo lo posible.

A la distancia nuestra forma de actuar parece inconsciente. Una viuda y sus hijas enfrentándose a la mafia. Pero en ese momento nuestras reacciones parecían lógicas. Era nuestro deber desenmascararlo.

Con fuerza y mucho coraje tomé la foto y me dirigí al trabajo de Lázaro Portnoy. Mientras caminaba sola por la calle Larrea la cabeza me daba vueltas pero puse el cuerpo y, temblando al llegar, pregunté por él. Me indicaron la oficina donde me esperaba un hombre de casi treinta años y alrededor de dos metros de altura.

–Disculpe, buen día –pregunté con timidez–. ¿Es usted Lázaro Portnoy?

Se pasó la mano por la cabeza intentando emproljar el pelo. Sus ojos marrones se fijaron en los míos. Cerró la carpeta que estaba ojeando, la depositó sobre otras, cruzó los brazos sobre su pecho y se echó hacia atrás. El hombre debió haber pensado que quería hacerle alguna consulta profesional porque sonrió amablemente antes de responder.

–Sí, soy yo. ¿Te puedo ayudar en algo?

Su voz sonaba idéntica a la de Fernando. Saqué la foto de mi bolsillo y la extendí frente a sus sorprendidos ojos.

–Quisiera saber si conocés a la persona que está en esta foto –solicité con voz entrecortada.

La tomó entre sus manos, la acercó y miró con curiosidad. Luego

afirmó:

–Sí, este hombre es mi padre.

–Entonces tengo que contarte algo que te va a dejar con la boca abierta  
–me animé a decir.

Mientras le contaba a Lázaro los últimos días de la enfermedad y la muerte de papá y cómo su padre se había presentado a nosotras fingiendo la identidad de cobrador de lo incobrable y el sufrimiento que nos estaba produciendo, esperaba ver en él algún gesto de contrariedad o compasión. Algo que denotara que lo estaba sorprendiendo con la historia. Sin embargo, nada de lo que yo le decía parecía extrañarle. Evidentemente, sabía cuál era el trabajo de su padre y no pareció sensibilizarse. Le conté de nuestra situación desesperada y cual témpano de hielo siguió con su trabajo.

–Mi mamá es viuda con cinco hijas y una madre que atender –le terminé diciendo elevando la voz–. ¿Me podés decir cómo tu padre puede hacer esto sin compasión? Nosotras somos gente de *Torá*, confiamos en las personas.

Su respuesta me dejó tan sorprendida que nunca la pude borrar de mi memoria. Con desdén y algo de bronca me miró a los ojos y me dijo:

–A mí los religiosos no me gustan y no tenemos lástima por nadie. ¡Y te vas! ¡Salí por la misma puerta que entraste!

No tenía nada más que hacer allí. Salí llorando dolida y decepcionada por mí, por mi familia y por el mundo en que vivíamos. ¿Había judíos tan inhumanos? ¿Hombres que podían causarle tanto dolor a una familia?

Volví a casa con los ojos llorosos y mucha bronca contenida. Creía que el hijo nos podría ayudar, que estaría asombrado al descubrir de qué trabajaba el padre. Pero no fue así, él era un eslabón más de esta cadena de corrupción.

Grande fue mi sorpresa cuando entré a casa y me encontré a Marconi y a su hijo en el living. Comencé con palpitaciones, me subió un sudor helado, el corazón latía y parecía salirse del cuerpo. ¿Acaso estaba soñando? ¿Cómo había hecho para llegar antes que yo? Esto era una pesadilla. Pero no era un sueño. Ahí estaban. Los veía grandes y corpulentos, esperándome. Mamá estaba con ellos y podía ver cómo temblaba.

–Ite, no sabía cómo avisarte. Fernando vino con su hijo. Quieren hablar con vos.

–No hace falta que los presente, ¿no? –dijo Marconi con ironía–. Me parece que ustedes ya se conocen.

–Ite, no me digas que fuiste al trabajo del hijo de Fernando. ¡Les pedí que no investigaran más! –se indignó mamá.

–Perdóname, necesitábamos saber.

–¿Saber? –interrumpió Marconi nuestra conversación–. Ahora vas a saber lo que es bueno mocosa insolente. Vos y yo vamos a tener una larga conversación.

–¡No le hagas nada, Fernando! –imploró mamá casi llorando.

Marconi se acercó hacia donde estaba pero yo no esperé ni un segundo. Salí corriendo del living y me escapé por la puerta de servicio. Al principio no sabía hacia dónde huir. Sin pensarlo demasiado, antes de que Fernando me agarrara, fui al departamento de arriba donde vivían mis primos, los Pitlik.

–¡Tía, tía! ¡Abrime! ¡Me tenés que ayudar!

Mi primo Julio abrió la puerta haciéndome pasar.

–¿Qué pasa, Ite? Estás temblando.

–Mamá está abajo. Es peligroso, me tenés que ayudar.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Julio me quería serenar e intentaba entender lo que le decía.

–Están abajo, con mamá. ¿No entendés? –intentaba resumirle en dos palabras y con la respiración agitada todo lo que habíamos estado sufriendo estas últimas semanas.

–No, la verdad que no entiendo nada. ¿Y cuál es el peligro? No entiendo. Vamos, yo te acompaño.

Me tomó del brazo y, sin que pudiera agregar una palabra, bajamos a casa por las escaleras. Ellos nos vieron entrar y pude ver cómo la cara del hijo de Marconi se desfiguraba.

–Lázaro, ¿qué hacés acá? –preguntó mi primo con naturalidad.

–¿Yo? ¿Vos qué hacés acá? –quiso saber el hijo de Marconi.

–Bajé con mi prima. Me dijo que tenía no sé qué problema. Pero lo que nunca pensé era que me iba a encontrar con el Tesorero de la Agencia Judía.

–¿Tesorero? –pregunté asombrada.

–Claro, él es el... –empezó a decir mi primo pero en seguida Marconi tomó la palabra.

–Basta, no hay nada más que hablar. Las cartas están sobre la mesa. Muy pronto van a recibir noticias nuestras –dijo con voz severa y se marcharon.

Los días siguientes los vivimos con un temor escalofriante. Nos sentíamos perseguidos. El miedo casi nos paralizó, temblábamos hasta para ir a la escuela o estar solas en casa. Temíamos que Marconi o su guardaespaldas aparecieran de sorpresa y se vengaran. Finalmente, habíamos tomado conciencia de que estábamos frente a un estafador de guante blanco que no estaba dispuesto a dejarse llevar por delante.

Finalmente llamó y habló con mamá para reunirse. Parecía que había vuelto el antiguo Fernando. Con toda amabilidad la citó en casa de Blime. Fuimos mi mamá, Guillermo y nosotras. Fernando acudió con Beatriz Gatti. Parecía que ya nos había dicho todo lo que nos tenía que decir y, más relajado, venía a negociar su salida de la forma más elegante posible.

–Lea, ¿cómo estás? Veo que viniste con los chicos –se presentó Fernando.

–Sí, insistieron en acompañarme –respondió mamá.

–Me parece bien. Son muy valientes –acotó Fernando y no entendimos si lo dijo porque lo pensaba o estaba siendo irónico–. Tomen asiento –ordenó con firmeza.

–Gracias –le respondimos.

Marconi tomó la palabra. Tenía un discurso estudiado.

–Mirá, esto es muy sencillo. Nuestra relación se puede terminar en este instante. Lo que yo les propongo es que me quedo con todo lo que está en mi poder hasta hoy incluidos el tapado de visón, los pagarés, los anillos de brillantes, el departamento de Pasteur y no sigo participando en la recuperación de departamentos ni pagarés. Yo me retiro. La única condición que tengo es que me devuelvan la foto que me sacaron y el cassette con la grabación que hizo Guillermo.

–Seguro –respondió mamá aliviada–. Contá con eso.

–Y una cosa más –nos dijo fijando su vista en nosotras–. Vamos a hacer un pacto de silencio. Necesito que se comprometan a no hablar más de

mí. No se les ocurra decir ni una palabra. No quiero que hagan averiguaciones. Si me llego a enterar que rompieron su palabra voy a tener que mandar a alguien a que les rompa la cara, ¿entendido?

Hablaba en serio y nosotros asentimos con la cabeza.

-No escuché -quiso asegurarse-. ¿Está claro que esto termina acá y no vuelven a pronunciar mi nombre?

-Quedate tranquilo. Eso no va a pasar. Dejalo por mi cuenta -dijo mamá

En una breve ceremonia le entregamos los elementos que nos había pedido y nos despedimos con frialdad. Pasaron más de 40 años y hasta que no me senté a escribir la historia de mi papá cumplimos con nuestra palabra de no volver a nombrar a Fernando Marconi, el defalcador de viudas de guante blanco.

## ***Selijot y Kipur, últimos días***

*Elul* es el último mes del calendario hebreo en el que se nos brinda la oportunidad de prepararnos espiritualmente para llegar al temido día de *Iom Kipur*. Estos días fueron destinados, desde la creación, para la misericordia y benevolencia. En ellos D-s extiende su diestra para recibir a todos los que regresan a Él con devoción y sinceridad. El sábado anterior a *Rosh Hashaná* se comienza a officiar el rezo especial de *selijot* que se destaca por el alto contenido de llamado a la reflexión y mejora de la conducta. Es una costumbre reunirse a la madrugada para comenzar con este rezo.

Todos los años, Duved estaba firme como un soldado en el *Bet Hakneset*. Siempre era uno de los diez primeros en llegar. Esta vez su salud estaba cada vez más frágil y le costaba mucho esfuerzo prepararse para salir y más a esas altas horas de la madrugada. Los amigos del movimiento, sus *javerim*, se dieron cita en casa de David para apoyarlo en un momento tan delicado. Papá se emocionó frente a esa expresión de cariño espontánea.

–Duved, tenés visitas.

–¿Quién es? –preguntó con curiosidad.

–¿Los muchachos del minián?

–¡Hola, Duved! –dijeron los hombres a coro.

–Venimos a recitar *selijot* con vos.

Comenzaron los rezos. *Oye nuestra voz Hashem nuestro D-s, ten piedad y compasión de nosotros y acepta nuestras plegarias con misericordia y favor. Haznos retornar a ti y retornaremos, renueva nuestros días como antaño. No nos arrojes de Tu presencia y Tu espíritu y santidad no quites de nosotros. No nos echés a un lado en la ancianidad. No nos abandones cuando nuestras fuerzas*

*flaquean. No nos abandones, nuestro D-s. No te mantengas lejos de nosotros. Escucha nuestras plegarias. Sean las palabras de nuestra boca y la meditación de nuestro corazón aceptadas por ti. Respóndenos, nuestro D-s.*

Una vez finalizados se escuchaban palabras de aliento y deseos de pronta recuperación. Además, le informaron sobre los avances del edificio. Algunos sectores habían sido habilitados y los maestros ya dictaban clases en ellos. El rostro de papá se iluminó cuando escuchó que ya estaba casi terminado. Duved les agradeció que hubieran ido, no podía contener la emoción. Su salud estaba decayendo y los amigos disimulaban, hacían de cuenta que estaba todo bien. Se alegraba de verlos y se esforzaba para que no notaran sus continuos dolores. La visita le hizo muy bien, pero entendieron que tenía que descansar y reponer fuerzas. Alicia acompañó al grupo hasta la puerta.

Pasaron algunos días y se fijó la fecha de inauguración del colegio. Sería para antes de *Rosh Hashaná*. Los amigos vinieron con la noticia que estaba esperando desde hacía varios meses.

–¡Se inaugura, Duved! ¡Se inaugura el Talpiot! ¡Vas a poder cumplir el sueño de tu vida!

Papá estaba contento por la noticia y sólo lamentaba estar tan débil. Los médicos le prohibían salir y no estarían de acuerdo en hacer una excepción en este caso.

–Quiero ir a la inauguración, decir unas palabras, pero los médicos no me lo van a permitir.

–Y yo tampoco –agregó mamá.

–¿Por qué no grabás tu discurso y lo envíamos para que lo pasen ese día? –le sugerí.

Recibí un beso y un abrazo inesperados. Esa era la solución que estaba necesitando. De inmediato puso manos a la obra. Se dedicó a pensar unas breves palabras alusivas y luego las grabó en el famoso *Geloso*, un aparato de audio a cinta que permitía grabar y luego reproducir la voz.

Cientos de personas se reunieron el día de la inauguración. Autoridades de la AMIA, importantes *rabanim*, políticos, jóvenes de todas las edades. Cada uno de los oradores hizo referencia a la persona que estaba faltando, que había sido el corazón de ese proyecto. Al final, pusieron la grabación. En respetuoso silencio el público escuchó las sentidas palabras.

No podía ser de otra manera, lo dijo en *idish*. Fue un saludo de *Rosh Hashaná*. Se colocaron las *mezuzot* y se cortaron las cintas en las distintas aulas.

Si bien la *tefilá* de *selijot* la había hecho en casa y había aceptado no ir a la inauguración del Talpiot de ninguna manera quería ausentarse del templo en *Rosh Hashaná*. Sentía que tenía que estar ahí para esa fecha. A pesar de las advertencias de mamá se puso el traje y nos anunció que íbamos a ir todos. Por la mañana, fuimos a hacer *shajarit*, al *Jevre Mishnaies* donde se reunía Shimón con todos sus hijos. Estábamos a menos de diez cuadras del templo cuando muchos nos vieron llegar y se acercaron a saludarnos. Las mujeres se mostraron contentas de vernos y nos sentamos en nuestros lugares habituales. El templo estaba lleno como siempre en estas festividades. Hacíamos el esfuerzo por mostrarnos optimistas y en nuestras *tefilot* implorábamos tener un buen año junto a papá. *Rosh Hashaná*, el día del juicio, se nos prohíbe estar tristes o sentirnos culpables. Con emoción escuchamos el sonido del *shofar*. Terminamos de rezar y salimos para volver a casa. Papá no estaba y nos esperaba el tío Berele.

–Chicas, no quiero que se preocupen, no pasó nada grave. Duved estaba tan débil que preferimos que regresara a casa en taxi.

Me quedé shockeada. ¿Viajar en taxi en *Rosh Hashaná*? Tenía que sentirse realmente mal para tomar una decisión así. Fue en ese momento que me di cuenta, sin saber el nombre de la enfermedad, que su estado de salud era muy complicado.

Pasaron algunos días y a pesar de que frente a nosotras se mostraba fuerte, no podía evitar los dolores. Por sus encías no irrigaba sangre y el malestar era muy fuerte.

–Vamos a la dentista que vive en el segundo piso para ver si puede calmar el dolor –le pedí casi rogando.

–No, no es nada –quiso minimizar la molestia.

–Dale, pa. Te acompaño.

La dulzura de mi pedido no le dejó alternativas. Fuimos a ver a la doctora que nos hizo pasar de inmediato y lo atendió con mucho esmero. Luego de revisarlo entendió que no había mucho para hacer y confirmó lo que ya sabíamos. Se produjo un silencio frío que por dentro hervía por la impotencia. Era evidente que las encías estaban blancas, no recibían

sangre. Para paliar el dolor le recetó unos buches que anestesiaran un poco la zona.

Tomamos el ascensor para subir a casa. Papá estaba más calmado pero muy pálido. Yo estaba decepcionada, furiosa. ¿Cómo no había nada que se pudiera hacer? Repentinamente papá, mi querido papá, cayó sobre mí. De pronto, por sorpresa. Hice lo posible por sostenerlo, pero no pude evitar que golpeará su cabeza contra el espejo del ascensor y perdiera el conocimiento.

Su cuerpo desplomado sobre mí no me quitó el habla. Saqué fuerzas de lo más profundo de mi garganta y, ante semejante situación, mis gritos fueron brutales:

–¡Papaaaaaaaá! ¡Auxilio!

Pedí con desesperación que alguien viniera a ayudarnos y, gracias a D–s, varios vecinos salieron a socorrernos. Luego de un rato volvió en sí. Le informaron lo que había pasado. Se quedó más preocupado por mí que por él. Me miró con ternura.

–¿Quedaste asustada? –quiso saber.

Contesté que no. Aunque era mentira traté de mostrarme fuerte y segura. A partir de ese día no pude parar de llorar. Supe que lo inevitable estaba a punto de llegar. Sus ojos verdes habían dejado de sonreír.

*Iom Kipur*, la fecha más sagrada para nuestro pueblo, es un día único y especial en el cual los judíos nos reunimos en los templos. El principal anhelo en este día es ser agraciados con el perdón y tener el mérito de ser sentenciados para un año de dicha y felicidad. Cenamos antes del anochecer y durante todo el día rezamos y ayunamos.

No quisimos repetir la experiencia traumática de ir al templo con papá y con mis hermanas nos quedamos en casa para cuidarlo. Queríamos estar con él el mayor tiempo posible. La imagen era desgarradora. Sentado en el sillón del comedor, tapado con una frazada, con la cabeza caída, tiritando de frío. ¿Dónde estaba ese hombre luchador amante de la vida y su pueblo? ¿Qué pasó para que D–s se le llevara ese fuego y se apagara como una vela? Tuvieron que pasar cuarenta años para revelar ese secreto.

Como papá ya casi no veía tomaba la mano y repetía el rezo que

alguna de nosotras continuábamos por turnos. Cada una leía en voz alta una parte de la plegaria y él repetía pidiendo perdón y un milagro a D-s que todo Lo puede. Sosteníamos su mano aún caliente que nos indicaba el ritmo a seguir. Al abrirse la puerta del *Aron Hakodesh* y antes de recitar el *Kol nidre*, D-s baja y se coloca al lado de cada individuo esperando su *teshuvá*, su arrepentimiento.

*“Por la autoridad de la Corte celestial y por la autoridad de la Corte terrestre, con el consentimiento del Omnipresente y con el consentimiento de esta congregación declaramos legal el orar con pecadores. Kol Nidre, renunciamos públicamente a todos los votos personales que hagamos y a todos los juramentos y promesas personales que hagamos entre este Iom Kipur y el próximo...”*

¿Qué pecado tan grande habríamos cometido para recibir este castigo? ¿Sería escuchado nuestro ruego? Si Él necesita una vida, ¿Por qué no se lleva la mía? Mi pedido era que papá llegara a mi compromiso, para el que faltaban tan sólo un par de días. Nuestras oraciones eran repetidas por él sin saltar una sola palabra del texto, hasta que el dolor de la boca por falta de irrigación de sangre en las encías hacía imposible continuarlo. Tuvimos que suspender y realizar buches con un calmante como le había indicado la dentista.

–Es mejor ayunar que tener que hacerse buches –trató de transmitir papá cierto consuelo y se reía.

*“Por el pecado que cometimos ante tu vista forzosamente o voluntariamente, por el pecado que cometimos contra ti con actos insensibles...”*

Así, con la mano derecha golpeando el corazón, fuimos recitando toda la plegaria. Con la *tefilá* de *Nehilá* donde se cierran las puertas del cielo repetimos la plegaria “Padre nuestro, rey nuestro muéstranos tu gracia y respóndenos, pues no hay en nosotros actos meritorios haz con nosotros caridad y bondad y sálvanos”. Habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance.

Papá seguía luchando por su vida. Diariamente recibía la visita del enfermero que le transfundía sangre. Cada día para él era importante y ya se estaba preparando para el siguiente *jag*.

Los recuerdo en el sillón del comedor, tapados con la manta, tomados de la mano y rezando juntos. Esa imagen nunca se borró de mi mente. Desde ese momento hasta que papá abandonó este mundo fueron los días

más tristes de mi vida. Cuando pasaron 37 años, un día estando yo sentada frente a la computadora lo sentí al lado mío. Al igual que ese día me rozó la mano y lo vi sentado tapado con la cabeza gacha. El último tiempo ya había comenzado con síntomas muy especiales: los pies helados, febrícula después de las 18 hs, sudor. ¿Por qué se me presentó? ¿Qué me habría querido decir? Yo estaba conciente, no estaba durmiendo. Al rato interpreté que los síntomas que yo tenía últimamente eran una enfermedad muy importante, la misma que había tenido él.

Gracias a ese mensaje pude tomar los síntomas con la gravedad que tenían y a pesar de que los médicos me sugirieron ir de vacaciones porque lo más probable era que yo tuviera estrés yo seguí el consejo de papá y no paré hasta encontrar los médicos adecuados y saber que se trataba de un linfoma. Así pude seguir hasta hoy con vida. Pueden no creerme pero esto fue así. Su presencia me dio la fuerza para hacerme ver, luchar y enfrentar esta terrible enfermedad, curarme y escribir este libro que intenta reflejar la vida de un hombre justo, familiar, generoso que dio la vida por sus seres queridos y por su pueblo. La vida de David Klimovsky, mi papá. La vida de Duved, un hombre de fe.

## EPÍLOGO

Cuarenta años pasaron y en varias oportunidades quise escribir esta novela. Estaba esperando una señal de mi padre para poder hacerlo. Estas dos historias, la de papá y la de Marconi, marcaron a fuego nuestra juventud. Quedaron sin respuestas miles de preguntas. ¿Por qué nos pasó a nosotros? ¿Por qué un hombre que lo tenía todo muere tan joven? ¿Por qué nos atacó un desfalcador de viudas? ¿De dónde tenía tanta información?

En cierta oportunidad pasamos por la casa de Tucumán 2311 y tocamos el timbre por curiosidad. Preguntamos por Fernando Marconi y Beatriz Gatti, pero nadie los conocía. La escribanía donde habíamos firmado el contrato era una casa de familia. Habíamos hecho un trato con Fernando Marconi de no decir nada a nadie, pero aunque quisiéramos, ¿a quién podíamos denunciar? ¿Qué pruebas contundentes teníamos? La mafia de guante blanco no deja huellas. Sólo quedó la grabación que guardamos hasta el día de hoy.

Pasaron los años y cerramos las puertas de estos capítulos dolorosos de nuestras vidas. De eso se trata la vida: cerrar puertas y abrir nuevas. El mundo cambió, la tecnología y las comunicaciones trajeron grandes avances. Con Guillermo, por supuesto, nos casamos y tuvimos 4 hijos varones. Aquel joven que cargaba equipos de sonido se transformó en un importador mayorista de equipamiento. Seguimos los pasos de papá en *Torá* y *Avodá*. Mandamos a nuestros hijos al Talpiot, la escuela que él fundó y, como él, trabajamos para la comunidad. Dos de nuestros hijos realizaron el sueño de ir a vivir a Jerusalem.

Cuarenta años pasaron y con Guillermo hicimos un viaje a Jerusalén a visitar a nuestros hijos.

–Mamá –dijo Gusti–, gracias por invitarnos a pasar *Pesaj* en el *kibutz Jafetz Jaim*.

–¡Cómo cambió todo! Pensar que nuestros abuelos para celebrar *Pesaj*

tenían que trabajar desde un mes antes –agregó su esposa Ruji.

–La pasamos genial –afirmó Gusti.

–Hijo, recordá siempre estos diez días que pasamos juntos. En momentos difíciles es bueno tener lindos recuerdos para evocar.

Mientras nos acomodábamos, Guillermo se me acercó y me habló al oído.

–Ite, ¿te gustaría dar una vuelta? Consultó con dulzura.

–Sí, claro. Vamos. Nos viene bien dejar que los chicos se acomoden.

Durante el paseo Guillermo caminaba en silencio y yo no entendía por qué. Puso su brazo en mi hombro y abrazándome me dijo:

–Te pedí que saliéramos porque tengo que transmitirte una noticia dolorosa.

–¿Qué pasó? –pregunté asombrada.

–Tu amiga Susana, cuando volvía de Pinamar con su esposo Luis y Arielito, su hijo de 20 años, tuvo un accidente con el auto. Ya no están.

–¿Cómo? No puede ser. Debe haber un error.

–No hay error. Fue así y lo tenemos que aceptar.

Estaba tan shockeada que ni siquiera podía llorar. Eso agudizó aún más el dolor. Tampoco me pude desahogar después, en presencia de mis hijos y nietos. Pero allí no terminó la historia. Pasaron un par de días y sonó el teléfono celular.

–Guillermo, el *Rav* quiere hablar con vos desde Argentina.

–Señor Borger –habló con voz severa–. Al fallecer parte de la familia Barman, el señor Ángel, hermano de Luis y futuro presidente de AMIA no puede asumir. Está muy involucrado emocionalmente. Por eso había pensado en usted. Necesitamos que venga para ser el nuevo presidente.

–Ite, –me preguntó Guillermo–. ¿Qué hacemos?

Mientras debatíamos qué decisión tomar volvió a sonar el teléfono. Era el mismo Ángel, que le pedía a Guillermo que asumiera esta responsabilidad. Eso nos ayudó a definir nuestro próximo paso.

–Guillermo –le dije–, pasaron cuarenta años desde que falleció mi papá y nunca más tuvimos ningún contacto con AMIA. Si papá logró hacer tanto y era tan querido por la gente, ¿por qué no aceptás el cargo? Cuando lleguemos a Buenos Aires que nos expliquen cuáles son las tareas específicas que tenemos que hacer. ¿Te parece?

Dos meses más tarde Guillermo asumió como presidente y comenzó con su gestión. Yo lo acompañé desde el primer día. Sentí que teníamos que terminar lo que papá había dejado inconcluso. Vi que hay mucho por mejorar y un largo camino por recorrer. Pasaron cuarenta años y ahora somos nosotros los que tenemos que dejar un legado para las próximas generaciones. Me sorprendió descubrir a muchos Fernandos Marconis y también algunos como, *Duved*; Guillermo, tené cuidado. Recordá la frase: "D-s cuidame de mis amigos que de mis enemigos me cuido solo". Prepará el grabador y la máquina fotográfica. Tenemos una tarea: no podemos permitir que la historia se repita.

CONTINUARA...

## GLOSARIO

- Adar.** Mes del calendario judío.
- Adam.** Hombre, nombre del primer ser humano.
- Al kanfei nesharim.** Sobre las alas de las águilas.
- Aliá.** Emigración a Israel.
- Aló Naalé.** Realizaremos la *Aliá* (Asentamiento en Israel).
- Am Israel jai.** El pueblo de Israel vive
- Amén.** Así sea, amén.
- Amidá.** Porción de las oraciones cotidianas, se leen de pie.
- Aron Hakodesh.** Armario que contiene la Torá en la Sinagoga.
- Arvit.** Oración vespertina.
- Ashkenazí.** Judío de Europa Central y Oriental.
- Ashrei.** Felicidad, dicha, rezo.
- Averot.** Pecados
- Bar Mitzvá.** Ceremonia a los 13 años, de aceptación de las normas y leyes judías, mayoría de edad para su cumplimiento.
- Baruj atá.** Bendito seas.
- Baruj Hamevoraj Leolam Vaed.** "Bendito sea el Señor por la eternidad".
- Baruj Hashem.** Bendito sea el Señor.
- Bat.** Hija- cumpleaños de doce de las niñas.
- Beezrat Hashem.** Con ayuda divina.
- Benei Akivá.** "Hijos de Akivá" Movimiento juvenil sionista religioso.
- Bet Hakneset.** Templo, sinagoga
- Bircat hamazon.** Bendición al finalizar las comidas.
- Bitul Torá.** Supresión del estudio de la Torá- Pérdida de tiempo.
- Bobe.** Abuela.
- Brajá.** Bendición.
- Brajot.** Bendiciones.
- Brit Milá.** Circuncisión.
- Bronfn.** Grapa, bebida blanca alcohólica.
- Bubá.** Muñeca.
- Dalet.** Cuarta letra del alfabeto hebreo, equivalente a la D.
- 
- David Melej Israel.** David rey de Israel, canción.
- 
- Elul.** Mes del calendario judío.
- Eretz Israel.** "Tierra de Israel".
- Eshet Jai.** Mujer valerosa, virtuosa.
- Eveinu shalom aleijem.** Canción cuya letra significa " Trajimos la paz para con ustedes".

**Galut.** Diáspora.  
**Goim.** No judíos.  
**Goy.** Persona no judía.  
**Goie.** Femenino de *goy*.  
**Guefi lte Fish.** Pescado relleno.  
**Guemará.** Una de las partes del Talmud.  
**Guerten Shil.** Sinagoga del Rab Guertzen.  
**Gueulá.** Redención.  
**Guitn tug.** Buen día, en idish.  
**Hagadot.** Libro de narración.  
**Hajshará.** Granja de capacitación agrícola.  
**Halajá.** Ley judía.  
**Hamotzi.** Bendición sobre el pan.  
**Harei at mekudeshet li betabaat zu.** Oración nupcial: "He aquí que me eres consagrada según la Ley de Moisés e Israel". El novio acepta a la novia.  
**Hashem.** La Divinidad.  
**Havdalá.** Ceremonia final del *Shabat*.  
**Ivrit.** Idioma hebreo.  
**Idish.** Idioma judío de la diáspora.  
**Iehudí.** Judío.  
**Iehudim.** Judíos.

**Ierushalaim.** Jerusalem.  
**Ieshivá.** Escuela Superior de Estudios Bíblicos y Talmúdicos.

**Ieshivot.** Plural de *ieshivá*.  
**Ietzer hará.** mal instinto, disposición al mal.  
**Íngale.** Niño (idish).  
**Iom Kipur.** Día del Perdón.  
**Isgadal veiskadash shemé rabá.** Párrafo inicial del *kadish* de duelo. Pronunciación ashkenazi.  
**Ishuv.** Comunidad.  
**Itgadal veitkadash shemé rabá.** Párrafo inicial del *kadish* de duelo.

**Jag.** Festividad judía.  
**Jaguim.** Plural de *jag*.  
**Jalá.** Pan sabático.  
**Jalá - Jalot.** Pan trenzado-Panes trenzados para el sábado.  
**Jalutzianas.** Vanguardia juvenil sionista.  
**Jatán.** Novio.  
**Javer-Javerim.** Compañero, amigo. Compañeros, amigos.  
**Jazán.** Cantor de Sinagoga.  
**Jeder.** Habitación, aula  
**Jeilef.** Cuchillo del *Shojet* (matarife).  
**Jesed.** Bondad, gracia, mistericordia.  
**Jevra Kadisha.** Organización comunitaria a cargo del cementerio judío.  
**Jevre mishnaies.** Grupo de estudios bíblicos y talmúdicos.  
**Jidush.** Novedad respecto de lo estudiado

**Jol hamoed -Sucot.** Días laborables de la festividad de los tabernáculos (*Sucot*).  
**Jein.** Condimento de rábano que se agrega al pescado relleno.  
**Jupá.** Palió nupcial.  
**Kadish.** Oración fúnebre que dice el huérfano.  
**Kalá.** Novia.  
**Kalanit-Kalaniot.** Anémona, anémonas, flor nacional de Israel.  
**Kasher.** Comida apta según las leyes mosaicas.  
**Kasher Iepesaj.** Apto para ser consumido en *Pesaj*, Pascua judía.  
**Kasherizarlos.** Hacer aptos los elementos y utensilios de cocina según las leyes judías.  
**Kavaná.** Con fervor, con intención, con sentido espiritual.  
**Kavod.** Honor.  
**Keará.** Plato de *Pesaj*.  
**Kedat Moshé Ve Israel.** Según la ley de Moisés e Israel.  
**Kehilá.** Comunidad judía.  
**Kibutz.** Cooperativa agrícola israelí.  
**Kibutz Jafetz Jaim.** *Kibutz* a nombre del gran Rabino Jafetz Jaim.  
**Kidush.** Bendición sobre el vino, celebración.  
**Kipá.** Solideo, *Yarmilke*.  
**Kitl.** Túnica blanca ceremonial.  
**Kneidalaj.** Bollitos de masa cocida con harina de *matzá*.  
**Kol nidré.** Todas las promesas. Oración inicial del Día del Perdón.  
**Kosher.** Puro ritualmente, comida apta para los judíos.  
**Kriá.** Rasgadura, rotura.

**Lag Baomer.** 33 días en la cuenta del *Omer*, la época entre *Pesaj* y *Shavuot*, día festivo.  
**Lashón Hará.** Murmuración. Hablar mal de...  
**Latkes de papa.** Torrejas, buñuelos de papa.  
**Leikaj.** Bizcochuelo de miel.  
**Lej Iejá.** "Vete" Título de una sección temática de la Biblia.  
**Lejaim.** Brindis por la salud, por la vida.  
**Lekav zejút-Kav zejút.** En la línea del mérito.  
**Leshem Shamaim.** "En nombre del cielo, sin buscar recompensa".

**Ma Nishtaná Ha Laila hazé.** "¿En que es distinta esta noche de las otras?" Parte del relato de *Pesaj*.  
**Maariv.** Oración vespertina.  
**Mandbroit Masita (kijale).** de masa con almendras molidas.  
**Mashíaj.** Figura mítica liberadora, Mesías.  
**Matzes.** Pan ázimo.  
**Matzot.** Panes Azimos.  
**Mazl Tov.** ¡Buena Suerte!  
**Meal pishgat har hatzofim, shalom laj Yerushalaim.** Desde la cumbre del Monte Sión, te saludo oh Jerusalem.

**Medinat Israel.** Estado de Israel.  
**Meguilá.** Rollo escrito con texto bíblico, ejemplo: *Meguilá* de Ester.

**Meidalaj.** Niñas (en idish).  
**Melamed.** Maestro de primeras letras hebreas.  
**Melej.** Rey.  
**Meraglim.** Espías.  
**Mikve.** Casa de baños rituales.  
**Minián.** Grupo de diez varones, mínimo requerido para ciertos oficios religiosos.  
**Minjá.** Oración de la tarde.  
**Mishloaj manot.** Regalos que se intercambian en la festividad de *Purim*.  
**Mitzvá.** Deber, obligación, precepto.  
**Mitzvá leshem shamaim.** Precepto que se cumple sin esperar ninguna recompensa.  
**Mitzvot.** Preceptos.  
**Mizraji.** Partido sionista religioso.  
**Modé Aní.** "Agradezco"- Oración matutina de agradecimiento.  
**Morá.** Maestra.  
**Moré-Morim.** Maestro-Maestros.  
**Motzaei shabat.** Lapso posterior a la finalización del sábado.  
**Nehilá.** Cierre. Oración final de *Iom Kipur*.  
**Nesher.** Águila.  
**Netilat Iadaim.** Lavado de manos antes de la comida.

**Oi vei!** Exclamación de lamento o asombro en idish.  
**Parashá.** Porción temática de la Biblia de lectura semanal.  
**Pasuk.** Versículo de las Escrituras Bíblicas.  
**Pesaj.** Festividad judía de la libertad-Pascua judía.  
**Peulot.** Actividades.  
**Pirkei Avot.** Tratado talmúdico "Capítulos de los padres".  
**Pogroms.** Persecuciones anti-judías.  
**Purim.** Festividad celebratoria de hechos en Persia, hace 2500 años.  
**Purim Bal.** Reunión bailable de Purim.  
**Rabanim.** Rabinos.  
**Rabí Shimón Bar Iojai.** Rabino de importante acción histórica en el siglo II de nuestra era.  
**Rav.** Rabino.  
**Rav Kuk.** Famoso rabino, líder del judaísmo de Israel y la diáspora en el siglo XX.  
**Rav Harashi.** Rabino principal.  
**Reish.** Letra "r" del alfabeto hebreo.  
**Rosh Hashaná.** Festividad de Año Nuevo judío.  
**Sandak.** Testigo que sostiene al niño durante una circuncisión.  
**Sedarim.** Plural de *seder* noche celebratoria en *Pesaj*.  
**Seder.** Ceremonia de *Pesaj*, encuentro familiar.  
**Selijot.** Oraciones de perdón en vísperas de *Rosh*

*Hashaná.*

**Seudá.** Banquete, comida.  
**Seudá Shlishit.** La tercera comida del sábado.  
**Shabat.** Sábado.  
**Shabat Shalom.** Sábado en Paz-Saludo sabático.  
**Shajarit.** Oración matutina.

**Shalj Lejá.** "Envíate" Sección del Pentateuco de la lectura semanal.  
**Shalom Aleijem.** "La paz sea con ustedes" Saludo tradicional recitado antes de la cena sabática  
**Shamaim.** Cielo.  
**Shavua tov.** "Buena semana" (saludo al finalizar el sábado).  
**Shavuot.** Festejo de Pentecostés, noche de estudio.  
**Shemá.** Se refiere a la oración "Oye, Israel".  
**Sheva brajot.** Siete bendiciones, se las dice en la jupá-palio nupcial.  
**Shiduj.** Promesa, compromiso matrimonial.  
**Shifs-brider.** "Hermanos de barco" - "Inmigrantes conjuntos".  
**Shil.** Sinagoga.  
**Shofar.** Trompeta hecha de asta ovina.  
**Shojatim.** Plural de matarife (*shojet*).  
**Shojet.** Matarife ritual.  
**Shtetale.** Pueblito de Europa Oriental.  
**Shtil-sha, sha, shtil.** sh, silencio.  
**Sidur.** Libro de oraciones.  
**Simentov.** Signo de buen presagio.  
**Smijá.** graduación rabínica.  
**Sucá.** Cabaña.  
**Sucot.** Cabañas, festividad de las cabañas.  
**Talit.** Manto ritual judío.  
**Talpiot.** Baluarte, fortaleza, faro; colina sobresaliente en Jerusalem hacia donde se dirigen los rezos.  
**Taref.** Impuro, incomible.  
**Tate.** Padre en idish.  
**Tate, ij vel baidir fregn fi r kashes.** "Padre, te preguntaré cuatro preguntas".  
**Tefilá.** Oración.  
**Tefilin.** Filacterias.  
**Tefilot.** Oraciones, rezos.  
**Tehilim.** Salmos, libro bíblico.  
**Teshuvá.** Retorno de un judío alejado de la religión-arrepentimiento.  
**Tfi lát haderej.** oración previa o durante un viaje.  
**Torá.** Pentateuco, Biblia.  
**Torá Haklalit.** Nombre de una ieshivá en Buenos Aires en la década de 1940.  
**Torá Ve Avodá.** Estudio y servicio religioso. Lema: Cumplimiento de preceptos y trabajo como sustento.  
**Tzniut.** Recato.  
**Vursht.** Embutido. Fiambre típico judío.  
**Zeide.** Abuelo en idish.  
**Zejer Jurbán Beit Hamikdash.** En recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalén.  
**Zij rón David.** En recuerdo de David.  
**Zjut.** Linaje, alcurnia, mérito.  
**Zmirot.** Melodías de Shabat.

## ÍNDICE

Prólogo. Por Moshé Korin .....	7
Capítulo 1: <i>Lej lejá</i> / La partida .....	13
Capítulo 2: La despedida .....	21
Capítulo 3: Creced y multiplicáos .....	27
Capítulo 4: <i>Zij rón</i> David .....	33
Capítulo 5: Amarás a tu prójimo .....	39
Capítulo 6: Conociendo a Beatriz .....	45
Capítulo 7: Con el sudor de tu frente .....	53
Capítulo 8: Marconi entra en nuestras vidas .....	65
Capítulo 9: Sueños e ideales .....	71
Capítulo 10: Parecía que los milagros existen .....	83
Capítulo 11: Abandonarás la casa de tus padres .....	89
Capítulo 12: Guillermo se entera de los departamentos .....	97
Capítulo 13: Recuerdos de Infancia.....	101
Capítulo 14: Cumpleaños de Norita .....	121
Capítulo 15: Las fiestas familiares: <i>Pesaj, shabat, Sucot</i> .....	123

Capítulo 16: El avance de Marconi .....	129
Capítulo 17: Elecciones en AMIA.....	133
Capítulo 18: Marconi declara su identidad .....	145
Capítulo 19: David vicepresidente .....	149
Capítulo 20: La mafia entre nosotros .....	159
Capítulo 21: Realizando sueños .....	163
Capítulo 22: Grandes desafíos .....	169
Capítulo 23: La vida es una fiesta .....	173
Capítulo 24: Amenazas .....	183
Capítulo 25: Cuenta regresiva .....	187
Capítulo 26: El pacto de silencio .....	199
Capítulo 27: <i>Selijot y Kipur</i> , últimos días .....	205
Epílogo: .....	211
Glosario.....	215

**David Klimovsky** fue un hombre carismático, inteligente, laborioso como pocos, forjó una vida para los suyos y para la comunidad judeoargentina que amaba tanto como a su familia. Se proyectó ambiciones propias y las logró con la fuerza de la capacidad y la honestidad; fue visionario para llevar adelante la concreción de proyectos para su pueblo. Poseía la inteligencia de combinar la **observancia religiosa** con lo **mundano**, cualidad que implementó en su vida familiar y pública, llegando a ser Vicepresidente 1º de AMIA.

Han pasado 40 años del fallecimiento de **David; Ite**, su hija, hoy decide escribir. Cumplir y extender a sus abuelos el sagrado mandamiento que reza *“honra a tu padre y a tu madre”* es claramente una de las razones que tácitamente han guiado sus letras, pero fiel a esa esencia que le transmitió su padre -y que ella hizo propia, pues el legado requiere necesariamente esa contrapartida- el mensaje de este libro se propaga hacia los más lejanos.

Esencialmente esta obra está escrita para seres sensibles pero ingenuos cuyos rostros no conoce, pero sabe que existen. Sus páginas tratan de advertirlos y protegerlos para que no les ocurra lo mismo que a ella, a sus hermanas y a su madre, sorprendidas y avasalladas luego de la muerte de **David**. Si se tratara de una simple ficción, podríamos decir que su trama es interesante. Pero no es producto sólo de la creatividad literaria, sino consecuencia del padecimiento de una familia que desgarrada y desesperada confió y sin darse cuenta, quedó entrampada en una red mafiosa que estafaba a viudas y huérfanos. Leerlo produce dolor y vergüenza...

ISBN 978-987-647-021-6

